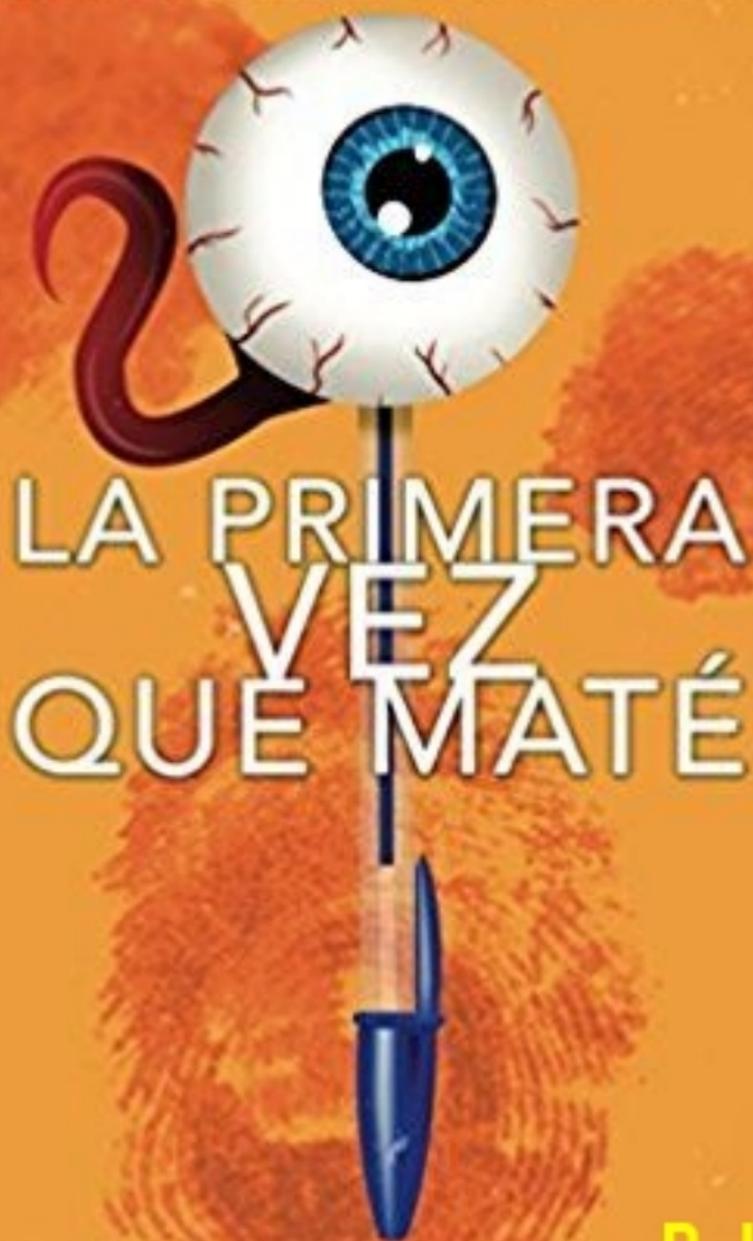


GONZALO JEREZ "EL SELENITA"



LA PRIMERA
VEZ
QUE MATÉ

filantna

D.J.57

Prólogo

0

Capítulo 1
(La Loca Chatarrera)

Capítulo 2
(Don Mario)

Capítulo 3
(Los camellos)

Capítulo 4
(76)

Capítulo 5
(77)

Capítulo 6
(La médium...)

Capítulo 7
(...y el traidor)

Capítulo 8
(Inspector Joaquín López)

Epílogo

Agradecimientos

LA PRIMERA VEZ QUE MATÉ

© Gonzalo Jerez “El Selenita” 2016

Diseño de la cubierta: © Gonzalo Jerez, “El Selenita” 2016

Edición: Filantria (www.filantria.com)

Reservados todos los derechos de la obra, debidamente registrada. Su plagio, total o parcial, sin citar al autor constituye un delito. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multa, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujesen, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio sin la preceptiva autorización del autor.

Prólogo

Vamos a dejar las cosas claras desde un principio: esto es un prólogo.

Como dudo que hayas comprado una novela sólo para leer este trocito inútil que todo el mundo se salta, puedo escribir las burradas que se me ocurran pues seguro que no las estás leyendo. Ahora bien, seguro que eres de los puñeteritos que sólo por fastidiar se leen hasta el copyright de un libro, por lo que quizá sí deba esforzarme en escribir algo más o menos coherente.

Jajaja. Tú también te has reído. ¿Coherente yo? Venga ya.

Pero como no hablamos de la excelencia de un servidor y toca hablar del colega Gonzalo, pues tendré que dedicarle unas bonitas palabras y esas cosas.

Gonzalo nos muestra una realidad que pocas veces se tiene en cuenta y se toma en serio. ¿Por qué siempre tenemos que ponernos en la piel del poli bueno que, tras una larga y tediosa oda a su inteligencia, acaba atrapando al malo malísimo que fue maltratado por sus padres, era pirómano de pequeño y además mojaba la cama? ¿Por qué no ver qué motivos llevan a un psicópata a cometer sus actos? ¿Y si lo que hiciera es simplemente liberar ese yugo que muchos tenemos y que impiden que nuestra vena creativa salga a la vista de todos?

Pues bien, querido lector, Gonzalo Jerez nos muestra todo lo que no estamos acostumbrados a ver, por eso esta obra brilla por su pulcritud lingüística, supera las vicisitudes SIGUES AHÍ?

Supongo que te he aburrido con tanta mierda y corrección, por lo que ahora que no me lees, soltaré lo que en verdad pienso.

Lo que realmente me preocupa de esta novela es que parece algo autobiográfico, dato que tendría que valer en un juicio para que a Gonzalo lo encerraran de por vida en un puto manicomio. Lo que vas a leer es un compendio de idas de cabeza y desvaríos tales que puede que no vuelvas a ser el mismo jamás. Pero, ¿qué coño puedes esperar de alguien a quien apodan “El selenita”? Nada bueno, joder. El libro es tan puramente real, que un trastorno es lo mejor que podrías sacar cuando lo acabes. Hazme caso y huye, huye bien lejos. Enciende el televisor, revísate todas las temporadas de Mujeres Y Hombres Y Viceversa mientras todavía puedas y no leas ni una línea de lo que ha escrito este puto maníaco. Hazlo o te juro que nada será igual. NADA.

Con cariño, Blas.

Blas Ruiz Grau

Escritor.

Almoradí, Alicante, Septiembre 2016.

0

La primera vez que maté no fue algo premeditado, simplemente ocurrió. Ni tan siquiera se me había pasado por la cabeza que aquello fuera a gustarme tanto, ni que fuera a hacer de ello algo constante en mi vida. Qué delicia. Eso sí, en el momento en el que el bolígrafo entró por su lacrimal, fui consciente del divertido mundo lleno de oportunidades creativas en el que me estaba adentrando. Un mundo en el que he estado metido hasta el día de hoy, y en el que espero seguir estando por muchos años. Lo necesito. La sensación de quitarle la vida a alguien hace que uno llegue a olvidar todos los problemas que le van mellando en su día a día: la hipoteca, las facturas, los niños, la televisión, el hastío de ser alguien normal, en definitiva. Yo no sufro por nada de eso. Todas esas mierdas aletargantes carecen de importancia cuando ves cómo se vacían de vida los ojos de alguien delante de ti, y además consigues hacerlo con tus propias manos. Cuando ves cómo su piel va perdiendo color desde las extremidades hasta el torso tras haberle amputado algún miembro, y se lo presentas en un mantel de hilo para que lo pueda ver mientras todo en su campo visual va haciendo un lento e interminable fundido a negro. Cuando su cabeza explota en cientos de pedazos tan solo apretando el gatillo del arma que le has metido en la boca, llevándote por delante algún que otro diente. Es algo que no tiene precio. La mejor terapia que he podido encontrar en todo este tiempo. En algunos casos, no en todos, he llegado a sentir algo parecido al placer sexual. Mejor incluso. Una noche escuché decir a un amigo mientras salía de los servicios de un bar: «He tenido meadas mejores que muchos orgasmos». Pues esto es lo mismo. He echado polvos que los terminé simplemente por deferencia hacia la otra persona. No me parecía nada educado terminar aquello con un «me aburro» y seguir a otra cosa mientras me quitaba el preservativo. ¿Me gusta matar gente? Sí. Eso es evidente. Pero no por eso he de ser maleducado con aquellos que no tengo pensado matar. Supongo que yo también habré sido un polvo aburrido de algún que otro amante, pero matando nunca he llegado a ese desinterés que he sufrido o he provocado mientras yacía con alguien. Al revés. Jugar a ser Dios me ha llevado siempre a sentirme como Él se debió sentir cuando dijo «hágase la luz», y la luz se hizo. Lo que hicieron luego con la luz es ya otra historia.

Al contrario de lo que podrían pensar muchos expertos psicólogos y psiquiatras, mi infancia fue como la de cualquier otro niño. Incluso diría que fue mejor que la de muchos de mis amigos y conocidos. Mis padres siempre

se quisieron y nos quisieron. Nunca nos faltó de nada, pese a haber vivido siempre con lo justo, ni nos pusieron una mano encima con agresividad. Los cuatro hermanos siempre nos cuidamos y nos defendimos los unos a los otros. Nunca tuve un tío con cierto aire de excentricidad que se interesara por el contenido de mi ropa interior, aunque no podría decir lo mismo de mi prima Sandra, su hija. Pero lo que pasó aquella noche en la casa del pueblo de nuestros abuelos entre Sandrita y yo, poco tiene que ver con la gran afición que he encontrado y que llena mis días de sentido. De hecho, nunca he vuelto a estar con una mujer desde aquella noche. Siempre he preferido los hombres para el sexo. Otra rareza, pensaréis algunos. Aquellos que lo penséis, estáis más enfermos que yo.

Mi salud mental no difiere mucho de la de cualquiera de vosotros. Pero mientras yo disfruto enormemente matando a según qué personas, a algunos le gusta llenar sus vacías vidas viendo programas de televisión, donde se eleva a los altares a mediocres y a personajes que están orgullosos de ser analfabetos por elección propia. Creo que la salud mental de estos espectadores y la de los responsables de estos espectáculos, es bastante más peligrosa para ellos y para el resto de la humanidad que la mía. Incluso diría que yo hago un servicio a la comunidad quitando de en medio a gente que lo único que hacen es molestar. Son un estorbo para el buen gusto. Una rémora para la evolución de la sociedad. Son el garbanzo negro que, cuando te lo encuentras en un cocido, te quitan las ganas de seguir comiendo. Cuando Hitler intentó hacer una limpieza de la humanidad cargándose a todos los judíos, se equivocó de manera colosal. Se limitó a señalar a un grupo étnico dejándose llevar por sus fracasos sexuales, en lugar de trabajárselo. Era un puto vago el del mostacho, además de un rencoroso. No puedes hacer esa necesaria criba a bulto. No puedes dibujar una línea en el suelo y decir que los que estén a un lado o al otro de ella son los que sobran. Sobre todo porque, en todas las circunstancias en las que gente como el pequeño Adolf saliera con vida, sería un gran error. Lo mejor es estudiar caso por caso. Ir persona por persona. Ver quién molesta y quién da un beneficio al resto. Decidir quiénes son un estorbo y quiénes aportan algo es un trabajo que nadie ha tenido el valor de hacer, pero que, en rincones muy profundos de vuestras normales almas, en esos espacios internos que no os atrevéis a reconocer delante de vuestros amigos, sabéis que alguien tiene que hacerlo. Que la sociedad empezaría a ir mejor si alguien se encargara de dicha labor. Creo además que cuando muchos de esos seres indeseables vieran las barbas

de sus vecinos pelar, se acabaría esta moda hipster de las barbas pobladas. Y yo soy el que ha tenido la sangre fría de llevar a cabo tan necesario trabajo. Eso sí, ya que he tenido que ser yo el que se encargara de ello, al menos he hecho todo lo posible para disfrutarlo hasta el límite, para usarlo como mi manera de expresión artística. ¿A quién no le gusta disfrutar de su trabajo? Pues, estimados amigos y queridas amigas, a mí me encanta.

Y mientras yo realizaba mi trabajo, tenía la esperanza de que la mayoría de vosotros se preguntara en algún momento aquello de «¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿a dónde vamos?» Solo entonces tendría sentido mi trabajo. Solo entonces merecería la pena ayudaros como sociedad. Todo aquel que no se lo pregunte, no merece tener la capacidad de pensar. Todo aquel que no se lo pregunte, lo que merece es tener una velada especial conmigo.

En mi caso os diré que soy el que soy, vengo de donde vengo, y voy a por todos ellos.

Capítulo 1

(La Loca Chatarrera)

1

Desde muy pequeño me aficioné a la escritura. Lo hacía casi de manera compulsiva. Algo poseía mi mano cuando cogía un bolígrafo y rellenaba hojas. Aunque hace tiempo que ya no escribo tanto como antes, aún conservo los cientos de cuadernos y libretas donde plasmaba los cuentos y relatos en los que narraba historias sobre robos, asesinatos y misterios. Todos ellos con el tono sangriento que tanto me divertía. Todos ellos con unas tramas tan enrevesadas que ya le gustaría a más de un escritor del género negro. Cuando leía los libros de Conan Doyle, Agatha Christie o Patricia Highsmith, en lugar de sentir empatía por personajes como Sherlock Holmes o el excéntrico Poirot, siempre me veía más cercano a las denominadas mentes criminales. Siempre admiré la inteligencia que demostraban a la hora de trazar sus planes. Eran fascinantes. No podía evitar la comparación de esas mentes criminales con los grandes magos e ilusionistas de la historia, intentando llevar a cabo el truco definitivo. Aquel que dejara a todos con la boca abierta, devanándose los sesos, intentando descubrir cómo había conseguido cortar por la mitad a su emplumada ayudante. Mientras que al que todo el mundo llamaba héroe, yo siempre lo asociaba más al típico espectador metomentodo que intenta reventar el truco del mago, tirando por los suelos todo lo bello del espectáculo que tanto tiempo le ha llevado preparar. Por eso siempre prefería escribir historias donde fuera el asesino quien se salía con la suya. Quien, al final del cuento, conseguía salir victorioso. Pero por prudencia, todas aquellas historias que escribía no podía enseñárselas a nadie. La única vez que lo hice mis profesores se asustaron y se montó un lío de mil demonios. Pusieron en tela de juicio la armonía que reinaba en mi casa. Mis progenitores se pusieron muy tristes cuando algún profesor insinuó que hacían mal su trabajo de padres. Ellos, que posiblemente ganarían todos los premios a mejores padres del año, año tras año, estaban siendo acusados por algo que yo hacía. Mal no me llegué a sentir nunca, pero desde entonces dejé de enseñar todo lo que escribía. Los pocos que mostraba a mis padres, a los profesores o al psicólogo, que me los pedían para hacer un seguimiento de mi estado, eran tal y como ellos pretendían que acabaran. Aburridos. Felices y perdices y todas esas chorradas de Disney. Lo que no les enseñaba era el final alternativo que escribía solo para mí. El que cada noche, antes de acostarme, me gustaba leer una y otra vez. Saboreando cada muerte, cada robo, cada éxito del protagonista. Del que yo creía que era el

protagonista. ¡Qué demonios! Las historias eran mías, yo decidía qué pasaba en ellas. ¿Acaso alguien le dijo a Miguel de Cervantes que cambiara al personaje de Sancho porque fomentaba la obesidad? Pero toda aquella rabia que me producía tener que escribir lo que ellos suponían que era lo correcto, me la guardaba para hacer más macabros los finales alternativos de mis historias.

En aquel entonces yo aún no le daba demasiadas vueltas a lo de «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?» Todavía no encontraba respuesta alguna, pero tampoco me importaba mucho siendo un adolescente. A esas edades uno es muchas cosas, viene de muchos sitios y va a muchos otros. Probar. Conocerse. Investigar sobre todo aquello para poder responderlas algún día.

Por todo esto, cuando a finales de los noventa llegué a la universidad, elegí una carrera en la que pudiera escribir abiertamente historias donde era el malo el que ganaba sin que me tacharan de enfermo mental y en la que, además, pudiera ganar un sueldo con el que vivir. Elegí periodismo.

2

Yo aún vivía con mis padres y mi hermano pequeño en el madrileño barrio de Moratalaz. Acababa de terminar mi primer año de periodismo, mi familia se había ido a pasar las vacaciones al pueblo y yo tenía la casa para mí solo durante los meses de julio y agosto. El sueño de todo veinteañero novato. La mitad de los días de aquel verano podías encontrar a varios amigos y amigas durmiendo en los sofás de mi salón. Al contrario que otras pandillas de nuestra edad, no éramos especialmente borrachos o consumidores de ciertas sustancias. Nos pasábamos las tardes viendo películas, escuchando música, charlando, riéndonos. Claro que había cerveza y porros, evidentemente. Pero no eran el centro de nuestras reuniones. Solo eran atrezzo para aquellas veladas. Fue un verano glorioso en todos los aspectos. Nunca lo olvidaré.

Una de aquellas calurosas tardes de verano nos juntamos varios amigos para ver una película que yo aún no había visto. Una película que durante muchos años estuvo censurada en varios países por su contenido violento. De hecho, el propio director de aquella cinta, poco después de su estreno, quiso que la retiraran de los cines dados los casos de violencia que se dieron entre algunos grupos de jóvenes tras salir de ver la película. Mis padres siempre se negaron rotundamente a que la viera. Los comentarios de psicólogos y profesores les llevaron a pensar que aquella película no sería una buena

influencia para mí. Eso me empujaba más y más a desear verla. Se trataba de La naranja mecánica de Stanley Kubrick. Debo reconocer que desde su primera aparición en la pantalla, allí sentado en aquel extraño bar, vestido de aquella manera, mientras una voz en off nos relataba sus pensamientos, me quedé fascinado con el personaje protagonista de aquella obra de arte del cine. Alex DeLarge era un joven inglés que había encontrado la manera perfecta de sacar toda la creatividad que llevaba dentro. Conseguía dar a luz toda la rabia que le carcomía las entrañas, usando la violencia, la ultra violencia, al ritmo de Ludwig van Beethoven. Pero el sistema en el que vivía, muchísimo más agresivo que el joven artista, intentaba quitarle el amor por la violencia, destrozando el que sentía por Beethoven. Le arrebataron aquel placer que sentía al dar palizas, al violar e incluso al matar, llegando a convertirle en uno más de los seres anodinos que el sistema utiliza para fagocitarlos y poder perpetuarse. Yo aún no entendía qué era lo que me hacía sentirme tan cerca de Alex. Tal vez era que por fin había encontrado una historia como las que me gustaba escribir de pequeño. Una historia como las que me llevaron a la consulta del psicólogo de la mano de mis padres. Una historia como las que tenía que esconder del resto de personas. Tal vez lo que más me sedujo de la historia es que por fin el bueno era quien la sociedad llamaba el malo y que además se saliera con la suya.

En cuanto me levanté a la mañana siguiente, me fui corriendo a la FNAC a comprar la novela de Anthony Burgess en la que se basó Kubrick para hacer la película. Hasta la portada de la edición que compré me fascinaba. En ella había una ilustración a tres colores, naranja, negro y blanco, donde se veía a Alex con su bombín, completamente negra, a excepción de un ojo con las pestañas postizas. Todo sobre un fondo naranja. Esa misma noche quería empezar a leerlo.

Hay muchas noches en los veranos de Madrid que es imposible permanecer en casa sin acabar siendo un charco de sudor en el suelo. Pero es aún peor si intentas irte a la cama para dormir. La almohada acaba siendo una incómoda piscina de sudor y aunque le des las cuatro vueltas necesarias para evitar la parte mojada, cuando vuelves a la primera aún no se ha secado. Por más que abras las ventanas de toda la casa y te coloques en los puntos estratégicos en los que las corrientes de aire puedan acariciarte, no consigues

sentir ni una sola pizca de fresco. Aquella fue una de esas noches. Cada tres líneas que leía, una gota de sudor caía desde mis cejas y emborronaba las palabras. Incluso si te duchabas, el calor seguía allí, decidido a secar el agua fría que te acabaras de echar, para volver a sacarte toda la que llevaras dentro. Así que, con el libro de Burgess en una mano y mi libreta en la que esbozaba ideas para mis cuentos en la otra, me bajé a sentarme en un banco del Parque Z para poder continuar leyendo sin tener que cargarme las páginas del libro con las gotas de sudor.

En esas estaba, apuntando en el cuaderno toda la jerga que Alex y sus drugos utilizaban entre ellos, cuando noté que un líquido tibio me empapaba el pie izquierdo. Al levantar mis ojos del libro vi a un mugriento caniche que me había confundido con un árbol y estaba vaciando su vejiga sobre mi pierna. La primera reacción que tuve fue dar un puntapié al perro y ver hasta dónde conseguía hacerlo llegar. Recordé que siempre quise inventar un nuevo deporte y nunca llegó a ocurrírseme ninguno lo bastante original. Tal vez más tarde le daría vueltas al asunto del lanzamiento de chucho por patada, pero no creo que fuera bien visto por mucha gente. En cuanto reconocí al animal que me estaba meando encima, me quité de la cabeza la idea de la patada. Era la mascota de la Loca Chatarrera y por tanto, me dije, no era culpa de él. Nadie se había preocupado en enseñarle dónde podía y, sobre todo, dónde no podía hacer sus necesidades. En lugar de inventar un nuevo deporte, que tanto me hubiera gustado, simplemente aparté el pie.

El verdadero nombre de la Loca Chatarrera era Rigoberta. Nunca supe el apellido. Padecía el síndrome de Diógenes, de ahí su elocuente apodo. Los que se lo pusieron no eran poseedores de un gran ingenio por lo que veis. Su casa era un estercolero en el que acumulaba toda la basura que generaba y la que le llamaba la atención de los contenedores del barrio. Al caniche que tenía por mascota nunca le sacaba de casa a pasear. Se tiraba las horas ladrando y llorando para que le dejaran salir a hacer sus necesidades, pero ella nunca lo hacía. Al final terminaba haciéndolas por las esquinas de la casa y los vecinos lo notaban. Esa noche se le debió de escapar.

Cuando quité la pierna de golpe, el perro se asustó y se apartó de mí dando un bote de casi medio metro. Tras él apareció corriendo Rigoberta con una bolsa llena de naranjas podridas que habría encontrado en los contenedores de basura del mercado que había al final del parque. Mientras se acercaba a mí haciendo aspavientos con los brazos y gritándome: «¡Cerdo hijo de puta!», sacó de la bolsa una de las naranjas y me la lanzó contra el pecho.

«¡Cerdo hijo de puta!», gritó de nuevo. Nunca fue muy locuaz, la verdad, pero mucho menos desde aquel día. Al intentar esquivar la naranja, el libro, la libreta y el bolígrafo, fueron a parar al suelo. «¡Cerdo hijo de puta!». La ira empezó a encenderse dentro de mí. «¡Cerdo hijo de puta!». Todo en mi campo visual desapareció por unos segundos. Todo menos la anciana. «¡Cerdo hijo de puta!» Parecía haber entrado en bucle y yo por mi parte noté que toda la sangre de mi cuerpo iba subiendo de temperatura y se acumulaba en sitios estratégicos de mi anatomía. Me convertí en un enorme cuerpo cavernoso erecto.

Al agacharme a recoger mis cosas fue cuando la escuché por primera vez. En realidad creo que desde siempre la había escuchado, pero nunca de una manera tan real. Hasta ese momento siempre pensé que eran ideas que me venían a la cabeza. Flashes de imágenes sobre las que deseaba escribir. Aquella noche escuché perfectamente lo que me decía aquella voz. Nunca he sabido apreciar si era masculina o femenina. En algunos momentos parece ser mi propia voz. En otros momentos es la voz que usaba mi madre para regañarnos. Otras veces podría ser la voz de cualquier desconocido. Sin importar su sexo, ni su edad. «Hazlo», me decía la voz. «Hazlo».

Allí en el suelo, junto con mi libreta y mi boli, se me presentó una imagen reveladora que, a día de hoy, aún me acompaña cada vez que quito una vida. La naranja podrida que me había lanzado la Loca Chatarrera se había posado justo al lado de la portada de «La naranja mecánica». El mensaje estaba claro, ¿no? «Hazlo».

Sin apenas darme tiempo de planear cada movimiento, me agaché para coger con la mano derecha el bolígrafo, me levanté de golpe y lo clavé en el ojo izquierdo de Rigoberta. Supongo que solo fue un segundo. Dos a lo sumo. Pero yo lo recuerdo como si hubiera sucedido a cámara lenta. Apenas recuerdo escuchar nada. Tan solo el inicio del grito que me repetía una y otra vez Rigoberta. «¡Cerdo hijo de...!» Hasta ahí. No le dio tiempo a terminar la frase. Era como si alguien hubiera pulsado el botón de pause, congelándola en el tiempo con un gesto de sorpresa en la cara, mientras que de su lacrimal empezaba a brotar un hilillo de sangre. Con su silencio llegó una paz muy acogedora. Tras unos segundos, los cuales, una vez más, me parecieron eternos, todas sus articulaciones dejaron de funcionar y el cuerpo de la anciana se desplomó, como si a una marioneta le hubieran cortado todos los hilos a la vez. Ya en el suelo, la sangre fue tapándole la cara entera y su raído camisón de mercadillo, formando un charco en torno a su cabeza. Aquel color

rojo era la tinta con la que acababa de decidir escribir mis nuevos relatos de ahí en adelante. Sí. Sé que suena tan cursi como parece, pero todos llevamos dentro un pequeño horterero cursi por más que lo queramos esconder del resto y de nosotros mismos. Reconocedlo.

Cuando la erección de cuerpo entero remitió, me di cuenta de que no podía dejar el escenario manchado con mi personal eyaculación: las huellas dactilares en el bolígrafo que aún salía de su ojo, las pisadas de mi calzado en la arena del parque... Un buen policía avisado -he conocido muy pocos policías avisados, y eso que he conocido muchos policías- no hubiera tardado mucho en dar con el autor del crimen. Yo, en este caso.

Me agaché para recuperar el bolígrafo y al extraerlo, el ojo de la Loca Chatarrera vino pegado a él. Sonreí. Qué lástima no poder compartir con alguien en ese momento aquella situación que me parecía tan divertida. Pensé en quedarme el ojo de recuerdo, como un souvenir, pero tenía que ser listo. Aquello sería un lastre que no me podía permitir llevar conmigo. Llegué a la conclusión de que lo mejor sería hacerlo desaparecer. Cualquier error que cometiera me jodería en el futuro. Y seré un asesino, pero no soy gilipollas.

Imaginaros la estampa. La Loca Chatarrera tumbada en el suelo sobre un charco de sangre que brotaba de su ojo, que al mezclarse con la arena del suelo formaba un barro rojizo que me recordaba al planeta Arrakis. Un montón de naranjas podridas tiradas alrededor de ella. Yo de pie, con un boli en la mano a la altura de mi cara, y en el lugar donde debería de haber un capuchón azul había un ojo sangriento con su nervio ocular colgando. Y por último, el caniche sentado a mi lado, que llevaba su mirada de su dueña a mí, y de nuevo al cadáver de su dueña, como queriendo decirme: «Gracias, humano. ¿Por qué has tardado tanto?» Todo aquello iluminado con la luz de una farola que parpadeaba sobre nosotros. No lo pensé más de dos segundos. Me agaché y acerqué la brocheta ocular marca BIC a la boca del perro. Se había acabado el problema con el ojo. Seguro que ni en la mente de Sam Raimi hubiera quedado tan divertida la escena. En ese momento se me ocurrió que sería una buena escena para uno de mis relatos, pero hasta el día de hoy no había escrito ni hablado sobre ello. Todo llega, dicen.

Lo siguiente que hice fue ir alejándome del lugar, revolviendo la arena por donde iba pisando, para que mis pisadas no se marcaran en el suelo. De nuevo Kubrick me echaba una mano en mis tareas. Gracias maestro. Llegando al césped, las marcas de mis zapatillas desaparecerían o al menos

no serían tan visibles como lo eran en la arena. Desde allí fui intentando no poner mis pies en nada más que la hierba hasta llegar a la acera y luego, seguir rumbo a mi casa. Solo me quedaba deshacerme del bolígrafo. Fue entonces cuando me acordé de lo que hacíamos los fumadores en el recreo del colegio con los bolígrafos en nuestro afán de parecer tipos más duros. Acercarles un mechero y ver cómo se derretían. De pequeños es cuando la creatividad destructiva aún es inocente dentro de nosotros. A la mayoría les intentan cambiar para que sean como los demás. Cuando la sociedad ve a alguien distinto, se lo toma como una amenaza. Te obligan a ser como el resto. Pero solo algunos pocos nos mantenemos firmes, aunque sea en silencio. Aunque sea un muro lo que encontremos en el camino. Nadie dijo que fuera fácil ser coherente con uno mismo. De hecho, creo que ahí está la verdadera satisfacción de no dejarse llevar por la corriente junto al resto. Ese sentimiento de euforia que te invade al comprobar que consigues ser tú mismo, es infinitamente mejor que la falsa sensación de felicidad constante de aquellos que temen al «¿qué dirán?»

«¡Cerdo hijo de puta!», resonaba aún en mi cabeza.

Entré en mi casa, fui al servicio, abrí la taza del váter. Acerqué el mechero al bolígrafo y vi cómo las gotas del plástico derretido y manchado de sangre iban cayendo en el agua del inodoro. Amigos y amigas, qué obra de arte tan impactante se formó. Enmarcado con la porcelana, las formas que se originaron en el agua eran dignas de ser expuestas en el Reina Sofía. Descarté de inmediato hacerle una foto a mi primera obra pictórica.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Una vez vaciada la cisterna y habiendo hecho desaparecer el bolígrafo con el ADN de la Loca Chatarrera, me tumbé en mi cama y me encendí un cigarro. Estiré la mano para encender la radio que tenía sobre la mesilla y, tras un par de vueltas al dial, lo que parecía ser un coro celestial de mujeres empezó a salir del pequeño altavoz del viejo transistor. Venus de Frankie Avalon fue inundando poco a poco la habitación. Las luces de las farolas de la calle se colaban por mi ventana dibujando formas en el techo, que se movían a la vez que las hojas y las ramas de los árboles. El humo que salía de mi boca daba forma a los débiles rayos de luz. Las voces femeninas que cantaban desde la radio y el efecto en la voz de Avalon, parecían mover el humo a su mismo ritmo. Qué paz. Qué tranquilidad. Casi ni recuerdo apagar el cigarro. Dormí como nunca lo había hecho ni volvería a hacer, a pesar del calor que derretía la ciudad entera. Ni siquiera soñé aquella noche. Al menos no

recuerdo haberlo hecho. El resto de las noches de mi vida, los sueños que tenía se quedaban grabados en mi cabeza cada mañana. No me dejaban escapar. Pero aquella primera noche no. Aquella primera vez el universo y yo éramos uno solo. Todo encajaba. Había nacido de nuevo. Ninguna noche fue tan dulce como la de la primera vez que maté.

«¡Cerdo hijo de puta!»

4

Me desperté con el timbre del telefonillo sobre las doce de la mañana. Era uno de mis amigos que me llamaba para contarme todo el jaleo que se había montado en el Parque Z con la policía, ambulancias y la mitad del barrio cotilleando. «Oye, que han matado a la Loca Chatarrera» me dijo con un tono más parecido al que se usa para contar un chiste. No sé si habló con ese tono por los nervios que sentía al haber visto el cadáver de alguien a quien conocía, o si de verdad le resultaba gracioso que la hubieran matado. Me sentí orgulloso al comprobar la facilidad con la que me hice el sorprendido y lo bien que me salió mi muestra de asombro. Cualquiera otra persona inocente que hubiera recibido esa llamada, hubiera corrido a la calle para ser uno más de los que se acumulaban alrededor del cordón policial. Y era lo que me tocaba hacer a mí.

—Pero, ¿qué ha pasado?— le pregunté ocultando que sabía la respuesta.

—Tú baja y verás qué espectáculo. Parece como lo de la peli del otro día, pero como más real, tío. De verdad que vas a flipar.

—Me visto y bajo. Pilla sitio.

Y eso hice. Me puse lo primero que pillé del armario y bajé. Cuando llegué de nuevo al parque me encontré a casi todo mi grupo de amigos y a la mitad de la gente del barrio, mirando por encima del hombro de los policías para ver qué estaba pasando. Cuando llegamos a la escena del crimen -de mi crimen-, el cadáver ya no estaba, aunque aún se podía adivinar el espacio que había ocupado tan solo unos minutos antes. Y no solo pude averiguar dónde había estado el cadáver por los motivos evidentes, aun se podía ver cómo la sangre que había ido derramando había dibujado la siniestra silueta de la Loca Chatarrera sobre la arena. Me quedé como hipnotizado mirando las naranjas tricolores -el naranja obvio, el verde del moho y el rojo de la sangre- esparcidas en torno al esbozo de su cuerpo dibujado con su propia sangre.

— ¿Estás bien?— me dijo mi amigo sacándome de mi trance, mientras

me golpeaba con el codo.

—Sí, tío. Tenías razón— dije sin poder apartar la mirada del lugar donde había estado el cuerpo de Rigoberta.

— ¿En qué?

—Parece de la película del otro día— respondí mientras ocultaba dentro de mí una enorme sonrisa de satisfacción.

5

Según el diccionario de la Real Academia Española, la palabra morbo tiene tres acepciones. La primera es «enfermedad». La segunda «interés malsano por personas o cosas». Y la tercera, «atracción hacia acontecimientos desagradables». La mayoría de las personas que estaban allí y que no se encontraban trabajando, encajaban en alguno de los tres significados de la palabra morbo. Pero yo solo estaba interpretando mi papel. Si alguno de mis amigos no me hubiera visto bajar corriendo para ver qué es lo que había pasado, no sé si llegarían a sospechar, pero sí pensarían que algo raro me pasaba. Me hubieran tachado de aburrido, de raro, de enfermo. Pero sigo diciendo que me resulta más enfermizo estar allí por el morbo de ver un cadáver, que tener la necesidad de ser quien genere el cadáver. Al menos lo mío sirve para algo.

Fue al escuchar algunos comentarios de la gente que por allí se encontraba, cuando las comisuras de mis labios quisieron dibujar una sonrisa de nuevo.

«Tarde o temprano tendría que pasar. Me sé de algunos que habrán respirado tranquilos. Es triste que acabe así, pero había cabreado a mucha gente».

Tuve que pedirle a mi boca que no sonriera. No al menos delante de la policía y de tantos testigos. No está bien visto sonreír en la escena de un crimen, así que me guardé la sonrisa para cuando estuviera a solas. Por unos instantes me pregunté si entre todos los asistentes que había por allí alguno se estaría preguntando todo aquello del «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?» En ese momento, joven e inconsciente de la sociedad, supuse que la mayoría. Yo no paraba ni de preguntármelo ni de respondérmelo.

Yo era una persona nueva, venía de la ignorancia absoluta e iba directo a mi propio futuro.

Pasé toda la tarde de aquel día solo en casa, tumbado en el sillón con la televisión puesta de fondo haciéndome compañía, mientras seguía dándole vueltas a lo que había pasado. A lo que había sentido haciendo lo que hice. Lo que había oído decir a algunos vecinos. Era momento de valorar la situación. Tenía ya una edad en la que debía de encaminar mis pasos, mis sueños, mi arte. Era muy necesario que me mirara en el espejo y yo mismo me juzgara. Saqué de mi imaginación esa balanza ficticia que cogemos todos a la hora de tomar decisiones. Esa donde en un plato ponemos los pros, en el otro los contras de cualquier paso que queramos dar y al final acabamos actuando como nos da la gana. El plato de los pros tocaba el suelo. El de los contras flotaba en lo más alto. Solo hubo una cosa que hizo que el plato de los contras bajara. Pero no sabía qué era exactamente. En mi imaginación vi lentamente bajar ese lado de la balanza y subir el contrario. Pero no conseguía ver qué era lo que se había añadido. Aún. Tardé unos años en descubrir de qué se trataba. La soledad.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Guardé la balanza imaginaria en el rincón de mi mente donde sea que guardo ese tipo de cosas. La decisión estaba tomada. Tenía que seguir con ello. Quería seguir con ello. Lo necesitaba. No solo había sentido el mayor placer de mi vida al quitarle la vida a semejante estorbo. Además, parecía que mucha gente estaba agradecida por lo que había pasado. Yo no era un experto asesino, ni un vengador nocturno con conocimientos de armas, artes marciales o lo que fuera que saben los personajes de los cómics que se disfrazan con los calzoncillos por fuera para combatir el crimen. Pero necesitaría al menos tener cierta forma física. No todos los energúmenos que decidiera eliminar serían tan fáciles como Rigoberta. Era una de las pocas cosas que habían aparecido en el plato de los contras. Cuando uno tiene que llevar a cabo un trabajo concreto, lo ideal es aprender bien cómo se hace esa labor y tener absoluta soltura con las herramientas que ha de utilizar para llevarla a cabo. En este caso una de las herramientas más importantes sería mi propio cuerpo. Nunca he sido muy amigo de los gimnasios ni del deporte en general, pero era más que evidente que necesitaba cambiar mi físico de tirillas intelectualoide y prepararme para lo que se me venía encima. Tenía trabajo que hacer. Mucho trabajo que hacer.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Capítulo 2 (Don Mario)

1

Los pocos que me conocen saben de sobra que yo nunca he creído en un dios. Ni lo he necesitado. Mucho menos en el dios que dicen creer los católicos. Un dios tan humano en sus apetitos solo puede haber sido inventado por otro humano. Un dios tan soberbio, que impone como primera de sus normas que se le adore sobre todas las cosas a la vez que crea un mundo donde existen enfermedades incurables que matan cientos de miles de niños, solo puede haber sido creado por una gran mente criminal. A veces admiro a quien fuera. Otras, simplemente siento náuseas.

De todos modos tengo que decir que puedo llegar a entender el motivo por el que algunas personas necesitan creer en algo superior a ellos para poder explicarse su existencia. En Dios, muchos encuentran sus respuestas al «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?» Otros solo se limitan a seguir los pasos de sus educadores sin plantearse esas preguntas. Ellos sabrán. El ser humano solo es otra de las muchas motas de polvo que flotan en el universo. La diferencia entre los humanos y el resto de seres vivos es que nosotros sí conceptualizamos la muerte y eso puede hundir psicológicamente a cualquier ser vivo. De ahí que cada uno tenga su propia forma de iluminar ese vacío. Un vacío oscuro que se nos plantea al ver que la vida es solo una casualidad sin sentido. Al menos sin un sentido que el ser humano pueda llegar a entender. Tal vez en el siguiente paso evolutivo, lleguemos a entenderlo. Pero hace demasiados siglos que el ser humano dejó de evolucionar para adaptarse al entorno, y en lugar de ello, se ha dedicado a adaptar el entorno a sus propias necesidades. Sin importar lo que se lleve por delante.

Pero lo que siempre me ha hecho hervir por dentro y ha encendido la llama de lo que soy en realidad, son todos aquellos que se han aprovechado de esa debilidad de algunos para sacarles la sangre. Y no siempre literalmente, como hago yo. Conmigo al menos dejan de sufrir. Ellos y el resto de la sociedad. Me refiero, entre otras muchas cosas, a la parte más perversa de algunas religiones. Se apoyan en esa necesidad de iluminar la oscuridad, para alienar a la mayor cantidad de personas posible. Les alimentan los vacíos con leyendas y promesas de vidas eternas para dominarles y tener sus propios

esclavos. Su legión de soldados que les defiendan hagan lo que hagan. Sin preguntarse qué es lo que está bien y qué es lo que está mal por ellos mismo. Lo que diga el pastor, lo hacen las ovejas. He de reconocer que muchos de los libros que se inventaron esas religiones son casi literatura erótica para mí. Toda aquella destrucción, todas aquellas páginas llenas de sangre y venganzas. Era como si yo mismo hubiera escrito algunas de esas terroríficas historias. ¿Y qué decir de la decoración que tienen muchas iglesias? Martirios y mártires, crucifixiones, torturas, ahorcamientos... Oh, amigos y amigas. Para mí, entrar en una iglesia es como entrar en un sex-shop, con todas aquellas imágenes que tantas veces había soñado con realizar yo mismo con mis manos.

2

Habían pasado seis años desde que me desvirgué con la Loca Chatarrera. Ya había acabado la carrera de periodismo con unas notas más que decentes. Por aquella época colaboraba como becario en un periódico local. Ya sabéis. Traer café, pasar a limpio notas de algún redactor, escanear fotos, inventarme el horóscopo, etc. Pero muchas noches me dedicaba a lo que más me gustaba hacer. Durante todo ese tiempo hice de tripas corazón y había ido preparando poco a poco mi cuerpo para ser la herramienta que necesitaba. En muchas ocasiones pude ver que todo aquel trabajo daba sus frutos. Me puse bastante en forma. A esas edades es muy fácil. Hoy en día no aguantaría ni la mitad de todo el ejercicio que hacía entonces. Mentalmente llevaba la cuenta de los trabajos que iba haciendo. Por aquel entonces llevaba ya quince, contando a la Loca Chatarrera. Preocupándome siempre de que no hubiera ningún tipo de relación entre ellos. Nada que indicara a la policía que todos aquellos asesinatos eran obra de la misma persona. Que parecieran accidentes, muertes naturales o simples ajustes de cuentas. Les regalaba a la policía casos de segunda. Cadáveres que en la mayoría de los casos nadie reclamaba. De ese modo no tendrían que trabajar mucho y estarían lo más alejados posible de mí. Lo único que tenían en común aquellos cadáveres era una ausencia de respeto a las tres preguntas básicas. «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?»

Yo era alguien enamorado de su trabajo, venía de hacerle el amor a lo que hacía e iba a pedirle matrimonio.

3

Me gustaba pasar tardes enteras sentado en alguno de los bancos de una

iglesia muy cercana a la casa de mis padres. Muchas veces me sorprendía a mí mismo con la mirada fija en una imagen, en la que un forzudo romano le clavaba una lanza en el costado a un tirillas crucificado. Efectivamente los del cuadro eran Longino de Cesárea y Jesús de Nazaret. Longino siempre ha sido uno de mis personajes bíblicos favoritos. Desde que vi «La naranja mecánica» compartía esa fantasía con Alex DeLarge. Ser uno de los romanos que clavaron a Jesús en la cruz. Pero yo, más concretamente, siempre fantaseé con ser Longino. El sadismo y la crueldad personificada. Un héroe para mí. Tras las horas y horas de sufrimiento que vio pasar a aquel tipo de Nazaret, Longino aún tuvo los cojones de darle una última estocada, como el torero remata al toro sin ninguna necesidad. Tanto había pasado ya Jesús, que lo único que brotó de la herida fue agua. Qué ironía. Solo unas horas antes, Jesús dijo aquello de «bebed de mi sangre» y ahora no le quedaba ni una sola gota. Los romanos le hicieron caso. Barra libre de sangre de Cristo. Qué tiempos aquellos.

«Algún día me gustaría hacérselo a alguien. Pero, ¿a quién?» me estaba diciendo a mí mismo, cuando una mano se posó sobre mi hombro. Cuando me giré descubrí que el dueño de la mano era un arrugado cura que me miraba por encima de sus gafas de culo de vaso. Con un tonillo de voz agudo, que me irritó al instante de manera colosal, me saludó por mi apellido. «¿De qué me conoce?», pensé. Yo nunca iba a misa. Solo pasaba algunas tardes allí sentado, al igual que muchos otros -cada vez menos-. Pero mientras que ellos rezaban, con solo Dios sabe qué motivo -nunca mejor dicho-, yo estaba allí para inspirarme. Para que aquellas obras de arte tan educativas dieran rienda suelta a mi imaginación. Tras unos segundos esforzándome en intentar imaginarme su cara sin arrugas y sin todos aquellos melanomas producidos por la vejez, caí en la cuenta de que conocía a aquel asqueroso tipejo. Era don Mario. Sacerdote y profesor que me dio clase de religión en sexto de EGB. Siempre tan cariñoso y tan atento con los más débiles de clase. Los más captables, también. Sobre todo con los que se les veía de lejos cómo caminaban por la acera de enfrente. Mi elección de acera nunca fue evidente, por lo que nunca tuve problemas con él. Al menos hasta ese momento. Corrían rumores por el patio de que cuando un compañero de mi curso se encontró a otros dos alumnos investigando el uno con el cuerpo del otro en los lavabos, don Mario fue quien les dio cobijo bajo su sotana. Dada la maldad de los chavales en esas edades con ese tipo de cosas, iban a necesitar que un adulto les cuidara de las mofas que iban a sufrir en el patio. Pero también corrían rumores de que lo que les dio bajo su sotana a aquellos dos chavales de doce y trece años, fue

algo más que cobijo. Por aquel entonces no llegué a saberlo con seguridad y la verdad es que tampoco me importaba. Mis compañeros siempre lo negaron. Supongo que, aunque fuera cierto, ninguno de ellos lo reconocería por vergüenza o por la sensación de culpa que se les queda a los menores de los que han abusado. Pero aquella tarde, con don Mario delante, me di cuenta de que tenía que averiguar si los rumores eran ciertos.

Me visualicé a mí mismo vomitando sobre su sotana el bocadillo de lomo con queso que había comido hacía tan solo media hora. Así que antes de montar un numerito, aparté con asco su mano de mi hombro, me levanté y le indiqué que se estaba equivocando de persona. Luego, intentando con mucho esfuerzo retener el bocadillo dentro de mi estómago, salí por el pasillo central en dirección a la puerta sin que se notaran que huía de algo. Que huía de él. Si aquellos rumores sobre don Mario eran ciertos, tenía que hacerle participar en una de mis fantasías de sangre. Me pareció casi irónico que mientras estaba sentado en una iglesia, deseando encontrar a alguien con quien llevar a cabo mis fantasías, apareciera un candidato tan bueno. Para ser francos, no podría haber encontrado uno mejor. Muchos dirían que Dios había escuchado mis plegarias. Si fuera cierto, Dios tenía un sentido del humor muy oscuro con sus agentes comerciales.

En cuanto puse un pie en la calle, tuve que doblarme sobre unos setos y vomitar el bocadillo entero. Dos ancianas cogidas del brazo que salían detrás de mí me miraron con cara de desprecio. No lo pude evitar. Me incorporé limpiándome la boca con un pañuelo y les pregunté señalando los restos de lomo, pan y queso del suelo, «¿Quieren un poco?» Qué poca facilidad tenía de joven para retener los alimentos dentro. Con los años he conseguido endurecerlo.

Un par de días más tarde me acerqué al que fue mi colegio, con la excusa de saludar a mis antiguos profesores y recordar bellos momentos. Bueno, al menos esa fue la excusa de mierda que le solté al director, cuando me lo encontré nada más entrar por la puerta. Tuve la sensación de que me estaba esperando para darme la bienvenida. Como si su trabajo, en lugar de ser el de dirigir un centro escolar fuera el de un guía turístico, esperando en la puerta de una catedral a los visitantes y enseñarles la arquitectura y la historia del lugar por un módico precio. Al menos a mí no me cobró. Para

que el verdadero motivo de mi visita no fuera evidente, me dejé arrastrar por el director, que me quería enseñar, con bastante orgullo, las reformas que habían hecho en las instalaciones. La única diferencia que vi fue un patio más pequeño para que los alumnos jugaran y un parking más grande para que el colegio se forrara. Parece que pese a ser un colegio concertado, no ganaban lo suficiente entre lo que les daba el Estado y lo que les sacaban a los padres de los alumnos. Durante todo el tour escolar por el que me llevó, le fui haciendo preguntas sobre los diferentes profesores que recordaba, hasta llegar a don Mario. Oh, amigos y amigas. Ese mínimo gesto y ese momentáneo corte de la respiración, fueron para mí un enorme letrero de neón con la palabra CULPABLE, que parpadeaba sobre la cabeza de don Mario. Me contó que se había jubilado. Que se había cansado de la docencia y ahora era el párroco de una iglesia de barrio. Lo que el director no sabía era que aquel barrio donde daba misa don Mario era en el que aún tenían la casa mis padres. Que aquella iglesia era en la que me pasaba las horas muertas durante muchas tardes, inspirándome. Tal vez para un juez no eran pruebas suficientes con las que juzgarlo y condenarlo. Y ahí es donde entraba yo. De hecho, mi papel en este mundo, amigos y amigas, es meterme donde los jueces no pueden hacerlo y llevar a cabo el trabajo sucio. Ya me mancho yo las manos por vosotros.

No es el momento ni el lugar para contar todos los detalles de cómo me enteré de los horarios de don Mario. De cómo descubrí que la noche de los jueves se quedaba completamente solo en su residencia dentro de la iglesia. Ni de cómo llegué a la conclusión de que el mejor momento sería un par de jueves después de que me reconociera, mientras yo miraba y admiraba la imagen de Longino. Pero sí os contaré lo que sucedió después. No apto para estómagos delicados, aviso.

Yo era juez y verdugo, venía de recopilar pruebas e iba a impartir mi propia justicia.

No sé cuál es el verdadero motivo, pero estar a punto de llevar a cabo una de mis creaciones me solía dar bastante hambre por aquella época. Y aquella noche no fue distinta. A día de hoy también me pasa, pero en menor grado. Supongo que los años han hecho que mi apetito disminuya. El de comer, no el de matar. Aparqué detrás de la iglesia bien pasadas las diez de la noche. Sobre

esa hora aún había gente entrando y saliendo de la casa del Señor. No sé si serían catequesis, preparaciones para el matrimonio o las actividades que fueran. Poco me importaba, la verdad. Mientras esperaba a que saliera la última persona, me encontraba vigilando la zona desde una pizzería situada enfrente. Una pizza tamaño familiar no era un gran reto para mí solo cuando era joven. Siempre y cuando no le pusieran piña. ¿Quién fue la persona que le echó piña por primera vez a una pizza? ¿En qué estaría pensando? Supongo que llegaría a casa borracho y pensó que sería buena idea hacerlo. En mi mente tengo una lista de Personajes anónimos que me gustaría asesinar y que nunca podré. El enfermo que le puso piña a una pizza por primera vez, es uno de ellos. El primero que dijo «pues, está bueno», era otro de mi lista.

Debían ser las doce de la noche cuando terminé de fantasear con la lista de Personajes anónimos que me gustaría asesinar y que nunca podré. En ese momento vi que don Mario se despedía de un par de señoras, las cuales no tenían pinta de quererse marchar y que el cura parecía no aguantar más, en vista de su lenguaje corporal. Al menos esa era la impresión que daba desde la mesa de la pizzería. Cuando las señoras se encontraban a un par de manzanas, terminé el café, pagué la cuenta y por fin me dirigí a la iglesia. No había ni un alma dentro. Supongo que muchos creyentes opinarían lo contrario. Nada más entrar me quedé mirando el altar, pensando si hacer primero las modificaciones que mi obra requería y luego traer a Don Mario, o si retener primero a don Mario y luego hacer los preparativos. Tras meditarlo durante unos momentos, llegué a la conclusión de que sería mejor optar por lo segundo. De lo contrario, hubiera hecho bastante ruido descolgando la cruz de la pared y Don Mario se presentaría en el altar, fastidiando todo el plan. ¿Os habéis fijado que hasta el logotipo de esta religión es un aparato de tortura? Cada vez estaba más ilusionado por lo que iba a pasar a continuación. Me sentía como un niño al que llevan por primera vez a un parque temático. Pero tenía que estar alerta. No podía dejarme llevar por la emoción del momento. Ya disfrutaría del recuerdo.

Una vez hechos los preparativos necesarios me metí en la sacristía, la cual hacía de nexo entre la casa de don Mario y el resto del edificio. Era un cuarto no demasiado grande y excesivamente recargado en cuanto a su decoración lo que le hacía parecer aún más agobiante. Además, había que añadir un olor demasiado intenso, creando una atmósfera completamente asfixiante. Supongo que es donde guardaba el incienso y el olor se intensificaba en un espacio tan angosto. Aquel olor siempre me ha hecho

estornudar, y aquella vez no fue distinto. Visto por el lado bueno, aquellos estornudos llamaron la atención de don Mario y no tuve que entrar en su casa para buscarle. Como dijo Eliot en E.T. «él vino a mí». No sabía qué habría exactamente detrás de la puerta. No podría jugármela. Le esperé en la sacristía a oscuras, con un candelabro de plata macizo en la mano que guardaba allí. Oí sus pasos dirigiéndose hacia mí. «¿Quién está ahí?» le escuché gritar mientras se acercaba. En cuanto su cabeza asomó tímidamente por la puerta le arreé en la coronilla, dejándole inconsciente. Aquel sonido metálico era el pistoletazo de salida de mi propia fiesta personal. Me puse manos a la obra. La obra de arte que tenía en mente. Las musas me acompañaron aquella noche.

6

La cara de asombro con la que se despertó, no tenía precio. Abrir los ojos para verse desnudo y atado a la cruz de su iglesia, ocupando el lugar de Cristo y con un trozo de alambre de púas haciendo las veces de corona, debe de ser algo desconcertante para cualquiera. Pero en mi mente quería creer que para un sacerdote, para alguien que teóricamente admiraba tanto a nuestro salvador, tendría que ser un orgullo encontrarse de aquella manera. Pero no. Aquel violador de niños se puso a llorar. Gritaba mi nombre desconsolado. Me preguntaba que por qué le estaba haciendo todo esto.

En ese momento me apeteció fumarme un pitillo mientras le veía sufrir, pero tendría que inventarme alguna manera de no dejar rastros de ceniza ni del ADN de la colilla. Yo iba vestido completamente con un mono de plástico impermeable con cremallera que me cubría desde la coronilla hasta los pies, menos las manos, donde llevaba unos guantes de plástico. Busqué dentro de la mochila en la que transportaba las herramientas y saqué el tabaco y una caja metálica en la que escondía tres enormes clavos. Me encendí un cigarro y usé la caja como cenicero.

Sentado sobre el altar con las piernas cruzadas y fumando, le miraba retorciéndose de dolor por la improvisada corona de espinas, muerto de miedo e intentando soltarse de las ataduras. Aunque no paraba de gritar, quejándose de lo mucho que le dolían las púas clavadas en su cabeza, todavía no sabía lo que era el verdadero dolor. Pero lo sabría pronto. Muy pronto. Joder. Siempre he disfrutado tanto viendo a este tipo de gente no saber lo que les estaba pasando. Mirarles a los ojos y ver la incertidumbre y el miedo, la súplica y el dolor, son siempre uno de los alicientes del trabajo que llevo a cabo. Ese era uno de esos

momentos donde la sensación de felicidad era infinitamente más grande que la de aquellos que siguen las normas.

Terminado el cigarro, puse los restos en la caja y saque los clavos, dejándolos cerca de él para que pudiera verlos. Para que empezara a olerse la tostada. Metí de nuevo la caja en la bolsa y saqué un martillo. Supongo que os podéis hacer una idea de lo que iba a pasar a continuación, ¿verdad? Pero antes quería preguntarle un par de cosas. Despacio, mientras él seguía gritando, me senté a horcajadas sobre su pecho.

—Buenas noches, don Mario. Supongo que sabe perfectamente el motivo de mi visita de esta manera. Sin cita previa. ¿Verdad?

—Yo no maté a aquellos niños— dijo entre sollozos. —El juez lo dijo bien claro. Todas las pruebas eran circunstanciales. Juro que yo no lo hice. Tienes que creerme.

Esta vez, el que debió quedarse con cara de estupefacción era yo. En ese momento descubrí que el caso de los compañeros a los que pillaron toqueteándose en los servicios del colegio, y a los que luego dio algo más que cobijo bajo su sotana, no había sido un caso aislado. Parece que don Mario escondía más méritos para estar conmigo compartiendo ese momento tan íntimo de los que yo creía en un principio. Sus palabras me hicieron volver a sentir las náuseas que había sentido cuando me reconoció unos días atrás. Solo que aquella noche no era tan solo un bocadillo de lomo con queso lo que llevaba dentro. Esta vez era una pizza familiar, sin piña, que me había metido entre pecho y espalda hacía tan solo un rato, la que amenazaba con salir. De nuevo, delante de aquel tipo, me estaba costando mucho retener el contenido de mi estómago.

— ¿Te gusta acariciar a niños, verdad?— le pregunté, aguantándome las ganas de vomitar. No obtuve respuesta alguna.

Qué bien se me ha dado siempre leer las caras de la gente. Las personas suelen ser más elocuentes de lo que ellos quieren pensar. Solo hay que saber leerles la cara.

— ¿O eres de los que prefieren que te acaricien ellos a ti?— le pregunté a continuación.

—Fueron todos ellos los que me provocaron. Siempre con sus sonrisas, sus abrazos, sus caricias. ¡Fueron ellos! ¡Todos ellos!

¿Todos ellos? El grandísimo hijo de la gran puta aún se justificaba ante su atroz comportamiento. Y además, sin que yo le preguntara, me estaba confirmando que no solo habían sido mis dos compañeros de clase. Habían sido

muchos más. Habían sido «todos ellos». No lo pude evitar. Apreté mi puño derecho, enfundado de nuevo en el guante, y descargue toda mi fuerza contra su boca, partiéndole un par de dientes y abriéndole una brecha en la parte posterior de la cabeza, al darse contra el madero de la cruz.

Las náuseas iban convirtiéndose en arcadas. Entre puñetazo y puñetazo, me volvía la arcada. Empecé a notar la acidez de la bilis por mi garganta. Fue al tercer impacto cuando no pude pararlo y toda la pizza de tamaño familiar, con jamón, carne picada y extra de queso, salió por mi boca y fue a parar sobre la cara ensangrentada de don Mario. A continuación, fue él quien giró su cabeza de golpe y vomitó. El olor empezaba a ser insoportable.

—Por favor. Termina ya— consiguió decir tras terminar de escupir. Cierto es que con la ausencia de dientes y los sollozos constantes, apenas se le entendía. Tampoco importaba.

—¿Terminar? Don Mario, solo hemos empezado— le dije con voz trémula, dándole un par de palmaditas en la cara.

Acabé la frase golpeando en la cara con mi puño derecho, una vez más. El único motivo de que dejara de darle puñetazos fue que mis nudillos empezaban a resentirse. Y no quería que mis nudillos me delataran. Esta vez saltaron pocos dientes ya que prácticamente no le quedaban. Su cara se acababa de convertir en una mezcla de sangre y vómito. Todo aquel amasijo de colores me recordó a la obra de arte que había creado en el váter de mi casa cuando quemé el bolígrafo con restos de ADN de la Loca Chatarrera. Aquello lo superaba con creces. Con los guantes puestos acaricié el mejunje de su cara, creando las formas que mi cabeza me sugería. Tras terminar de componer la obra, me quedé unos segundos contemplándola. Creí ver figuras muy concretas moviéndose por su cara. Como cuando miras las nubes cambiar constantemente de forma un día de viento. Disculpad los más aprensivos, pero creedme cuando os digo que he obviado algunos detalles en la descripción porque pensé que alguno de vosotros acabaría vomitando también. Lo cual, por otro lado, me llevaría a conseguir algún tipo de récord, seguro. Pero os juro que lo que aquella sabandija le hacía a los niños era mucho peor.

Tras unos segundos en silencio, cuando don Mario empezó a rezar entre susurros, me levanté por fin de su pecho y me dispuse a llevar a cabo la parte más dolorosa de mi creación.

—Así que te gusta chupar pollas de críos indefensos, ¿verdad? ¿O

prefieres que te la chupen a ti?— le pregunté, intentando añadir un aire musical a mi frase. Pero no quiso contestarme.

—¡Arderás en el infierno!— fue lo único que salió de su maltrecha boca entre plegaria y plegaria. Por un momento pensé en que, tal vez, aquella frase se la estaba gritando a sí mismo, en lugar de a mí. Que en el fondo se estaba poniendo en paz con su Dios con el fin de que san Pedro hiciera la vista gorda en cuanto yo le rematara y apareciera a pedirle explicaciones.

—Está bien. Probaremos las dos cosas a la vez— le anuncié en vista de que no contestaba a mi pregunta.

Me acerqué hasta su entrepierna y le agarré su vieja y canosa polla con dos dedos. La mano que me quedaba libre la utilicé para sacar de la bolsa de herramientas las tenazas, levantarle los testículos e ir cortando poco a poco. Sin ninguna prisa. Quería que notara cada corte. Los gritos empezaron de nuevo mientras la sangre fluía sin parar. Una vez aparté completamente de su cuerpo los testículos y el pene, subí hasta su cara y le susurré al oído: «comprobemos si te gusta chupar o que te la chupen». El espacio que habían dejado sus dientes me facilitaron mucho meterle su propia polla en la boca. No es que fuera de gran tamaño, pero procuré meterla lo más posible, con el propósito de que no pudiera expulsarla con la lengua. Una vez metida, me incorporé de nuevo.

—Cristo murió por nuestros pecados en la cruz. Hoy te toca hacer lo mismo con los tuyos. ¿Estás preparado?— dije con toda la solemnidad posible, mientras cogía los clavos y el martillo. Que estuviera preparado o no, no me importaba lo más mínimo.

Supongo que gritaría y gritaría pidiendo que le soltara. Que le perdonara. Jurándome que no lo volvería hacer. O tal vez no dijera nada. Tal vez se quedara callado mientras seguía rezando mentalmente. Al fin y al cabo tenía su pene interrumpiendo sus gritos. No lo sé. Mi cabeza estaba demasiado ocupada centrándose en disfrutar lo que venía a continuación. Primero fui hasta su mano izquierda. Busqué el espacio entre el cúbito y el radio, apoyé el primer clavo y lo metí hasta el fondo con solo tres martillazos. También es de suponer que gritaría de dolor. Os juro que yo no recuerdo haberle escuchado. Hice lo mismo entre el cúbito y el radio de la mano derecha. Solo que esta vez intenté superarme para hacerlo solo de dos golpes. De haberlo conseguido de uno solo, hubiera superado mi propio récord. Lo mismo hice con los pies. Uno sobre otro. Como hicieron con el hijo de su jefe unos dos mil años atrás. Esperé un rato a que saliera la mayoría de su sangre y me fui a la sacristía en busca de algo que clavarle en el

torso, para ver si era agua lo que salía en lugar de sangre. Encontré un abrecartas de plata con mango de oro debajo de varios papeles tirados por la mesa. Viva el voto de pobreza. Me valdría. Por fin iba a cumplir mi fantasía bíblica. Por fin podría hacer el papel de Longino en la crucifixión. Volví hasta él, respiré hondo y le clavé el abrecartas en el costado. Esperaba ver agua brotando de la herida, pero lo que salió fue sangre. Era de suponer. Mi amiga la sangre. Roja y espesa. Las historias de la Biblia, al fin y al cabo, no son más que historias inventadas para captar clientes y tenerlos apresados por el miedo.

Me aparté de la cruz y me subí al altar para contemplar desde arriba la imagen. Era fantástica. Cada vez estaba más orgulloso de mi trabajo. Debería de exponerse en un museo. O al menos era lo que pensaba yo. Pero supongo que no estaría bien visto por los demás. Incluidos muchos de vosotros. Lo sé.

7

Algo me desconcentró. Me pareció escuchar una voz. Esta vez no era la que me hablaba siempre, la que me decía «hazlo» cuando tocaba hacerlo. Esta vez sonaba fuera de mí. Se oía con el inconfundible eco de una iglesia vacía. Entre los ruidos que emitía Don Mario con su propia polla en la boca, creí escuchar una voz que me era familiar. Una voz que durante estos últimos años se había colado en mis oídos y que había obviado como otra voz más entre el tumulto de gente de la ciudad. Una voz que solo decía una frase. Cada vez que había creído escucharla, siempre era la misma frase, una frase que resonaba en mis oídos como el primer día. O mejor dicho, como la primera noche.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Mis ojos revisaron detenidamente todos los bancos de la iglesia, cada rincón, cada columna, pero allí no había nadie. Supuse que mi excitación, dado el momento que estaba viviendo, me recordaba a Rigoberta. Al fin y al cabo fue mi primera vez. Era normal que viniera a mi cabeza en ese momento. Preferí olvidarme de ello y volver a contemplar mi obra.

Cuando volví a centrar mi atención sobre el cuerpo desnudo y moribundo de Don Mario, me di cuenta de que no podía dejar aquello así. Todo lo que había vomitado, incluyendo mi ADN, estaba sobre su cara y por más que lo limpiara, siempre quedaría alguna pista. Pero si hay algo que todo lo limpia, que todo lo purifica, es el fuego. Toda la literatura que conozco así lo indica. Ciertamente es que el agua también. Pero era evidente que para ese caso sería mejor hacer uso del

primero. Y eso hice. Le prendí fuego mientras aún seguía con vida. Qué bien prendían los manteles que encontré en la sacristía. Lógicamente empecé por la cara. Era donde más pistas tenía que hacer desaparecer. No sin antes extraerle sus genitales de la boca y ponérselos sobre el pecho. Esta vez sí que le escuché gritar. “¡Arderás en el infierno!” De hecho, me obligue a escucharle. Pero solo pudo gritar una vez. “¡Arderás en el infierno!” Cuando dio una bocanada para coger aire y soltar el segundo grito, las llamas entraron en sus pulmones, matándole por fin. Esperé hasta comprobar que en su cara ya no quedaba ni rastro de él mismo y entonces prendí el resto del cuerpo.

Yo era Longino de Cesárea. Venía de llevar a un pecador al infierno, e iba a disfrutar viéndolo.

8

Algo me golpeó la espalda. Me volví rápidamente preparado para atacar o defenderme de quien fuera que hubiera sido. Pero allí no había más que un sagrario de oro, bajo la silueta de la cruz que había estado colgada de la pared y que ahora ardía bajo el pederasta. Fue al mirar al suelo cuando el corazón se puso a bombear sangre con tanta velocidad que pensé que me estaba dando un infarto. Allí, junto a mis pies, encontré lo que había golpeado mi espalda. Era una naranja podrida, como las que habían salido de la bolsa de Rigoberta años atrás. ¿De dónde había salido? ¿Quién me la había tirado? Lo que sentí esta vez en la espalda fue un escalofrío. Un escalofrío tan intenso que me hizo retorcerme, erizándome el vello de todo el cuerpo y dejándome inmóvil por un momento. Comencé a girarme despacio, y al mirar hacia el fuego en el que ardía Don Mario, la vi. Al otro lado de las llamas, ondeando por efecto del calor, de pie en mitad del pasillo central de la iglesia, estaba la Loca Chatarrera mirándome con su ojo derecho. El único que le quedaba. «¡Cerdo hijo de puta!» gritó mientras me señalaba con el dedo.

Pese a tener la sensación de que mi cuerpo flotaba pivotando sobre mis pies, me había quedado clavado. Tardé al menos diez segundos en reaccionar. Cuando por fin lo hice, me agaché a recoger la naranja para lanzársela a la anciana con toda la ira del mundo, pero al incorporarme, había desaparecido. «Te lo estás imaginando», me dije a mí mismo. «No es real». Pero tenía la naranja en la mano. La podía tocar. Existía. Tenía que salir de allí.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Sinceramente no recuerdo cómo, pero a los cinco minutos estaba sentado en mi coche con las dos manos en el volante. El recuerdo de la Loca Chatarrera, tuerta, señalándome desde el otro lado de las llamas, aún me tenía aturdido. Me concentré con todas mis fuerzas para convencerme de que me lo había imaginado. De que por mucho que me gustara mi trabajo, mi mente me estaba jugando una mala pasada. Al fin y al cabo, a mí también me habían educado en esa moralidad autoimpuesta y establecida por el resto de la sociedad de la que no era tan fácil zafarse. Algo me quedaría dentro aunque no lo quisiera. Pensé que mi conciencia me daba pistas de que aquello que hacía estaba mal. Que intentaba torturarme. Qué joven era. Aún pensaba en algunos momentos en los que eso podía afectarme a mí. Permanecí allí con los ojos cerrados y con los puños apretando tan fuerte el volante que los nudillos se me empezaron a poner blancos, hasta que a lo lejos empecé a ver a varios vecinos gritando por las ventanas al ver que de la iglesia salían llamas. Arranqué el coche y conduje por el descampado de detrás de la iglesia, sin encender las luces. Necesitaba alejarme de la zona. Cuando me encontré lo suficientemente lejos, encendí los faros y me bajé la parte de arriba del mono de plástico. Aunque fuera un jueves a las tres de la mañana, ver a alguien conduciendo, envuelto en un condón gigante, puede ser sospechoso.

Para cuando llegué a casa, mi mente ya había aparcado a un lado el recuerdo de la naranja podrida y el de Rigoberta señalándome. Gracias a ello, pude hacer lo que siempre hacía al volver a casa, tras terminar mis actividades extra laborales. Ya se había convertido en un ritual. Me tumbé boca arriba en la cama, mirando los dibujos que hacían en el techo las luces de las farolas. Me encendí un cigarro y dejé que el humo diera volumen a los haces que se colaban por la ventana. Esta vez, al encender la radio eran The Fleetwoods quienes estaban cantando *Come softly to me*. Este tipo de música, aun hoy en día, me transporta lejos. Acuna mi mente y mis pensamientos, que se van relajando hasta caer en un profundo sueño. Aquella noche soñé por fin que era Longino. Que acompañaba a Cristo hasta la cruz. Que le clavaba con gran satisfacción la lanza en el costado. Y que al sacar la lanza salía agua de la herida. Y que seguía con la mirada el camino que el agua recorría hasta el suelo donde, a los pies de la cruz, descansaba una naranja podrida.

«¡Cerdo hijo de puta!»

A la mañana siguiente, como de costumbre, llegué a las ocho a la redacción del periódico. La noticia de que un sacerdote había sido mutilado y quemado en su propia iglesia ya rondaba por allí. Qué prisa se dan los medios de comunicación en escupir algunas noticias. Otras en cambio nunca llegan ni a la mesa del director. Poco sabían aún de que internet acabaría con ellos en pocos años. Aproveché mientras hacía el café para averiguar qué habían escrito sobre lo ocurrido. Pero no daban muchos datos. De hecho no contaban nada sobre los detalles de la obra de arte que les había preparado. Tanto trabajo para nada. Solo decían que le habían mutilado y quemado. Me reconfortó ver que tampoco se hablaba de ninguna naranja mohosa, ni de ninguna anciana tuerta señalando. Lo que sí que aparecía en la noticia era el nombre de la víctima, pero aún nadie lo había relacionado con los actos que me llevaron a hacer lo que hice. No hubo que esperar mucho. Al cabo de un par de días ya habían descubierto que aquel tal don Mario era el mismo que quedó absuelto de los cargos de violación y asesinato de dos chicos unos años atrás. Los periódicos me hacían el trabajo sucio. Meter en la cabeza de los lectores que aquel tipo, pese a lo que un juez había dictaminado según la ley vigente, era completamente culpable. La opinión pública es tan dócil. Pero poco sabían aún de que don Mario ocultaba más cosas.

Fue justo una semana más tarde cuando me llamó Ángel Expósito. Ángel era uno de los dos compañeros de clase que teóricamente habían sido encontrados magreándose en los servicios del colegio. Uno de los chicos de los que don Mario había abusado. Ángel sabía que yo había estudiado periodismo y un amigo en común, otro antiguo compañero de clase, le había dicho que yo trabajaba en un periódico. Lo que no sabía es que aún no me dejaban en escribir en él. Que solo me dedicaba a lamerles el culo a la redacción en plantilla, para aprender mejor mi trabajo. Y yo tampoco se lo conté.

Ahora que don Mario ya no podía hacerle nada, tenía la necesidad de contar todo lo que había vivido. Sacar a la luz todo lo que le había hecho aquel hijo de puta con sotana. Ángel pensaba que contándolo podría acabar con aquel dolor que le roía por dentro y tal vez empujara a más víctimas de abusos a dar el paso necesario. Accedí a escucharle, a escribir su historia y a intentar colarle el artículo al redactor jefe del periódico. No perdía nada.

Nos reunimos durante un par de tardes en su casa. Café, tabaco y una vieja grabadora. Siempre he preferido no tomar notas mientras entrevisto a

alguien. El interlocutor se acaba soltando más si se siente escuchado. Grabar la conversación en lugar de escribirla me permitía mirarle a los ojos. Durante toda mi carrera como periodista, siempre he entrevistado de esa manera.

En varias ocasiones Ángel rompió a llorar mientras me relataba las visitas al despacho de don Mario. Mientras me describía el terror que sentía al oír cómo cerraba la puerta con llave detrás de él, yo no podía dejar de recordar el olor de su carne quemada, clavado en la cruz. Casi vomita al recordar el horroroso sabor de lo que le hacía tragar. Gracias a mí, don Mario también lo probó. Al final terminó por contarme las taras psicológicas que le quedaron en sus relaciones con las mujeres. «Creo que nunca terminaré de superarlo del todo», me dijo. También me confesó que no se sentía mal por estar completamente agradecido a la persona que le hizo lo que le hicieron a su agresor. «Ojalá pudiera tenerlo delante para darle las gracias personalmente», dijo en voz baja. Después de relatarme su historia y sacar toda la basura que llevaba años ocultando, me dio las gracias por estar ayudándolo a contar lo ocurrido. Pero cuando yo le contesté «de nada», no era en respuesta a ese último gracias. Él nunca lo supo. Al menos hasta que lea esto.

Me enteré hace unos pocos años que por fin logró acercarse lo suficiente a una mujer. Se acabó casando con ella y tuvo tres hijos. Me gusta pensar que algo tuve que ver en su recuperación, en el exorcismo de esos demonios que, paradójicamente, un sacerdote le había introducido en el alma.

Cuatro días más tarde, y tras dárselo a leer a Ángel, le entregué un texto de unas dos mil palabras al redactor jefe de mi periódico, en las que contaba cómo el fallecido don Mario se había dedicado a abusar sexualmente de varios menores. Evidentemente omití el nombre de la víctima. Ese fue el primer artículo que me publicaron. Los meses siguientes fueron un par de decenas los antiguos alumnos de mi colegio los que se animaron a contar lo que a ellos también les había hecho don Mario. Y para colmo, todos querían que fuera yo quien contara la historia. Sabían que conmigo podían estar más cómodos a la hora de hablar de lo sucedido que con cualquier otro periodista. Al fin y al cabo yo estudié en el mismo colegio y conocía a don Mario, aunque no como ellos se imaginaban. Así fue cómo empecé mi carrera como periodista. Mi afición secreta me había hecho entrar en el periodismo pisando fuerte.

Era un periodista con trabajo, venía de servir cafés a juntaletas, e iba camino de la gloria.

Capítulo 3 (Los camellos)

1

Seguí trabajando en aquel periódico durante algo más de cinco años. La mayoría de las noticias que me tocaba cubrir, al ser un periódico de ámbito local, eran noticias de medio pelo. Sucesos, inauguraciones de obras, crónicas de las diferentes fiestas de la zona. Quitando alguna muerte sin explicación -la mayoría de ellas obra mía-, eran pocas las noticias de las que me gustaba escribir y eran muchas las que hacía para cubrir el cupo con el periódico. Pero no por eso descuidaba mi trabajo. Siempre he pensado que las noticias son como los chistes. No hay buenos o malos. Solo están bien o mal contados.

Durante el tiempo que pasé en aquella redacción, no quise ensañarme volcando toda mi creatividad asesina con mis víctimas. Preferí reservarla para alguna ocasión especial. Sobre todo porque no podía permitirme el lujo de llamar mucho la atención. Mis artículos sobre las violaciones a menores de don Mario habían hecho que su nombre se asociara demasiado al mío. Así que me limitaba a un navajazo en mitad de un callejón, algo de veneno indetectable en una bebida o un empujón disfrazado de suicidio. Disfrutaba de cada uno de los asesinatos que cometía, aunque era comedido en la parafernalia. Pero algo comenzó a cambiar a partir de la muerte número dieciséis. Con don Mario hubo un antes y un después. Verlo arder en la cruz, antes de seguir haciéndolo en el infierno en el que él creía, fue un punto de inflexión.

«¡Cerdo hijo de puta!»

En los cincuenta y tres asesinatos posteriores a don Mario, ninguno de ellos tan llamativos como el suyo o el de Rigoberta, siempre tuve la sensación de que allí había alguien más que el afortunado de turno y yo. Tenía la sensación de que alguien estaba a mi lado cuando hacía lo que hacía. Había veces que mi víctima se asustaba más de lo normal al oírme hablar con alguien que no conseguía ver. Yo tampoco veía a nadie, pero me parecía divertido consultar mis métodos de trabajo a lo que cojones fuera que me acompañaba. «¿Cómo lo ves? ¿Le hago tragarse su oreja, o le obligo a escribir una nota y tirarse por la ventana?» Nunca obtenía respuestas, pero como método de tortura psicológica era bastante efectivo y yo lo disfrutaba, la verdad.

La gran diferencia entre los humanos y el resto de animales es la

capacidad de pensar. Y yo cada día veía cómo esa diferencia se estaba equilibrando. No podía permitirlo. ¿Tan difícil es hacerse las preguntas básicas para ser un ser humano? Pues parece que sí. Tenía que volver a equilibrar la balanza hacia nuestro lado.

Yo era un lobo solitario, venía de pasar un rato divertido con un desconocido e iba camino de la cama a ver cómo el humo de mi cigarro daba volumen a la luz que entraba por mi ventana.

2

Por aquella época ya ganaba lo suficiente como para irme a vivir solo. Tras una larga búsqueda, encontré el sitio perfecto para mí. Un apartamento pequeño cerca del centro de la ciudad con una habitación, un salón con terraza, un baño y una cocina, además de un trastero y plaza de garaje. No necesitaba mucho más. De hecho, viví tantas cosas durante años en aquel apartamento que me dio muchísima pena dejarlo de la manera en que tuve que hacerlo.

Lo bueno de vivir en ciertas zonas de Madrid es que, por más estafalario que sea uno, siempre pasa desapercibido entre la multitud. Y eso era exactamente lo que necesitaba. No llamar la atención. Ser uno más de los que engordan la masa gris de gente sin rostro que arrastran sus culos por la ciudad. A veces me planteaba a mí mismo si todas esas personas grises y tristes se merecían el trabajo que estaba llevando a cabo. Si se preguntaban quiénes eran, de dónde venían y a dónde iban. Cada día estaba más convencido de que era la mayoría de la gente la que sobraba. Esa mayoría que se limitaba a vivir la vida como les habían dicho que había que vivirla, sin cuestionarse nada, dejándose arrastrar a la deriva de una vida anodina y sin sentido. Cada vez eran menos los que se merecían seguir en la tierra, al menos sobre ella. Cada vez eran menos los que, con mayor o menor respeto al resto, intentaban disfrutar al máximo cada instante, sin importarles una mierda lo que la sociedad nos hubiera dicho que hiciéramos. Pero era más que evidente que no podía cargarme a todos ellos. Siempre había algunos de estos que se lo merecían más que otros. Y ya estaba yo allí para hacérselo saber.

Las noches de los fines de semana solía salir con amigos o compañeros de trabajo a tomar unas copas al Filantía. Un viejo garito del centro de Madrid donde podías ver a grupos en directo y escuchar buena música. Cosa que cada día es más difícil. No voy a negar que existían más motivos para salir de copas

que escuchar buena música. Todos hemos sido jóvenes movidos por las hormonas. Y, como decía la vieja canción, «Es la falta de amor la que llena los bares». De todos modos, en mi caso, no era lo que más me importaba.

Aquel legendario bar de la noche madrileña, el cual también voy a echar de menos, lo llevaba desde siempre un tipo corpulento llamado Ernesto. Pero todos teníamos la sensación de que antes de que Ernesto inaugurara el Filantía, antes incluso de que pusieran la madera del suelo y la barra, había estado Pepita. La camarera de siempre. Una mujer espectacular, pese a su edad. Su cara había sido marcada con un cuchillo unos años antes de que yo la conociera. El tipo que le rajó la cara estaba en mi lista de Personajes anónimos que me gustaría asesinar y que nunca podré. En este caso nunca lo asesinaré no por ser anónimo. Conocía su nombre. Tomás. Y sabía perfectamente dónde se encontraba. Enterrado en el cementerio de la Almudena. Tras hacerle aquello en la cara a Pepita, fue casi directamente a la cárcel. Cuando algunos de los presos, que eran fans de Pepita y de sus caderas, se enteraron de lo que le había hecho, hicieron el trabajo por mí. No les guardo rencor alguno. Pero me hubiera gustado hacer el trabajo a mí.

Los domingos solía ir a comer a casa de mis padres. Yo les ponía al día de mi monótona pero respetable vida y ellos me hacían un resumen de sus achaques, de los de mis tíos y me contaban algún que otro cotilleo sobre miembros de mi familia. Que a ver si me echaba novia. Que a ver cuándo les hacía abuelos. Que cuándo sentaría la cabeza. Siempre he pensado que cuando uno sienta la cabeza, a cambio, utiliza el culo para pensar. Dios mío, qué vida tan aburrida fingía tener. No sé cómo vosotros podéis hacerlo. No os ofendáis. Pero para alguien que tiene las inquietudes que tengo yo, le resulta muy difícil entender una manera de vivir tan normal, tan evidente, tan prefabricada.

Todas las tardes volvía del trabajo en el metro. Nunca me ha gustado usar el coche por la ciudad. Demasiados atascos, demasiada rabia contenida en los conductores. Además, en el metro podía pensar. Durante los trayectos me distraía mirando a los compañeros de viaje, intentando encontrar mi siguiente trabajo, mi siguiente víctima. Esa es otra de las facetas más tediosas de una vida normal. Todos los días eran las mismas caras con distintas ropas. Todos los días las mismas ojeras con distintos libros en las manos. Algunos sin libros. Mirando de reojo al resto de viajeros. Otros buscando estratégicamente

el sitio donde colocarse para tener más cerca un escote en el que distraerse durante el viaje. Pero las mismas caras en definitiva. Pensaba que allí no encontraría más gente que eliminar. Que al final, todos aquellos viajeros que día tras día veía en el vagón, pertenecían casi a mi familia. Me sabía sus paradas. Podía adivinar si la noche anterior habían salido o si habían dormido bien. De seguir cogiendo tanto cariño a todos aquellos desconocidos, pensaba que no encontraría más víctimas. Cada vez tenía más dudas sobre qué tipo de gente merecía más tener un momento de intimidad conmigo. No es fácil hacer mi trabajo. En serio. Para hacerlo correctamente siempre tengo que dejar a un lado los sentimientos o la cercanía que tengas hacia esas personas. Si se lo merecen, caen. Si ponen en peligro mi trabajo, también caen. Ojalá hubiera dejado a un lado mis sentimientos hacia los demás siempre. Pero ahora ya no puedo cambiar lo que pasó y casi me jode la vida. Creo que me estoy adelantando unos cuantos años. Perdonad. Continúo.

4

Un día que salí un poco más tarde de lo normal, todas las caras del vagón eran nuevas. Todas me hablaban. Eran relatos completamente nuevos. Pensé que sería muy refrescante variar los horarios en los que cogía el metro para encontrarme con nuevos aspirantes a jugar conmigo. Todas aquellas caras nuevas me confesaban sus pecados a gritos. La gente está tan lejos de sus cuerpos en esos viajes en metro, que no controlan sus gestos. Eran libros abiertos. Mientras otros preferían leer a Dan Brown, yo disfrutaba mucho más leyendo historias reales en las caras de la gente. Tratando de descubrir qué vicios o vergüenzas ocultaban, buscando mi próxima víctima. Me daban mucha lástima.

Aquél día que salí más tarde, había un par de individuos con media cabeza afeitada que impedían a los pasajeros dejarse llevar por sus ensoñaciones y por tanto me impedían a mí leerlos. Los móviles ya estaban a la orden del día y esos dos tipejos, tan carismáticos, lo utilizaban para escuchar un ruido infernal, hecho a base de golpes repetitivos y sonidos desagradables. Supuse que era lo que ellos entendían por música. Pero cualquier parecido entre lo que escuchaban y la música, era pura coincidencia. Y sí, tenéis razón. Algunos me podrían decir que ya en los años ochenta los jóvenes se bajaban a los parques con un loro para escuchar sus canciones favoritas mientras alternaban entre ellos, litrona va, litrona viene. Al menos

aquello sí era música, gustase o no gustase. Y al menos aquellos loros se escuchaban bien. Un móvil, por bueno que sea, incluso a día de hoy, sigue sonando a lata aunque lleves puesto a Mozart. Me levanté con los puños apretados con la intención de pedirles por favor que apagaran ese ruido, que estaban molestando a todo el mundo. Pero por suerte para ellos el tren llegaba en ese momento a la parada donde se tenían que bajar. ¿Lo adivináis? Sí. Me bajé con ellos. Me propuse seguirles y ver si eran merecedores, como parecían ser, de que intimáramos más. A mi manera, por su puesto.

Yo era un pasajero molesto, venía del trabajo, e iba a seguirles de cerca.

5

Durante todo el tramo de escaleras mecánicas que nos llevaba a la superficie, los dos jóvenes seguían llamando la atención con el sonido infernal que salía de sus teléfonos. Hablando a gritos. Riéndose de cualquier persona que se les cruzara por el camino, sin importar el motivo. Se iban empujando el uno al otro en un poco inocente juego, pisando y molestando a todos los que se encontraban. Por allí no aparecía ningún guardia de seguridad que hiciera su trabajo. Al llegar al segundo tramo de escaleras mecánicas, se chocaron con una joven con sobrepeso que parecía venir de hacer la compra. Todo el contenido de las bolsas que llevaba la chica se desparramó escaleras abajo, rompiendo la mayoría de los productos que llevaba. Huevos aplastados, cartones de leche pisoteados y varios tarros de cristal mancharon las escaleras que seguían subiendo. Muchos viajeros se pararon para ayudar a la chica, pero ellos no. Ellos, lejos de disculparse o de darse cuenta del daño que habían causado a la chica, empezaron a reírse de ella, que entre lágrimas intentaba recoger lo poco utilizable que le quedaba de la compra. «¡Te hemos hecho un favor! ¡Así adelgazarás, puto orco!», gritó uno de ellos entre risas, mientras seguían subiendo hacia la salida. Cada vez lo tenía más claro. Ellos serían los siguientes. Pero esta vez el juego tenía que estar a la altura de lo que ellos se merecían. Pronto volvería a crear arte.

6

Como hago siempre, cada vez que localizo un nuevo objetivo, dedico un tiempo a seguirles. A trazar un plano mental de sus rutinas. Intento averiguar, sin que ellos lo sepan, dónde trabajan, dónde viven, qué horarios tienen, etc. Mi trabajo como periodista me permitía pasar mucho tiempo fuera de la

redacción, utilizando la excusa de tener que investigar para algún artículo o noticia. Creo que aquella fue la vez que con más rapidez construí ese plano de una víctima. Al menos hasta ese momento. Todos los días hacían lo mismo. Resulta que aquellos dos engendros eran un par camellos de tres al cuarto, que se ganaban la vida vendiendo pastillas, cocaína y hachís en una discoteca del centro. Una discoteca de esas que suele tener más gente fuera esperando a entrar, que dentro. Una de esas que nunca hubiera pisado en mi sano juicio. También es cierto que muchos de vosotros pensáis que mi juicio no es nada sano. Pero la mayoría de la gente soléis ver únicamente la paja en el ojo ajeno. Cuanto más cosas sabía de ellos, más ganas tenía de invitarles a pasar junto a mí una velada especial.

Aun así necesitaba ampliar el esquema de rutinas que tenía en mi cabeza sobre ellos. Había parte de sus hábitos que no podía descubrir si no me acercaba más. Por lo que una noche decidí que lo mejor sería hacerme pasar por uno de sus compradores. Hice de tripas corazón y de mis oídos un destrozo y me metí en la discoteca donde pasaban la noche haciendo negocios con sus pastillas y demás drogas. En cuanto puse los dos pies dentro del local, se me revolvieron las tripas. O el corazón. O lo que fuera. Pero casi le vomito encima, una vez más, al intelectual de gimnasio que estaba en la puerta cobrando las entradas y que miraba con cara de tener retortijones a todo el que tuviera delante. Aquel sonido que ladraba el móvil de los camellos en el metro, sonaba en el local a todo volumen. Pero mientras que desde el teléfono solo se oían los irritantes tonos más agudos de lo que ellos llamaban música, allí, dentro de aquél antro infestado de gente sudando, los graves que salían de los altavoces conseguían que me temblaran hasta las llaves dentro del bolsillo del pantalón. Fue cuando entendí que esos sonidos solo se podían disfrutar bajo el efecto de las pastillas que ellos vendían. No había otra explicación lógica a tanta gente allí dentro ni a todos los que querían entrar. Jóvenes sudando, con las pupilas más dilatadas que una parturienta que acaba de romper aguas, se retorcían en la pista de baile bajo luces que parpadeaban. Aún a día de hoy, no entiendo cómo no se han dado más casos de epilepsia en aquellos sitios.

No pude aguantar más. Antes de buscarles, corrí al servicio. En ese momento no tenía muy claro si para vomitar o para echarme agua en la cara, antes de continuar mi actividad extra curricular. Al abrir la puerta del baño descubrí que los dos analfabetos estaban allí dentro. No me había costado mucho encontrar su oficina. Su puesto de venta de sustancias ilegales era un

sucio váter. Por el olor que flotaba en el aire, camuflando el que normalmente invade los baños de una discoteca, me di cuenta de que estaban fumando hachís. Ni para drogarse tenían clase. El hachís siempre me pareció el hermano bastardo de la Marihuana. Sí, amigos y amigas. Con mayúsculas. Marihuana. Nunca he encontrado una razón lógica para que estuviera prohibida. El tabaco y el alcohol son bastante más nocivos que la Marihuana, pero aun así son legales. Además la Marihuana te ayuda a dar algo parecido a una respuesta ante las tres preguntas básicas. «¿Quiénes somos? ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos?» Si para mí la Marihuana eran los Beatles de la droga, el hachís era Melendi. Sí. Te podías mover al ritmo de sus canciones, pero en realidad son mierdas de segunda clase que te dejan bastante perjudicado. De segunda o de tercera. Depende de dónde lo pillaras. El hachís, claro. No los discos de Melendi. Pero volvamos al tema.

Los muy gilipollas, cuando me vieron entrar algo descompuesto, me ofrecieron sin ningún tipo de precauciones su letal mercancía. No comprendo cómo la policía no les había pillado antes. Supongo que harían la vista gorda a cambio de algunos billetes. O peor. A cambio de mercancía gratis. Les miré de arriba a abajo y, sin decirles ni media palabra, me dirigí a uno de los lavabos, abrí el grifo y me eché agua en la cara. Necesitaba refrescarme antes de seguir.

—Te estoy hablando a ti, vejestorio— me dijo uno de ellos en un idioma que se parecía bastante al mío, pero que me costó un triunfo entender.

¿Vejestorio? Yo acababa de entrar en la treintena. Aquel comentario casi me hace perder el norte y acabar con ellos antes de tiempo. Cerré los ojos, respiré hondo, los volví a abrir y me giré mirándoles fijamente.

—Seré un vejestorio. Pero aun así, a tu madre parece que le gusta mucho chupármela— respondí mientras me secaba la cara con mi propio pañuelo. El dispensador de papel que había allí, estaba evidentemente vacío.

Pensé que aquello les provocaría y haría que se lanzasen a por mí llenos de rabia, dándome una razón para hacer lo que había ido a hacer. Pero la sorpresa fue interesante cuando vi que el otro se empezó a descojonar de su compañero por el corte que le acababa de dar. Fue en ese momento cuando se me ocurrió una idea para matar dos pájaros de un tiro -nunca mejor dicho-.

Les dije que no estaba allí para comprarles únicamente un par de pastillas. Les dije que el verdadero motivo era hacerme con un par de miles de esas pastillas. Que no se preocuparan por la competencia que podría hacerles por la zona. Que mi intención era abrir un mercado nuevo en otro barrio y necesitaba proveedores fiables y con buena mercancía. Que algunos de mis

futuros clientes ya la habían probado y estaban satisfechos. Que de funcionar bien, aquella compra sería solo la primera de muchas. Creo que les envié demasiada información a unos cerebros tan relajados, ya que los dos se quedaron en silencio, mirándome de arriba a abajo de nuevo. Desde la tarde que les vi por primera vez en el metro, nunca les había visto tan callados. Pero con la música que llegaba desde fuera de los servicios, casi prefería que hablaran de nuevo. Prefería que taparan aquel ruido con su gramática parda y verborrea imparable e ininteligible. Pero no. No decían ni mú.

Dejaron de mirarme a mí y empezaron a hacerlo el uno al otro, con los ojos rojos como tomates, fruto del hachís. Pese a ser evidentemente seres inferiores, parecía que se estaban comunicando con algún tipo de sistema telepático que yo desconocía. Tardé poco segundos en darme cuenta de que no. Que lo que pasaba era que mi propuesta les había bloqueado el cerebro. Lo dicho. Les había dado demasiada información de golpe. Tuve que volver a hablar yo para ver si reaccionaban.

—¿Entendéis el castellano? ¿Habláis mi idioma? —pregunté de nuevo, mientras me guardaba el pañuelo en el bolsillo trasero de mis vaqueros.

Al escuchar la voz de otro ser humano, pasaron de mirarse entre ellos a mirarme a mí otra vez. Pero con la misma mirada perdida de quien intenta recordar si ha dejado suficiente comida al canario, antes de irse de fin de semana a la playa. Como si esperaran que yo mismo les dijera la respuesta que me tenían que dar. Era evidente que tenían el cerebro frito. Ya fuera por la música que escuchaban o por la mierda que se metían, o por todo a la vez. Los ojos que me miraban no parecían verme. Solo apuntaban en mi dirección. Hubiera dado el dedo meñique del pie izquierdo por saber qué engranajes se estaban moviendo dentro de sus limitados y relajados cerebros. ¿Cuál era el costoso proceso mental que estaban sufriendo, que les obligaba a dejar los ojos en modo avión? Incluso me pareció ver que en el fondo de sus pupilas saltaba un salvapantallas. Bueno, vale. No lo vi. Pero fantaseé con que aquello sucediera de verdad. Semejante hazaña me hubiera hecho replantearme el acabar con ellos y forrarme, llevándoles de gira con un circo ambulante junto a otros fenómenos extraños de la naturaleza como el político sincero, el torero hemofóbico o la monja ninfómana.

No fue hasta que me encaminé hacia la puerta del servicio, esquivando restos de papel higiénico húmedos, cuando uno de los dos reaccionó. El miedo a perder un cliente tan jugoso les hizo despertar del letargo del cannabis, supongo.

Tras cuatro o cinco frases bastante mal construidas y llenas de onomatopeyas delirantes, supuse que me habían dicho que no llevaban tanto material encima. Que les tendría que acompañar a donde fuera que tuvieran la mercancía y terminaron preguntándome que si podrían tener parte del dinero por adelantado. Creo que fueron conscientes de mi respuesta sobre el dinero cuando empecé a partirme de risa, si es que eran conscientes de algo al cien por cien en algún momento. Al final accedieron a quedar conmigo dos horas más tarde en la puerta de aquél local. Cuando me dijeron el precio que querían por las dos mil pastillas accedí enseguida. Al fin y al cabo no pretendía pagarles ni un solo duro. Pero eso aún no lo sabían. Ellos estaban contentos y emocionados. Supongo que se imaginaban a sí mismos como dos aspirantes a Tony Montana y fantaseaban con poderle gritarle a alguien que saludaran a su amiguita. Sin duda es lo más cerca que se encontraron nunca de preguntarse quiénes eran, de dónde venían y a dónde iban.

Yo era un narcotraficante que se estaba proveyendo, venía de los sucios baños de una discoteca e iba preparar una buena jugada mientras les esperaba en la cafetería de enfrente.

7

Justo cuando tragué el último bocado del segundo sándwich que pedí en aquella cafetería, desde el hilo musical se empezó a escuchar Sh-Boom de The Chords. Aquello me dio buenas vibraciones sobre lo que iba pasar. No por lo que la canción dijera. No. Pero ese tipo de música siempre me transmite optimismo.

Diez minutos antes de la hora que me habían indicado, les vi salir de la discoteca. Miraban a todos lados algo inquietos. Supongo que para celebrar la voluminosa venta que creían que iban a hacer, se habrían metido alguna de las mierdas que vendían. Qué profesionales. Si alguna vez os adentráis en el mundo de la venta ambulante de sustancias estupefacientes, tened claro un par de consejos que os voy a dar completamente gratis.

Primer consejo. Nunca, repito, nunca consumáis vuestra propia mercancía.

Segundo consejo. Por apetecible que esté la tía o el tío, y sin importar todas las guarradas interesantes que os propongan hacer, nunca permitas que alguien os pague con sexo las drogas.

En ambos casos el negocio se acaba resintiendo.

De nada. Ya me lo agradeceréis.

Pagué la cena y salí a su encuentro. Fijaros si estaban colocados, que cuando me acerqué a ellos y les saludé, aún tardaron unos segundos en acordarse de quién era yo y de a qué cojones habían salido a la calle. O al menos esa impresión me dieron. Dentro de mí, me estaba frotando las manos por la joya que tenía delante. Dos capullos menos en el planeta, en una sola noche. Qué ganas tenía.

Me propusieron que fuera con ellos en su coche. Lógicamente me negué. Les expliqué que llevaba el dinero en mi maletero. Que por nada del mundo apartaría el coche de mis ojos y que les seguiría yo a ellos. Aceptaron a regañadientes. Supongo que no les gustaba la idea de que supiera llegar hasta su guarida por mí mismo. Lo que no les dije fueron los dos principales motivos para no ir con ellos. Uno era que, en vista del estado en el que se encontraban, no me fiaba de ninguno de ellos al volante. El segundo era que en realidad lo que llevaba en mi maletero no era el dinero, era la mochila con mis herramientas de trabajo.

Tras veinticinco minutos callejeando por Madrid, habíamos llegado a Carabanchel. Dadas las horas que eran, en un barrio obrero como ese, era imposible encontrar un sitio donde dejar el coche. Así que di varias vueltas por la zona y acabé aparcando a tres manzanas del local. Eso me iba a venir muy bien para el plan que más adelante tuve que improvisar.

Suele ser normal en este tipo de barrios, que grupos de amigos se junten y alquilen un pequeño local comercial para utilizarlo a modo de centro de reuniones, para jugar a videojuegos, para ver películas o el fútbol. O para turnarse y usarlo de picadero. Aquellos dos mostrencos lo usaban para guardar su mercancía. El olor a cerrado me estalló en la cara en cuanto abrieron la puerta. En el destartado local no había ventilación y tenía pinta de ser donde dormían esos dos eruditos. Si rascabas la pared era posible conseguir material para varias decenas de porros. Y no penséis que tenían una caja fuerte escondida detrás de un armario para que nadie les pillara. No. Tenían el material a la vista de todo el que asomara sus narices por allí. Un pequeño fallo de las cañerías del edificio, haría que el local se inundase y alguien del seguro llamaría a su puerta para ver hasta dónde llegaba el desastre, haciendo sonar todas las alarmas. Cuanto más me adentraba en su particular universo, más convencido estaba de que había

alguien por encima de ellos manejando el cotarro. No podía ser que unos tíos tan poco precavidos no dieran con su culo en el talego dada su falta de discreción. Si de verdad yo estuviera buscando pastillas para vender por mi cuenta, os juro que estos dos tipos serían los últimos con los que intentaría hacer negocio. Ni tan siquiera eso. Antes de involucrarme con ellos, montaría un video club. Sería más rentable. Me hubiera apostado lo que fuera a que alguien dentro de la policía les estaba cubriendo. No encontraba otra explicación. Y eso que tengo una imaginación bastante enrevesada.

La decoración también estaba a la altura de ellos. Una sola bombilla, colgando de un cable, iluminaba los posters con fotos de dudosa calidad, de tías desnudas junto a otros de Bruce Lee y más luchadores de artes marciales que ni conocía, ni me importaban. Réplicas de catanas, estrellas ninjas y nunchacos también eran parte de la decoración de aquel zulo. Parecía que tenían más cuidado con toda aquella parafernalia, sacada de El guerrero americano, que con esconder sus actividades delictivas.

—Veo que os gustan las artes marciales, ¿no?— les dije mientras fingía admirar su arsenal de juguete.

Qué simples eran. Con aquella pregunta les puse a comer en la palma de mi mano. Se emocionaron y empezaron a decir nombres muy raros en un idioma que decidí que era japonés. Entendí que eran especialidades de las artes marciales que practicaban, o que creían practicar. Se entusiasmaron tanto con el listado de palabras ininteligibles, que no se dieron cuenta de que había cogido uno de los nunchacos y me lo había guardado en la espalda.

— ¿Os habéis preguntado alguna vez quiénes somos, de dónde venimos o a dónde vamos, chicos?— les pregunté, cortando su retahíla.

Enmudecieron a la vez y clavaron su mirada en mí. No sabían qué responder. De hecho, dudo que hubieran entendido alguna de las tres preguntas. Joder, ¿se lo estaban ganando, o no?

Solo tuve que hacer un par de movimientos con el brazo derecho, junto con tres giros de la mano en la que llevaba los nunchacos, para dejarles KO en el suelo, mientras gritaba un alegre «¡Uooooo!»

Primera parte resuelta. Ahora venía la parte donde tendría que tener más cuidado.

Yo era Bruce Lee, venía de dejar fuera de juego a dos piltrafillas e iba camino del maletero de mi coche para coger mis herramientas.

La mayoría de los veranos de mi infancia los pasé en el pueblo de mis abuelos. Allí no había mucho que hacer, salvo escapar del calor en las horas centrales del día. Solíamos pasar el día en la piscina municipal inventándonos juegos, entre chapuzón y chapuzón. Había uno que se me daba especialmente bien. El juego consistía en ver de cuántos golpes éramos capaces de clavar un clavo de unos diez centímetros de largo en un trozo de madera. Nadie lo consiguió de un solo golpe. De hecho, yo era quien tenía el récord en dos martillazos limpios. Cuando clavé una de las muñecas de don Mario a la cruz, igualé mi marca. Pero había que tener muy en cuenta que aquella vez, entre el clavo y la madera, había un brazo. Al ver a aquellos dos camellos completamente a mi merced, pensé que sería buen momento para superarme a mí mismo.

Yo era el campeón de mi pueblo, venía de igualar mi récord e a iba intentar superarlo.

Para despertarles utilicé un líquido que parecía agua que encontré dentro de una botella que tenían tirada por el suelo, aunque por el olor me temo que era algún tipo de licor. Para entonces ya les había atado y amordazado. Para facilitarme el juego que quería llevar a cabo, les había colocado las cabezas sobre una tabla que les hacía de mesa. Cada uno con una oreja pegada a la tabla, mirando hacia mí. Qué callados estaban. Qué alegría tenerles así. Aunque ellos no parecían estar muy contentos cuando abrieron los ojos y me vieron vestido con mi mono de plástico y mis guantes. Yo por mi parte me lo estaba pasando de vicio. Qué ganas les tenía.

—No me habéis contestado ninguno de los dos— les dije jugueteando con dos clavos, de un tamaño similar a los que usábamos en el pueblo en una mano y un martillo en la otra.

No contestaron. Tenían la boca tapada con cinta americana. De las películas yanquis aprendí que la cinta americana vale para cualquier cosa. Joder, he visto películas en las que unos astronautas arreglan sus cascos con ella. Yo os recomiendo que allí donde guardéis unas gafas de repuesto, también dejéis, para urgencias, un rollo de cinta americana. Nunca se sabe qué puede pasar. Pero en este caso lo que iba a pasar, lo tenía más o menos claro.

—Os gusta molestar a la gente en el metro con vuestra música de mierda, ¿eh? Os voy a enseñar lo que sentimos los demás cuando nos obligáis a escuchar la mierda que vosotros llamáis música.

Dejé un clavo delante de cada uno de ellos y en medio, el martillo. Entrelacé los dedos y los hice crujir. Estaba preparado. Cogí el primero de los clavos por la punta con dos dedos y lo acerqué a su oreja. Con la otra mano, agarré el martillo y levanté el brazo para coger impulso. Lo bajé de golpe y me frené justo antes de tocar el clavo.

—No te muevas, ¿eh?— le dije. —Como no consiga hacerlo de un solo golpe porque te has movido, me voy a enfadar muchísimo y vamos a tener más que palabras. Así que, quietecito.

De nuevo levanté el brazo con el martillo. Conté hasta tres tan despacio como pude, solo por el gustazo de ver cómo intentaban gritar. Terminada la cuenta bajé el brazo hacia el clavo con toda la fuerza que pude. El muy cabrón se movió y el martillo, en lugar de impactar contra el clavo, lo hizo contra su cabeza.

— ¡TE DI JE QUE NO TE MO VIE RAS! —grité, acompañando cada sílaba con otro golpe en la cabeza.

Cuando me di cuenta, ya estaba muerto. Muerte número setenta. Joder, se podía ver el interior de su cabeza. Descubrí, pese a lo que creí en un principio, que su cerebro parecía ser normal. Al menos en cuanto a tamaño, color y forma. Yo ya me había imaginado algo del tamaño de un cacahuete ocupando su cerebro.

La sangre había llenado por completo la tabla donde les había puesto las cabezas. El que aún quedaba vivo, que se había cagado encima literalmente al verse empapado de la sangre de su amigo, se quedó congelado. No gritaba, ni se movía, ni pataleaba. Solo me miraba con los ojos casi saliéndose de sus órbitas mientras tiritaba.

— ¿Ves lo que pasa cuando no se me hace caso? —le dije intentando acojonarle un poco más. —A ver cómo te portas tú.

Repetí el proceso. Clavo agarrado con la punta de los dedos encima de su oreja. Martillo levantado con la otra mano. El truco no solo estaba en dar el golpe con mucha fuerza y lo más recto posible. También había que tener la habilidad de intentar soltar el clavo justo en el momento en el que el martillo impactara con él. De esa forma no habría más fricción que el del material donde intentabas clavarlo. Respiré de nuevo hasta tres y bajé el martillo con toda la fuerza que pude.

Premio. De un solo golpe. Por fin había batido mi propio récord. La muerte setenta y uno llegó de un solo golpe. Como si de un futbolista se tratara, levanté los dos brazos en el aire haciendo el signo de la victoria y

empecé a correr alrededor de sus cuerpos, imaginándome un grupo de gente que me aplaudía. Menuda euforia sentía.

Yo era de nuevo el campeón de un juego inventado por niños, venía de superar mi propia marca e iba camino de inventarme algún otro juego.

11

Como ya sucedió la noche en la que me convertí en Longino con don Mario, algo me golpeó en la espalda. Al volverme descubrí que, al igual que aquella vez, tampoco había nadie. Y de nuevo fue al mirar hacia el suelo cuando me la encontré. Una naranja podrida. Como ya os he contado, desde aquella noche en la iglesia tenía la sensación de que algo o alguien me acompañaba, pero nunca había vuelto a ser nada tan real, tan físico.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Aquella voz me era familiar. Noté como mi cuerpo se agarrotaba. Supongo que fruto del miedo. Pero no podía permitirme tener miedo. Tenía que actuar costara lo que costara.

Yo era un asesino bastante eficaz, venía de hacer un trabajo doble, e iba a defenderme de quien cojones fuera que me estaba interrumpiendo.

Luché contra mi cuerpo para que se girara y mirara directamente a quien fuera que estuviera allí con nosotros. Primero percibí el olor. Aquel olor a noche de verano y árboles mecidos por la brisa caliente de mi barrio. Cuando por fin logré girarme, la volví a ver. Y ella me miraba directamente a los ojos, con su único ojo sano. Solo que esta vez no era a mí a quien señalaba Rigoberta. Esta vez, la Loca Chatarrera, estaba señalando hacia una enorme caja de cartón, tirada en una esquina del local, entre bolsas de plástico, revistas y botellas. Miré extrañado hacia aquella caja, pero no le encontraba sentido. Cuando levanté de nuevo la vista hacia Rigoberta, había desaparecido y, al igual que la última vez que la vi, los minutos posteriores estaban borrosos. Lo siguiente que recordaba era encontrarme en una cabina de teléfonos avisando a la policía de gritos y golpes en la dirección del local de los dos camellos.

12

Los primeros agentes de policía que acudieron a la llamada anónima que hice, quince minutos más tarde, me encontraron con una enorme brecha en la cabeza, tumbado a los pies de la puerta del local, fingiendo estar

inconsciente. Para ellos tuvo que ser todo muy confuso. Dos cadáveres atados y tumbados sobre una mesa encharcada de sangre. Uno con la cabeza completamente abierta y otro con un clavo de diez centímetros metido por el oído. Restos de bolsas llenas de pastillas por todo el local, que parecía haber revuelto alguien y un tipo desmayado, tirado junto a la puerta. Cuando fingí que me despertaba, solo tuve que decir que era periodista. Que llevaba tiempo investigado a estos tíos. Que no recordaba nada desde que entré allí. Que alguien les debían haber estado esperando dentro. Supongo que en ciertas ocasiones, cuanto más rocambolesca es la situación que le describes a alguien, más fácil es que acabe por creérsela. Evidentemente, lo que acabó por convencerles del todo, fue la brecha tan grande y profunda que lucía yo en mi cabeza. Lo que no sabían es que yo mismo me había hecho la herida. Tal vez me había pasado un poco, pero valió la pena el dolor de cabeza que me acompañó durante casi un mes.

Me tenían tumbado en la camilla con la cabeza vendada a punto de meterme en la ambulancia cuando se me acercó un tipo enseñándome su placa. Me dijo ser el inspector Joaquín Coto. Se parecía bastante a Kevin Spacey, solo que con más pelo y bastante más en forma. Quería que le contara de nuevo los detalles de lo que había pasado en el local de los camellos. Lo normal es que sea delante de un juez donde tengas que contar de nuevo lo ocurrido, o eso pensaba yo, pero me pareció bien volver a relatarlo, así se iría grabando más y más en mi mente. La mejor manera de mentir es llegar a creerte la mentira. Cuanto más te crees lo que estás diciendo, menos se nota que mientes. Si alguna vez os ponen en un polígrafo, no olvidéis este consejo. También os lo doy gratis.

Le dije mi nombre y mi profesión. Le di el número de teléfono del periódico donde trabajaba para que pudiera comprobarlo. Le expliqué que estaba investigando para un artículo. Que empecé a interesarme por esos dos tipos al ver con qué facilidad vendían droga sin que nadie les frenara. Le enseñé el cuaderno con mis notas sobre ellos. Horarios de los dos camellos, lugares a los que solían ir, número de ventas que les vi realizar. Aquel cuaderno formaba parte de mi plan para matarles. Pero perfectamente podría pasar por el trabajo de investigación de un periodista. Al fin y al cabo era cierto. También le conté, con mucha prudencia, que llegué a la conclusión de que alguien desde dentro de la policía les debía estar ayudando a cambio de algo de pasta. Que por eso aquella noche estaba allí con ellos haciéndome pasar por un futuro inversor y que pretendía sacarles toda la información

posible, con la excusa de que me contaran cómo iban a cuidar de mi inversión. Tal vez, cuando se fueran confiando, se les escapara qué policía o policías estaban haciendo la vista gorda con ellos. «Me parecía una gran historia, inspector», dije para terminar mi mentira. Pensé que me estaba arriesgando mucho contándole a un policía mis sospechas de que entre sus colegas había uno o varios corruptos. Él mismo podría ser uno de ellos. Necesitaba ver la reacción de su cara cuando se lo dijera. Hubiera sabido en ese momento si estaba o no implicado. Pero no noté ningún tipo de sorpresa en su gesto. O bien no se creía nada de mi historia, o ya lo sabía y no le pilló por sorpresa. En cualquier caso, viendo su cara no pareció que le preocupara mucho el hecho de que un periodista supiera que algo sucio se cocía dentro del cuerpo. Incluso me pareció que le gustó ver a alguien, que no fuera policía, investigando todo aquello.

Tras unos segundos de reflexión en los que no dejó de estudiarme con la mirada, Joaquín Coto dio muestras por fin de haberse creído mi historia, al fin y al cabo había mucho de cierto en ella. Los enfermeros empezaron a subirme a la ambulancia cuando el inspector Coto pareció acordarse de otra pregunta que me quería hacer.

—Esperen un momento— dijo a los enfermeros, mientras agarraba uno de los laterales de la camilla— ¿Sabe algo de la naranja podrida que encontramos en el suelo?

Normalmente intento tener el mayor cuidado posible para que mi cara no sea un libro abierto, como suelen ser las caras de la mayoría de la gente. Pero aquella pregunta me pilló fuera de juego. ¿Cómo iba a haber encontrado una de las naranjas de Rigoberta allí? No eran reales. Había sido mi imaginación quien las había colocado. Nada de aquello había sido real, pensé. Creo que aquella fue la primera vez que intuí que mi percepción de la realidad estaba dañada, que era distinta a la del resto. O eso o, algo aún más sorprendente, los fantasmas existían. Creo que el inspector Coto debió notar algo extraño en mi cara. Joder, yo mismo lo noté sin tan siquiera tener que verla. Mi primera respuesta fueron solo dos palabras. Me salieron casi sin querer, y con un pequeño gallo en la tercera sílaba.

—¿Una naranja?— pregunté sinceramente sorprendido. —Yo no sé nada de una naranja. No recuerdo haber visto una naranja allí dentro. De hecho creo que no había nada medianamente sano en el local. Aunque tampoco me dio tiempo a ver mucho antes de que me dejaran fuera de combate, inspector. — Nervios es sinónimo de diarrea verbal, en mi caso.

—Sí. Esta naranja. — Con su mano enfundada en un guante de látex, muy similar a los que yo mismo había llevado unos minutos antes, levantó una bolsa de pruebas con una naranja podrida dentro. Parecía ser la misma naranja que había visto antes de que apareciera la Loca Chatarrera. No entendía nada. —No es la primera vez que encontramos una naranja podrida en la escena de un crimen. ¿Vio si alguna de las víctimas llevaba una naranja en la mano cuando entraron?— preguntó de nuevo.

—Ya le digo que no vi nada. Entré detrás de ellos y no recuerdo mucho más hasta que me desperté y ya estaban ustedes aquí— dije casi tartamudeando.

—Bueno. Supongo que es una casualidad. En cualquier caso, si recuerda algo, avísenos.

El impacto de aquella noticia me dejó fuera de juego. Me quedé blanco. Con la mente fuera de mi cuerpo buscando un sentido a todo. El estado en el que me sumí tras la noticia de la naranja me vino de perlas para que los enfermeros dijeran al inspector Coto que había perdido bastante sangre. Que la herida de la cabeza era demasiado fea y que tenían que llevarme lo antes posible al hospital para hacerme las pruebas pertinentes. Joaquín Coto asintió y me dijo que ya hablaríamos más adelante. Pero antes de que me subieran del todo a la ambulancia se acercó a mí, me cogió de la mano y me susurró algo que me hizo sonreír por dentro.

—Ibas por buen camino. Ahora no puedo hablar mucho.

Fue la primera noche en la que, después de crear una de mis obras de arte, no me pude tumbar en mi cama a fumarme un cigarro mientras veía como el humo jugaba con la luz, ni poner la radio para que sonara alguna vieja canción de los años cincuenta o sesenta que me acunara hasta dormirme. Esta vez lo que me hizo dormir fueron los sedantes que me pusieron para el dolor de la cabeza. Sedantes que me ayudaron a la hora de imaginarme el humo, la luz y la música.

Yo era un periodista detrás de una buena pista, venía de que me graparan la cabeza, e iba a por una exclusiva cojonuda.

Semana y media después, salía de declarar en los juzgados todo lo ocurrido con un fuerte dolor de cabeza que aún me destrozaba, cuando el inspector Coto se acercó a mí. Quería que habláramos de la historia de los

policías corruptos que hacían la vista gorda en todo aquel asunto de drogas. Miraba hacia todos lados. Parecía bastante incómodo por estar en la puerta de los juzgados, con tanto compañero suyo por allí intentando averiguar cuánto sabía el maldito periodista de los chanchullos que se traían con los camellos muertos. Me pidió que le acompañara a un sitio más tranquilo, sin tantos ojos ni oídos pendientes de nosotros donde pudiéramos seguir hablando. Me sentía como Woodward y Bernstein y él era mi particular Garganta Profunda.

Caminamos varias manzanas hasta llegar a un bar de comidas caseras, donde nos sentamos a comer algo y hablar. Me contó que tenía pruebas de todo lo que yo ya sospechaba. Que de sacarlas él mismo a la luz podría meterse en serios problemas. No se refería solo a que pudiera perder el trabajo. Era su vida lo que estaba en juego. Y en caso de perderla, poco le importaría tener o no un trabajo. Durante dos horas de comida casera, vino con gaseosa, también Casera y sobremesa con licor de hierbas, me contó con muchos más detalles todo lo que sabía. La cantidad de gente implicada era considerable. De hecho, ni él mismo podría ver lo alto que llegaba aquella lista de policías implicados. Ya podía oler otro éxito como periodista.

Joaquín Coto y yo congeniamos muy bien desde el principio. Casi desde que hablamos por primera vez, mientras me metían en la ambulancia. Era alguien íntegro. Fuerte en sus formas, aunque no agresivo. Si le mirabas con atención, cuando hablaba de cualquier cosa que le entusiasmara, veías en sus ojos una bondad y una inteligencia que ya quisieran muchos de sus compañeros. Incluso muchos seres humanos. Quería lo que quería y no se andaba con rodeos. Parecía tener más que claro quién era, de dónde venía y a dónde iba. Sobre todo porque se lo preguntaba casi a diario. Lo cual hacía que reforzara sus propias respuestas. En eso se parecía mucho a mí. Y, como descubrí más adelante, teníamos más cosas en común. Estaba claro que era una de esas personas que no se estaba ganando que lo matara. De hecho era una de las personas por las que yo hacía lo que hacía. Pero supongo que ser una especie de Serpico, rodeado de policías corruptos, le enseñó a mantener la boca cerrada y a tener muchísimo cuidado las veces que la abría. Por lo que cuando encontró a un periodista que andaba tras las huellas de lo que él mismo quería sacar a la luz, no lo dudó ni un instante.

Durante más de un mes, Joaquín fue entregándome información y pruebas sobre el grupo de policías que estaban dejando que todo pasara en algunas

zonas del centro de la ciudad. Me entregó fotos, un pen drive con conversaciones grabadas, incluso me dio el nombre de varios camellos que estarían dispuestos a hablar conmigo a cambio de unos billetes. Todo aquello que me entregó el inspector Coto, Joaquín, era más que suficiente para escribir sobre ello. Solo me puso una condición.

—Bajo ningún concepto uses mi nombre. Me puedo meter en un lío gordo.

—No te preocupes —le tranquilicé. —Ya me he asegurado de que mis jefes crean que toda esta información la he conseguido yo solo. Supongo que tendremos que subir un poco el presupuesto de asesoría legal en el periódico, pero les merece la pena dado el peso de la noticia y las ventas que eso puede generar. Ya sabes. Aquí cada uno va a lo suyo. Y Hacienda a lo de todos.

—Muchas gracias— respondió. — ¿Pedimos otro chupito?

Cada vez que quedaba con él acabábamos bastante borrachos. Quién me iba a decir a mí, un asesino en serie solitario y con muchas ganas de seguir matando, que encontraría a alguien a quien poder llamar amigo y además que ese alguien sería un policía. Qué ironía.

De las naranjas que encontraron en varios crímenes nunca hablamos. Yo me moría por sacar el tema. ¿En cuántos de mis asesinatos habían aparecido naranjas podridas? ¿En todos? ¿O solo en los tres donde las vi? No quise tocar el tema con él. Supuse que alguien medianamente listo, como era evidente en Joaquín, se hubiera dado cuenta de que cuando hacía años murió una anciana rodeada de naranjas podridas, había sido justo debajo de mi casa donde la habían encontrado. Que, cuando un sacerdote fue mutilado y quemado en su iglesia, fui yo el periodista que sacó todos los trapos sucios de aquel pederasta. Eso en el caso de que también encontrarán en la iglesia una de esas naranjas. Y todo me daba a entender que sí, que la habían encontrado. Y ahora, en el siguiente caso donde aparecía una naranja podrida, resulta estar implicado el mismo periodista. No sé vosotros, y no sé cuánto sospechaba Joaquín en ese momento, pero yo me hubiera mosqueado mucho. Era evidente que mi paranoia se debía a que yo sabía la verdad. No paraba de darle vueltas a la idea de que el fantasma de Rigoberta, la Loca Chatarrera, me perseguía en mis actividades y dejaba allí las naranjas para vengarse de mí. Mucho tardé aún en descubrir las intenciones de Rigoberta.

Necesitaba tiempo para pensar en todo aquello. Decidí parar durante una temporada mi vicio de matar gente. Sabía que ese momento de parón tendría que llegar tarde o temprano. Al fin y al cabo pasaba muchos días a la semana con mi nuevo amigo. Y aquel nuevo amigo no era otro que un buen inspector

de policía. De los que quedan pocos, para suerte mía.

15

Mi artículo salió en la portada del periódico unos meses después. Mi primera noticia de portada. Al cabo de una semana había alrededor de quince policías detenidos. Tres de ellos, altos cargos. Todo gracias a mí y a la ayuda del Joaquín Coto, el cual nunca fue mencionado en ningún párrafo del artículo, ni de la investigación posterior. Joaquín y yo celebramos todo aquello en el Filantropía. Acabé convirtiéndole en un habitual de allí. Tal vez me confundí en cuanto a la profesión de mi nuevo amigo, pero como periodista que yo era, me venía francamente bien tener un amigo dentro del cuerpo. Para mis otras actividades, me pareció altamente amenazador. Pero, ¿qué coño? Es el trabajo que yo mismo había elegido. Además, de alguna manera él también trabajaba en algo parecido a lo mío. Solo que yo trabajaba fuera de la ley que él prometió cumplir y que siempre cumplió. Siempre supe que no sería fácil. Además, hasta yo soy consciente de que es necesario tener amigos. Y en vista de que no estaba muy seguro de mi contacto con la realidad, dados los acontecimientos con el fantasma de Rigoberta, me venía bien no estar tan solo como solía estarlo.

Aunque fuera en un periódico modesto en el que publiqué mi investigación, la noticia de los policías corruptos había sido todo un triunfo para mí. La lluvia de ofertas de trabajo, desde varios periódicos de primera línea, empezó la misma tarde en la que se publicó todo. Los sueldos que me proponían eran bastante jugosos como para rechazarlos. Las cadenas de televisión me llamaban para entrevistarme en plató. Querían saber cómo había conseguido llegar hasta el fondo de todo aquel asunto. Querían contar la sensacional noticia de cómo un periodista de investigación puso en riesgo su vida para conseguir destapar un caso de policías corruptos tan grave como era ese. Incluso alguna cadena me puso una cantidad bastante elevada de dinero delante para que fuera el analista de sucesos en un programa matutino. Al final me decanté por seguir siendo periodista de verdad y cuatro meses después de abrirme la cabeza con unos nunchacos de juguete, entré a trabajar en uno de los periódicos más leídos del país, además de aceptar algunas entrevistas televisivas, pese a tener la sensación de estar exponiéndome en exceso.

Yo era una estrella mediática, venía de resolver un gran caso e iba camino de ganar mucho prestigio.

Capítulo 4 (76)

1

La primera vez que Joaquín y yo nos acostamos juntos, fue una noche de las muchísimas en las que íbamos al Filantria. La mayoría de las veces nos quedábamos allí hasta que Ernesto cerraba y Pepita nos obligaba a pagar todas las copas que habíamos tomado. Normalmente la cantidad que Pepita nos decía que le debíamos era inferior a la que habíamos consumido, que solía ser bastante. Por lo que en el estado en que solíamos salir, cada uno se metía en un taxi distinto y se iba a dormir la mona. Pero aquella noche nos vimos obligados a salir demasiado pronto y demasiado serenos, por la puerta del Filantria.

Desconozco los motivos, pero alguien había decidido darle una paliza a un tipo que por lo visto había sido una leyenda en la música hacía años, aunque yo no tenía ni pajolera idea de quién era. Se armó tal algarabía en el Filantria, que Joaquín me pidió que saliéramos de allí antes de que llegaran colegas suyos a poner orden. No le apetecía que nadie del trabajo le viera bebiendo, aunque no solo estuviera fuera de servicio sino que además acababa de empezar sus vacaciones. El hecho de que le vieran con el periodista que se llevó por delante a muchos de sus colegas, tampoco le haría mucha gracia a los compañeros de Joaquín.

—Si quieres nos tomamos una copa en mi casa y, ya que dices que no conoces al tipo que acaban de dejar KO, te pongo algún disco suyo —me propuso mientras salíamos del bar.

—Vale. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que tú no cantes —respondí riéndome.

Paramos un taxi y le dimos la dirección de Joaquín. Aquella noche fue la primera vez que pisé su casa. Me sorprendió lo mucho en que se parecía a mi apartamento. No muy grande, y con una decoración muy minimalista. Se notaba que la única función de aquel habitáculo era la de descansar y relajarse tras pasar casi todo el día fuera de casa. La mayoría de las veces trabajando, cada uno en lo suyo. La diferencia más notable que pude apreciar eran las fotos. En mi casa no había ni rastro de que yo hubiera tenido un pasado. Ni de que tuviera familia o amigos. Nada. Nunca he

tenido mucho apego por nadie. No me convenía dadas mis aficiones. Cualquier cosa parecida al apego que hubiera vivido, hasta que apareció Joaquín en mi vida, lo he tenido que fingir para parecer normal.

En cambio por toda su casa había fotos de su familia. Sus padres, sus hermanos y él mismo, fotografiados en su Galicia natal, donde aún vivía el resto de los Coto. Él fue el único que salió en busca de aventuras a la ciudad. Era evidente que se dio cuenta demasiado tarde de lo sobrevalorado que está vivir en una gran ciudad. Siempre me decía que le gustaría retirarse allí, en el pueblecito costero que le vio nacer. Que la ciudad era tan solo una necesidad laboral, pero que no aguantaba toda aquella jungla de gente triste, ladrones y asesinos con los que le tocaba lidiar. Qué ironía.

2

Sacó dos vasos, unos cuantos hielos del congelador, una botella de ron añejo y uno de los discos de aquel tipo al que habían golpeado en el Filantía. No recuerdo ahora su nombre. Copas, música, risas. Visto desde fuera y con la perspectiva del tiempo, todo parecía dar señales de lo que iba a pasar a continuación. Aunque debo reconocer que en aquel momento no vi ninguna de aquellas señales y por lo que él me dijo siempre, tampoco las vio. Simplemente sucedió. Cuando quisimos darnos cuenta estábamos los dos desnudos en su cama, haciéndonos cosas el uno al otro que poco os importan y que no viene al caso que os cuente en este momento. Pero si me parece importante que os cuente que la relación que hemos mantenido Joaquín y yo durante estos últimos siete años, ha sido de algo más que amistad. Mucho más que amistad. Eso incluye todos los beneficios que consigue un periodista al tener como pareja a alguien de dentro de la policía y todos los problemas que conllevan para alguien con mis aficiones alternativas.

Pese a todo eso, no podía dejar de hacer mi trabajo. La necesidad me quemaba por dentro. Sentía que había adquirido un compromiso con todos vosotros, aunque ni siquiera lo sabíais. Quizá por eso, Joaquín y yo nunca llegamos a vivir juntos. Y aunque él no me lo decía nunca, siempre noté que lo deseaba. Solíamos dormir en su casa la mayoría de las veces. Pero cada uno tenía su intimidad, su espacio. Las poquísimas veces que discutíamos, no teníamos que aguantar las pullas del otro, ni las miraditas de rencor por el pasillo. Simplemente nos quedábamos cada uno en su casa y al poco rato, uno de los dos llamaba para pedir perdón. Así era todo mucho mejor. Además, yo

no podía permitirme pasar el resto de la vida viviendo con un policía y él tenía miedo a que le abandonara si yo sentía que me agobiaba.

3

Aunque nunca se mencionó su nombre en todo el transcurso de la investigación que llevó a un elevado número de policías a estar entre rejas o a abandonar obligatoriamente su puesto de trabajo, el resto de sus compañeros siempre intentaban mantener una distancia prudencial con él. Se había corrido el rumor de que era un chivato, de que había sido él quien había informado a la prensa en lugar de arreglar las cosas dentro del cuerpo. Todos tenían miedo a meter la pata de cualquier manera y que Joaquín les delatara. Si además se empezaba a correr el rumor de que estaba manteniendo una relación con el mismo periodista que sacó todo el caso a la luz, podía estar seguro de que lo iba a pasar muy mal. Pese a estar en el siglo XXI, la homofobia sigue vigente en muchos estratos de la sociedad, así como la corrupción. Supongo que eso también era una buena excusa para no vivir juntos durante los siete años de relación.

Nunca mostramos pruebas de lo nuestro en público. Solo parecíamos dos amigos que iban dos o tres noches por semana al Filantía, como tantos otros, a pedirle a Pepita que nos diera de beber y lanzarle algún que otro comentario sobre su cuerpo deslumbrante, mientras disfrutábamos del concierto que hubiera esa noche.

Los pocos momentos en los que pude ser algo parecido a un ser humano como vosotros sin sentir que fingía, era cuando me sorprendía a mí mismo compartiendo su fantasía de retirarse a vivir a Galicia juntos. Nunca lo haremos, evidentemente, pero siempre me picaba la curiosidad de conocer el pueblo al que siempre quiso llevarme y al que nunca acepté ir. Él quería presentarme a su familia. Yo nunca vi con buenos ojos dar ese paso en nuestra relación. Le debo al menos eso.

Era un buen tipo.

4

Durante los años siguientes al doblete que me marqué con los dos camellos y el juegucito de los clavos, reduje considerablemente el número de insensatos que quité del medio. La cifra apenas superó la veintena y siempre fueron asesinatos menores. Veintitrés cadáveres en siete años. En total eran setenta y

cinco. Sí. Llevo la cuenta perfectamente. Recuerdo todos y cada uno de ellos. Aunque no soy uno de esos tipos del viejo oeste que va haciendo marcas en el cañón de su arma cada vez que mataba a alguien. Mi única arma soy yo mismo y no tengo la intención de tatuarme cada cadáver que dejo a mi paso. Incluso creo que si, Dios no lo quiera, algún día me pillan, tendría en la piel un listado de todos los cargos de los que acusarme. Además no podía hacer mucho ruido. Mi cara empezaba a ser muy conocida por mucha gente dadas mis apariciones en distintos platós de televisión, a los que me llamaban para debatir de la gilipollez que estuviera de moda en ese momento. La verdad es que pagaban bastante. Estaba ganando mucho dinero, pero a cambio había perdido algo muy importante para mi afición secreta. El anonimato. Eso, unido a mi relación con un inspector de la policía, me hacía pensármelo mucho más cada vez que decidía hacer lo que tenía que hacer. Pero mi pasión creativa necesitaba salir. Si la retenía mucho más tiempo dentro, podría estallar de cualquier manera y sin ningún control. Acabaría siendo otro de esos locos que se suben a un campanario a disparar a todo el que pasara por la calle. A veces era lo que más me apetecía, no lo voy a negar. Pero tenía que ser prudente. Durante esos siete años solo me había encargado de eliminar a escoria que nunca se preguntaban quiénes eran, de dónde venían, ni a dónde iban.

Yo era un artista alternativo con mucha hambre, venía de ponerme a dieta e iba a buscar algo para picar.

5

Cerca de donde yo vivía hay una cafetería en la que muchas tardes de primavera me gustaba sentarme a tomar lo que fuera y a leer. Las temperaturas de la zona durante esa época del año eran tan agradables que podía pasarme horas enteras allí sentado devorando libros. En alguna ocasión llegué a sentarme con un libro nuevo y levantarme a pagar la cuenta con el libro finiquitado.

Una tarde estaba sentado en dicho bar leyendo Leviathan de Paul Auster. La historia de un tipo que, a su manera, hacía un trabajo similar al mío. Dada la velocidad a la que me estaba tragando tan buena historia, pensé que me la acabaría esa misma tarde allí sentado. Pero no pudo ser. En la mesa de al lado tenía sentado a un tipo vestido con un traje bastante caro a la par que hortera. Debía haberse tomado ya dos o tres cubatas. Aunque estaba solo, llevaba más de una hora colgado del teléfono. Durante un tiempo barajé dos posibilidades para que estuviera hablando tan alto. La primera era que no se había enterado

aún que hoy en día, para hablar con alguien que está a cientos de kilómetros de distancia, no es necesario pegar voces. La segunda posibilidad, y por la que acabé decantándome, era que no tenía ningún tipo de educación ni respeto por los demás clientes que estábamos sentados allí. Además, no era solo el irritante volumen de su voz lo que me estaba interrumpiendo la lectura y molestando al resto de la gente. La conversación que mantenía con la persona al otro lado del teléfono era de lo más vulgar. Que si se había tirado a no sé quién, que si le había chupado no sé qué. En fin. Ya sabéis a qué tipo de personajes me refiero. Y como comprenderéis no podía dejarle escapar.

6

Tres cubatas después, cuando el encargado del bar le pidió muy amablemente que se marchara y que dejara de molestar, aquel tipo -cuyo nombre nunca supe- se levantó y, tras un pequeño tambaleo para ubicarse en su nueva postura, puso rumbo calle abajo, sin mucha precisión en sus pasos. Pagué mi cuenta y me dispuse a seguirle.

Ya era de noche y, aunque en las tardes la temperatura era bastante agradable, al desaparecer el sol seguía haciendo bastante frío, por lo que no había ni un alma por la calle, salvo la mía y la del borracho con traje hortera, si es que alguno de los dos teníamos alma. Culebreaba por la acera chocándose cada dos por tres con las paredes y las farolas. Estaba esperando el momento preciso para hacer lo que tenía que hacer. Y ese momento llegó cuando decidió meterse en un callejón a vaciar su vejiga entre unos cubos de basura que había en la puerta trasera de un restaurante.

—Disculpe. ¿Tiene hora? —le dije acercándome por la espalda.

— ¿Qué coño? ¿No ves que estoy ocupado?

—Eres un maleducado.

Mientras le escupía esta última frase a la cara, con evidente tono de asco, saqué del bolsillo un destornillador. Él, a la vez que se la guardaba, se giró hacia mí. Dada la borrachera que llevaba, sus ojos estaban más cerca de estar cerrados que de estar abiertos, lo cual cambió completamente cuando le clavé el destornillador en la tripa y lo arrastré de un lado al otro de su cuerpo. Con un cuchillo aquella acción hubiera sido bastante más rápida y menos dolorosa, ya que un destornillador no tiene filo y desgarrar en lugar de cortar. Pero ni tenía prisa, ni me importaba una mierda que le doliera o no. Y debió de dolerle, porque en cuanto saqué el destornillador, las rodillas le fallaron y

cayó sentado. Con el impacto contra el suelo, sus tripas empezaron a salirse de dentro. Aquello me hizo gracia, pero tuve que contener la carcajada.

En aquella ocasión no apareció Rigoberta. De hecho, solo la vi en los trabajos más finos, en los que más tiempo invertía. Aun así, por encima del olor de la basura del callejón, el de la meada de aquel tipo y los ya de por sí desagradables aromas que suele uno encontrarse en esos rincones de la ciudad, a mi nariz llegó el olor de árboles, de brisa de verano. Los mismos olores de la primera vez que maté.

Mientras veía desangrarse a mi víctima número setenta y seis se me ocurrió una idea para tener ocupada a la policía, para mandarles por un camino bastante alejado del que yo me encontraba. No es que notara su aliento en mi nuca, de hecho, nunca se acercaron ni un poco, pero pensé que sería divertido dejarles una pista falsa. Un pequeño homenaje a otro asesino en serie. Alguno famoso. Allí mismo, delante del tipo del traje hortera, llegué a la conclusión de que si al que imitaba era a Charles Manson, no solo les despistaría por completo, sino que además era muy probable que cuando la noticia llegara a los medios, podría calar entre la gente de la calle, provocando algún tipo de movimiento en sus conciencias. Ya me encargaría yo de ello. La verdad es que viendo el resultado posterior, no lo debí pensar muy bien. Todo aquel tiempo sin matar, guardándome las ganas, se notó en aquella decisión. Como cuando llevas mucho tiempo sin beber alcohol y de pronto cae un cubata en tus manos. Te lo bebes de dos tragos. Y acabas pagándolo caro.

Durante el verano del sesenta y nueve Charles Manson y los suyos, una panda de hippies pasados de ácido que se hacían llamar La Familia, se colaron en casa de Leno LaBianca, un ejecutivo de supermercados de Los Ángeles y le mataron a él y a su mujer de manera salvaje, clavándoles una y otra vez una bayoneta. Cuando la policía llegó a la casa del matrimonio, encontraron escrito con sangre en la puerta de la nevera Helter Skelter. Título de una canción de los Beatles que, el líder de La Familia, Charlie Manson, creía que hablaba del fin del mundo, de los negros contra los blancos y demás mierdas apocalípticas. De hecho siempre pensó que los de Liverpool le hablaban a él a través de esa canción. De verdad que aquellos tipos no estaban muy bien de la cabeza. Joder, yo por lo menos tengo los pies sobre la tierra. Al menos por el momento.

Me pareció divertido coger un trozo de periódico que había por el suelo, mojarlo en la sangre de mi víctima setenta y seis y escribir en la pared, justo encima de su cuerpo, el título de otra canción del mismo disco de los Beatles en el que aparecía la que eligió Manson. Dear Prudence, escribí. Una canción cuya letra podría significar cualquier cosa en la mente de un loco asesino.

Querida prudencia / ¿no quieres salir a jugar? / Querida prudencia / saluda al nuevo día / el sol está alto, el cielo está azul / es hermoso y tú también lo eres.

Ya podía imaginarme al típico psicólogo del FBI que se ve en las pelis, intentando hacer un perfil del asesino a raíz de aquella canción. Soltando todo tipo de pedanterías sobre mi estado mental. Sobre lo que el asesino quería decir con todo aquello. Pero mucho me temía que en este país no se invierte tanto en este tipo de investigaciones.

Capítulo 5 (77)

1

Hubo dos motivos por los que en los siguientes asesinatos no volviera a jugar al juego de las imitaciones de asesinos famosos. Y eso que me divertí mucho haciéndolo. El primero fue que la policía se guardó el detalle de la pintada y no lo contó a la prensa. Tenían miedo de que si llegaba la historia a la calle, hubiera más imitadores. De hecho, pese a estar aún entre rejas, Manson tiene bastantes seguidores sueltos por el mundo. Mi intención era remover conciencias, que la gente viera que la vida no es lo que muchos hacen, que la vida hay que vivirla, disfrutarla, compartirla, hacer que valga la pena cada paso que damos. Pero en ningún caso lo que pretendía era formar una nueva familia Manson, un batallón de hippies hasta las cejas de alucinógenos. Y, pese a ser periodista, tampoco podía decir que conocía ese detalle. Me hubiera metido en un buen lío.

El segundo motivo fue personal. Joaquín siempre fue muy reservado con su trabajo. No me contaba nunca detalles sobre los asesinatos que investigaba. Nunca. Era muy profesional para eso. Pero la noche siguiente a que destripara al tipo del traje hortera, al entrar en casa de Joaquín me lo encontré sentado delante de su ordenador, con un cuaderno y un bolígrafo escribiendo sin parar. Parecía estar bastante preocupado.

—¿Estás bien? —le dije en cuanto cerré la puerta al entrar.

—Escucha. ¿Conoces esta canción?

Ni me saludó, cosa muy rara en él. Apretó la barra espaciadora y empezaron a sonar los primeros acordes de Dear Prudence por los altavoces externos del portátil. Cerró los ojos y me obligó a escucharla hasta el final.

—¿Qué crees que significa? —me preguntó nada más acabar el tema.

—Pues no sé, Joaquín. Alguien que se tiene que morder la lengua y le cuesta mucho. De ahí que le pida a la prudencia que salga.

—Sí, eso mismo pensé yo. Pero tiene que haber algo más.

—¿Me puedes explicar a qué viene todo esto? —pregunté a sabiendas de lo que había pasado. Que le habían colocado el caso a él.

Primero se me quedó mirando directamente a los ojos, con cara de estar debatiendo con él mismo si debería hacerme partícipe de su caso. Si debería contarle los detalles de un asesinato a un periodista, por muy pareja suya que

fuera.

Luego respiró hondo y me pidió que me sentara. Me contó que llevaban tiempo detrás de un asesino en serie. Demasiado tiempo. Aquello me empezó a desconcertar. ¿Me había hecho pasar por un asesino real sin darme cuenta, o era de mí mismo de quién hablaba? También me dijo que no podía darme más detalles concretos, salvo que en el último asesinato había hecho algo distinto. Había escrito el título de una canción de los Beatles en la pared junto al cadáver.

—Coño. Como Charles Manson, ¿no? —dije con un entusiasmo que le pareció exagerado para lo serio que era el tema.

—Ya lo hemos pensado. Pero solo llegamos a dos conclusiones. O bien nos está tomando el pelo, rindiendo homenaje al loco aquel para despistarnos, o trata de decirnos algo. De verdad que este caso me está sacando de mis casillas.

Yo sabía de sobra cuál de las dos conclusiones era la acertada, pero no hubiera sido nada prudente hacérselo saber.

—Venga, deja el trabajo por hoy. Que acabo de llegar y me apetece que cenemos algo —le dije mientras cerraba su ordenador.

—Vale. Pero luego quiero seguir navegando. Seguro que hay foros o sitios web donde la gente habla de los posibles significados de las canciones. ¿Pedimos una pizza? Así puedo seguir con esto.

A Joaquín le gustaba muchísimo cocinar. No recuerdo ni una sola noche en la que la cena no fuera algo cocinado por él mismo. Y la verdad es que se le daba bastante bien. Cualquiera que le conociera habría notado que aquello era más serio que un simple caso de trabajo. Las dos semanas siguientes se pasaba las horas escuchando una y otra vez la canción. La misma. Distintas grabaciones de los propios Beatles y versiones de otros grupos.

—Joaquín, tienes que dejar el trabajo en comisaría —le dije una noche. —Esto está acabando contigo.

—Creo que lo tengo —siguió como si no me hubiera escuchado.

—¿Qué es lo que tienes? —pregunte bastante asustado, pensando que me había descubierto.

—El significado de la canción.

—¿A que te refieres?

—Pensé que Dear Prudence hablaba de la prudencia. Pero es un error de traducción. Resulta que no. Cuando dicen Prudence en realidad se están refiriendo a Prudence Farrow. La hermana de Mia Farrow, la actriz. Resulta que

en algunos de los viajes que hacían los de Liverpool a la India, para meditar y todas esas mierdas que hacían, la tal Prudence Farrow solía ir con ellos. Cuentan que ella se quedó demasiado pillada en eso del mundo interior. La canción se la escribieron para que saliera a la luz del día. Que no se encerrara tanto dentro de sí misma. Que se dejara ver.

Me quedé callado mirándole. No tenía ni idea de a dónde quería llegar.

—Por lo que estoy completamente convencido —continuó— de que el asesino lo que quería decir con esa pintada es que necesita dar la cara. Que quiere que le cojamos. Por primera vez desde que empecé con este caso, veo algo de luz al final.

No quise sacarle de su confusión. Yo había escrito aquella pintada y no tenía ni puñetera idea de que la tal Prudence Farrow tenía algo que ver con todo ello. Aquella broma de Charles Manson se me había escapado de las manos. Tenía que pararlo, no podía ver a Joaquín así. Pero cuando dijo que parecía que el asesino quería darse a conocer de una vez, acabar con todo aquello, se me ocurrió lo que tenía que hacer.

La idea era más compleja de lo que en un principio pensé. Solo tenía que dar con mi víctima número setenta y siete y prepararlo todo para que pensarán que se había suicidado. Que él había sido quien escribió Dear Prudence en la pared del callejón. Quien se había cargado a mi víctima setenta y seis. Que él era el asesino que llevaban tanto tiempo buscando. El crimen perfecto es aquel en el que es a otro al que pillan.

2

Como muchos domingos me encontraba comiendo en casa de mis padres, escuchando sus aburridas vidas y las de sus conocidos. Yo hacía como que me interesaba, les sonreía y les decía aquello de «pronto» cuando me preguntaban que para cuándo me casaría y tendría hijos, como cualquier persona normal. Aún pensaban que yo podía o quería ser normal.

De pronto, y sin venir a cuento, como solía hacer siempre, mi madre cambió de tema radicalmente.

— ¿Te acuerdas de José María, el hijo de Margarita? —me preguntó mientras nos ponía el segundo plato.

—Sí, claro. Como para no acordarme. ¿Ya han encerrado a ese cabronazo?

—Hijo, habla bien.

El tal José María era un vecino del barrio. Ya de pequeño era un tío bastante raro. Se pasaba el día entero solo por las calles. A veces nos lo encontrábamos jugando en un descampado con animales muertos, de todos los tamaños. Muertos, además, presumiblemente a manos de él mismo. Cuando llegó a los diecisiete años empezó a probar algunas sustancias. Heroína, para ser más exactos. Y aunque cinco años después su madre consiguió sacarle de aquella adicción, siempre se quedó con la cabeza más en otra realidad que en esta. En aquellos cinco años que pasó metiéndose mierda por la vena, arruinó a toda su familia. Cuando no robaba las joyas de su madre para poder comprarse su dosis, iba a casa de cualquier familiar y hacía lo mismo. Desde que salió de aquella mierda, la situación no había mejorado. No trabajaba, no estudiaba, no hacía absolutamente nada. Y su madre, viuda desde que José María se metió en la droga, cada vez estaba peor de salud. Tras la muerte del padre de José María, apenas podía pagarse las medicinas que tanto necesitaba, ya que tenían que vivir los dos con seiscientos euros al mes.

— ¿Qué ha pasado con José María? —le pregunté a mi madre, tras aceptar su orden de no usar palabrotas.

—Margarita, su madre. La han tenido que ingresar. Su corazón cada vez estaba peor y su hijo, lejos de ayudarle, lo único que hace es empeorar las cosas. —Soltó un suspiro antes de continuar. —Fui a ver a Margarita al hospital y la encontré muy triste. Nos pasamos un rato hablando y de pronto se puso a llorar como una magdalena, hijo. Yo no sabía cómo consolarla. «¿Qué te pasa?», le pregunté. Y me confesó que a veces pedía a Dios que, por el bien de todos, sobre todo el de su hijo, se lo llevara al cielo con su padre. Y eso le hacía sentir una mala madre. El momento en el que una madre desea que su hijo muera, es que algo muy grave está pasando.

¿Os acordáis de esas escenas en los dibujos animados donde al Coyote se le aparece sobre la cabeza una bombilla, cuando descubre una nueva manera de cazar al Correcaminos? Pues yo tuve que mirar hacia arriba para ver si la tenía, cuando las palabras de Margarita, por boca de mi madre, me dieron la idea que necesitaba.

Yo era el Dios que iba a quitar de en medio a José María, venía de comer en casa de mi madre e iba a darle a Joaquín un culpable para el caso que llevaba.

No esperé ni un día más. Lo único bueno que tenía José María es que nunca fumaba en casa. Siempre se bajaba a cualquier banco de la zona a fumarse tres cigarros seguidos. Cualquier día podías verle sentado con las piernas cruzadas, con la mirada perdida en cualquier punto, mientras fumaba. Y yo aprovecharía esa ausencia para llevar a cabo mi trabajo.

Pese a que en mis años en el barrio la poca droga que consumí fue marihuana, estaba bastante al día de dónde y de quién podría conseguir cualquier tipo de droga. Y así lo hice. No diré dónde ni a quién le pille la heroína, pero pillé la suficiente para dejarle seco de un solo pico.

Aproveché una de sus salidas a fumar para colarme en su casa. Esa fue la parte más fácil. Dado el agujero económico que había generado en su casa, la puerta que tenían no era más que una tabla de madera con un pomo. Fue sencillo abrirla sin dejar marcas. Lo difícil sería convencerle de que se volviera a meter un pico. Lo que no sabía es que sería su último pico.

Cuando entró de nuevo en casa, debió creerse que estaba soñando. Sobre la mesa de la cocina, rodeada de cuatro velas que encontré en unos cajones, había colocado la jeringa con la dosis letal de heroína. Al lado había escrito una nota. «Hazlo una vez más. Nadie lo sabrá nunca.»

Joder si lo hizo. Yo estaba escondido en el cuarto de baño cuando escuché un golpe. Al salir descubrí que se había caído de la silla donde se había metido el chute. Con la mano dentro de un guante comprobé si tenía pulso y, aunque débilmente, aún le latía el corazón.

La quité la aguja del brazo, mojé su dedo anular en la poca sangre que le salía de la herida y escribí en el suelo «Lo siento». Luego solo tuve que recoger el pequeño altar que le había preparado y poner en su lugar el destornillador con el que yo mismo maté a otras setenta y seis personas. Escoria, como él. Trabajo terminado.

Dos días después, cuando quedé con Joaquín para cenar en su casa, me recibió con una alegría que hacía tiempo que no veía en él.

—Por fin le tenemos —me dijo en cuanto entré por la puerta.

—¿Qué? —contesté haciéndome el tonto.

—Tenía razón. El asesino del que te hablé no aguantaba más. Le encontraron ayer tirado en su casa. Se había metido una sobredosis. Por fin se acaba esta locura.

—Me alegro mucho, cariño.

—Venga, vamos a celebrarlo al Filantria.

Yo era un tipo con recursos, venía de arreglar un problema que yo mismo había creado e iba camino del Filantria a escuchar algo que no fuera Dear Prudence.

Capítulo 6 (La médium...)

1

Habían pasado siete años desde que Joaquín y yo empezamos a ser Joaquín y yo. Al menos extraoficialmente. La crisis económica había llegado dejando un panorama desolador en todo el país, pese a que los gobernantes intentaran colarnos que todo iba bien y que pronto se resolvería estando ellos al cargo de la situación, cuando ellos mismos eran los culpables de todo. En mi lista Personajes que me gustaría asesinar y que nunca podré, se encontraban los nombres de muchos mandatarios políticos. Muchos.

Todos los sectores se encontraban en una deriva impredecible, de difícil arreglo e inimaginable conclusión. La situación en el periódico no distaba mucho de todo aquello. Internet estaba haciendo bajar la venta de periódicos en los kioscos. No solo del nuestro. Todos mis colegas, trabajaran en el medio que trabajaran, estaban bastante agobiados por el futuro incierto que aparecía delante de ellos. Mientras que el número de anunciantes bajaba considerablemente cada vez más, al igual que los sueldos de los trabajadores, lo único que aumentaba eran los despidos de la plantilla. Si yo me libraba de la debacle era únicamente porque mi cara salía en programas de televisión. Tener a alguien tan respetado en lo suyo, saliendo semana sí, semana también por las pantallas de los espectadores, con el nombre del periódico debajo del mío, le hacía ganar algún lector a mis jefes.

2

Como cada mañana al llegar a la redacción, me dirigí al servicio a dejar constancia de la calidad del café de máquina que tomábamos de forma casi instintiva. Allí sentado, me puse a ojear nuestro periódico recién llegado de la imprenta. Me quedé atónito cuando vi una de las nuevas publicidades que, a todo color, aparecía en página impar. Ciertamente es que ya, casi todos los periódicos de primera línea, se imprimían en color, pero el precio de una página completa, si además la página es impar, no están al alcance de cualquier bolsillo.

Gabinete de médiums y videntes de Catalina López. ¿Qué coño era eso? ¿Quién había aceptado meter semejante mamarrachada en un periódico al

que yo tomaba por serio? De acuerdo que todo medio de comunicación y más aún los periódicos, tienen tendencia hacia un bando político o el contrario. Pero rebajarse al nivel del papel cuché, publicitando una empresa que se dedicaba a estafar y a jugar con los sentimientos de la gente, me sentó aún peor de lo que le sentó a mi estómago el café de la máquina.

Allí sentado en el váter, con los pantalones y los calzoncillos por los tobillos, decidí que ya era hora de volver a crear arte. Llevaba siete años sin hacerlo y ya tocaba. Sé que la imagen que os acabo de describir no le daba la solemnidad necesaria al momento. Si me hubiera inventado una escena distinta, esta parte de lo que os estoy contando hubiera quedado bastante más épica, sin duda alguna. Pero mi intención no es que esto que os cuento sea épico. Necesito que sea la verdad. Necesito contarle, antes de seguir con mi vida.

Cuando llegué a casa esa tarde me puse a investigar por internet un poco más sobre Catalina López y su gabinete de médiums y videntes. Estafadores y mentirosos no sonaría tan llamativo, pero al menos sería como lo que os escribo. Real.

El diseño de la web era espantoso. ¿Cómo se habían gastado tanta pasta en colocar el anuncio en nuestro periódico y no se habían permitido el lujo de tener a un buen diseñador web? Nunca he sabido exactamente cómo huele un gato que está encerrado, pero según el certero refranero español, aquello debía de tener el mismo aroma.

Tenían todo tipo de servicios; tarot por vía telefónica, a través de video conferencia, citas presenciales. Joder, hasta te leían el futuro mandándote un mail, tras pagar un módico precio, evidentemente. A estas alturas no sé si eran peores los estafadores o los que se dejaban estafar. En cualquier caso, ya tenía decidido que sería la tal Catalina López la que me haría pasar un buen momento.

En la web venía un número de teléfono al que llamar para pedir una cita privada con la médium. «Te ayudaré a ponerte en contacto con los que ya no están.» Aquello me causó gracia a la par que un gran interés. Se me ocurrió de pronto que tal vez pedir una cita para ver cómo se lo montaba la médium, sería una buena manera de empezar la toma de contacto con ella. Además, si todo aquello era cierto, tal vez podría ella hablar con Rigoberta y preguntarle el motivo de que siempre me acompañara en mis aventuras. ¿Os imagináis?

Hacía ya casi 20 años de su muerte por boli BIC y durante todo este tiempo a mí solo me había gritado «¡Cerdo hijo de puta!» mientras me señalaba con el dedo. Deseaba poder tener una conversación más amplia con Rigoberta. Vale que la maté de manera sucia, pero habían pasado ya unos cuantos años. Creo que ya era hora de que olvidáramos nuestras diferencias y charlar. Además, empezaba a cansarme tanto insulto por parte de la Loca Chatarrera. Sí. Tal vez dadas las convenciones sociales era lícito que me llamara hijo de puta, pero yo era un tipo bastante limpio. Lo de cerdo, era lo que me molestaba.

Después de casi media hora hablando con contestadores automáticos y tras varias esperas con música midi de fondo (a 1,25 céntimos de euro el minuto, más establecimiento de llamada), por fin me atendió un ser humano. Me dieron cita para tres días más tarde. Cuando me dijeron el precio de la consulta tuve que contenerme para no empezar a insultar a la persona que me hablaba con acento argentino al otro lado del teléfono. Mil euros costaba cada sesión. Acepté a regañadientes ya que tenía que entrar allí como fuera para comprobar de qué iba la estafa y averiguar hasta qué punto el despacho de Catalina sería el mejor sitio para matarla o si tenía que llevármela a otro lado.

Que me pidieran mi nombre y mi número de teléfono para contactar conmigo en caso de que hubiera que cambiar la hora de la cita, me pareció de lo más normal. Fue cuando les tuve que dar una cuenta de correo electrónico cuando sospeché del modus operandi de la estafa. Muchas veces, un simple nombre vale para encontrar a alguien en las redes sociales. Pero son muchos los que no usan su propio nombre a la hora de darse de alta en dichos sitios. En cambio, teniendo su dirección de correo electrónico, puedes buscarles en la mayoría de las redes. Toda la información que este tipo de gente necesita sobre nosotros para decirnos lo que queremos oír, disfrazado de poder psíquico, está en las redes sociales. Amigos, familiares, relaciones sentimentales, música favorita, películas que hemos visto, libros que hemos leído. Todo. Con lo que no contaban era con que yo no aparecía en alguna de ellas. Si bien es cierto que como personaje más o menos público que era, mis jefes me obligaron a abrir una cuenta de Twitter, nunca llegué a utilizarla yo mismo. Creo que, como en la mayoría de cuentas de gente como yo, era un becario el que escribía todo lo que se publicaba en mi muro de Twitter (creo que se dice así). Así que toda la información que podrían conseguir sobre mí, se limitaba a mi vida laboral. Algo que casi cualquiera podría averiguar pero con lo que no llegarían a impresionarme, y menos viniendo de una supuesta médium.

La noche antes de mi visita al Gabinete de médiums y videntes de Catalina López había quedado a cenar con Joaquín en su casa. Lo que era de lo más normal. Nada de cena con velas ni cursiladas de película romántica. El romanticismo está bien para las películas. Quedan muy bonitas las velas en pantalla, pero en la vida real dan muy poca luz y no terminas de ver bien lo que estás comiendo. Sin contar la de accidentes caseros que se pueden organizar en un descuido. Nosotros preferíamos cenar en la mesa de centro del salón, sentados en el suelo, charlando mientras nos bajábamos un par de botellas de vino o unas cervezas. Luego solíamos ver juntos en el televisor alguna película o alguna serie. Pero aquel día no habíamos llegado a encender el televisor cuando Joaquín puso su cara de tener que decir algo importante. Las sonrisas un poco forzadas y la mirada al suelo eran clara señal de que algo le pasaba por la cabeza. De que quería contarme o preguntarme algo y no sabía cómo hacerlo. Esperé unos minutos para ver si reunía el valor suficiente para decírmelo. Pero nada. Incluso llegué a asustarme. Pensé que era algo demasiado importante cuando vi que no encontraba dicho valor. Le eché una mano.

—Venga, suéltalo. ¿Qué te pasa? — le pregunté, mientras me liaba un porro tras la cena.

—Llevo dándole vueltas desde hace tiempo y— me di cuenta enseguida de por dónde iban los tiros y no era el mejor momento para ello —creo que ya es hora de cambiar algo en lo nuestro.

Efectivamente no era el mejor día para que tuviéramos esa conversación. Tras siete años sin decir ni media palabra sobre el tema, había elegido aquel momento para hacerlo. Siete años en los que no había podido llevar a cabo ninguna de mis obras de arte precisamente por ser un policía mi pareja, y el día que decido volver a hacerlo es el mismo que él elige para pedírmelo. Qué perversas son las casualidades a veces.

— ¿A qué te refieres? —le dije, haciéndome el loco.

—Llevo muchos años en este piso. El alquiler cada día es más caro. Además, el mes que viene me vence el contrato de alquiler y tendría que buscarme uno nuevo.

—Venga. ¿A dónde quieres llegar?

—Me gustaría irme a vivir contigo —dijo levantando su mirada hasta encontrarse con la mía.

Premio. Lo había adivinado. Al fin y al cabo era lo más normal. Todo el mundo lo vería normal tras siete años de relación. Pero lo que él no sabía, ya que nunca se lo había permitido comprobar, era que yo no era normal. Que yo no me movía por los mismos patrones que el resto de personas. Que a mí me movían las tres preguntas, siempre que las respuestas fueran distintas cada vez. No podía permitirme ser siempre la misma persona, venir siempre del mismo sitio e ir siempre hacia el mismo lado. Aunque en los últimos siete años, las respuestas variaban con menos frecuencia. Ya tocaba arreglar eso.

—Te quiero mucho y creo que es el momento de dar el paso —continuó.

—Pero eso te podría buscar un lío con tus compañeros.

—Mira, a estas alturas tengo más pies fuera que dentro del cuerpo. Todo este jaleo del asesino de la naranja....

No escuché casi nada de lo que dijo a continuación. Mi cabeza empezó a flotar, mis ojos se nublaron y mis oídos solo escuchaban sus palabras como si estuviéramos debajo del agua. ¿El asesino de la naranja? Solo me había contado la aparición de naranjas en el caso con el que nos conocimos. ¿Es que ha habido más?

— ¿Me estás escuchando?— me gritó Joaquín, al ver que había desconectado.

— ¿Asesino de la naranja? Pero, ¿aún estáis con ese caso?.

—Mierda. Ya se me ha escapado. No tenía que haber abierto la boca.

— ¿De qué estás hablando?

—Aunque seas mi pareja, eres periodista. Y muy bueno, por cierto. No podía contarte nada de esto.— Tomó aire antes de continuar con la revelación. —Desde el día en que nos conocimos, ya son más de veinte los cadáveres que hemos encontrado al lado de una naranja podrida. Eso sin contar los más de cincuenta anteriores a aquel día. Incluido el del cura aquel de tu colegio. Cada uno de los casos hubieran sido archivados como suicidios, accidentes o peleas de bandas, de no ser por la naranja. No sabemos si es cosa de un solo tipo o de varios, ya que no hay patrones claros en los asesinatos. Pero las naranjas están ahí siempre. Al lado de cada uno de los cuerpos. Son una firma clara. Joder, sueño con naranjas. ¿No te has fijado que nunca las tomo? ¿Recuerdas aquella historia de Dear Prudence? —la pregunta era retórica, ya que no me dejó contestar. —Pues el tipo que pensamos que era el culpable, el que se había suicidado, no era él. Pensamos que era porque junto a su cuerpo apareció el arma homicida de varios asesinatos, y una caja llena de naranjas podridas.

Si mi cabeza ya era una nube por dentro, cuando me dijo que habían encontrado esa caja, la tormenta estalló dentro de ella. ¿Quién cojones la había puesto? Desde luego, yo no.

—Alguien nos está tomando el pelo y a mí me va a dejar sin trabajo. Entre mi incompetencia para dar con el Asesino de la Naranja y los rumores que corren de que soy un chivato que se tira a un periodista bocazas, estoy a punto de que busquen cualquier motivo para darme la patada. Tendré que buscarme la vida en lo privado. Al menos ganaré más pasta. Pero trabajaría para la gente más odiosa de la sociedad.

Joaquín pensó que mi cara de preocupación venía dada por la fragilidad de su estado laboral. Pero en realidad era por el hecho de no entender nada. Yo sabía que era a mí a quien estaba buscando. Que era yo quien le estaba jodiendo la existencia. Pero lo de las naranjas no llegaba a comprenderlo. ¿Estaba el fantasma de Rigoberta detrás de todo? Yo no creo en los fantasmas, pero el de ella lo había visto varias veces. Supuse que Catalina López me sacaría de dudas y después tal vez yo le sacaría los ojos.

En ese momento, por primera vez desde mi adolescencia, no tenía ni puñetera idea de quién era yo, de dónde venía, ni a dónde iba. Tenía que cambiarlo pronto o moriría de normalidad.

5

Uno de los mayores errores que he cometido en toda mi vida y del que me arrepentiré para siempre, fue lo que le dije a continuación a Joaquín. Supongo que se lo dije porque todo el tema del Asesino de la Naranja me pilló con la guardia bajada. Aún me estoy arrepintiendo. Con una mano cogí la suya y con la otra levanté su cara por la barbilla.

—Está bien. Vente a vivir a mi casa. Mañana no estaré, pero puedes ir dejando tus cosas en el trastero. Luego ya veremos si nos mudamos a un piso más grande o qué hacemos. ¿Te parece bien?

La luz que se encendió en sus ojos no se la había visto nunca desde que nos conocimos siete años atrás. Se abalanzó sobre mí y empezó a besarme y a... Bueno, el resto no creo que os importe.

Cuando Joaquín por fin se quedó dormido me levanté de la cama y, sentado en el sillón del salón, abrí mi portátil. Quería volver a visitar la página de Catalina López. Necesitaba intentar ver algo en los ojos de aquella tipa que me indicara si su trabajo era real o, como yo ya sabía, una patraña. Una

patraña muy rentable. Pero como era costumbre hoy en día, la foto que aparecía en la web estaba tan retocada que ni parecía una humana de verdad. Cuánto daño hace el photoshop en las manos incorrectas. Tendría que esperar al día siguiente para poder mirarle a los ojos y leerla. También intenté averiguar si el tipo que había diseñado esa página había dejado su firma, para ponerlo en la lista de futuras víctimas. Al no encontrarlo, directamente pasó a formar parte de la de Personajes anónimos que me gustaría asesinar y que nunca podré.

6

La cita en el gabinete de Catalina López la tenía a las siete de la tarde. La última del día. Fui yo quien forzó que fuera a última hora. Quería asegurarme de que hubiera la menor cantidad de gente posible en la sala de espera de la médium. Cierto es que cabía la posibilidad de que tal vez hubiera por allí alguien que le atendiera las llamadas. Alguien que le sirviera los cafés o le trajera los ojos de tritón y cuernos de unicornio para sus conjuros o lo que cojones fuera que hiciera en sus sesiones. De todas formas aquella visita iba a ser solo una toma de contacto con ella. Era tan solo una misión de reconocimiento del campo de batalla, antes de pasar al ataque con mis mejores soldados. Además, supuse que mi nombre iba a aparecer en la agenda de visitas y si la mataba durante nuestra primera sesión, estaba más que claro que yo sería el sospechoso número uno. Aun así, cuando dejé el coche en el parking que había al lado de su consulta, tuve el presentimiento de que sería mejor subir con mi mochila en la espalda. Aquella donde llevaba algunas herramientas básicas. Mis pinces, como yo les llamaba. Siempre hacía caso a mi intuición, no solía equivocarse. Me la eché a la espalda y puse rumbo al consultorio.

Su despacho estaba ubicado en un edificio de lujo muy cerca del estadio Santiago Bernabéu. No eran muy grandes los apartamentos, pero la ubicación hacía que su precio fuera excesivo. Era evidente que el negocio de los muertos y del más allá era bastante rentable. Que se lo pregunten a Iker Jiménez. Tras llamar a la puerta, me sorprendió que fuera la mismísima Catalina López la que acudió a abrirme. Pensé que con el dinero que estaba ganando, se podría permitir el lujo de contratar a alguien que le hiciera este tipo de servicios. Pero cuanto menos gastara, más tendría.

Me estrechó la mano con fuerza y me invitó a pasar. Pude comprobar de

inmediato que el trabajo que hizo el fotógrafo con la foto que encontré en la web, había sido durísimo. Aparentaba mucha más edad de la que en realidad debía tener. La piel de la cara le brillaba demasiado por el abuso de las cremas. Los dos botones desabrochados de la camisa dejaban ver un escote postizo, arrugado y lleno de pecas fruto del sol. En los párpados llevaba más pintura de la que Dalí utilizó en toda su vida. Médiun no sé si era pero parecer, parecía completamente una bruja de alta cuna.

—¿Desea tomar algo antes de empezar? Le puedo ofrecer un café, un té o un refresco— me preguntó, mientras me indicaba con la mano, llena de anillos, que tomara asiento junto a una mesa redonda de madera que había en mitad del despacho.

—Estoy bien. Muchas gracias— respondí mientras aceptaba su invitación a sentarme.

Cuando caminaba, el tintineo de toda la bisutería que llevaba colgando del cuello y de las muñecas me recordó a un rebaño de ovejas comiendo en un prado. Me alegró mucho comprobar que estábamos solos. Que ni tan siquiera había una sala de espera. Supongo que en un negocio como ese, que además se cobraba tan caro, el anonimato de los clientes es muy importante. Descubrí que mi suposición era cierta cuando empezó a hablar.

—Antes de que comencemos, he de decirle que puede estar tranquilo en cuanto a mi discreción. Muchos grandes empresarios e incluso personas del gobierno, suelen venir a que les preste mis servicios— me explicó. — Evidentemente no le puedo dar ningún nombre, del mismo modo que no le puedo pedir que me diga quién le recomendó venir a verme, pero sí le diré que no hay ninguna constancia de que usted haya estado aquí en ningún momento. Sabemos mantener la boca cerrada. ¿Está usted de acuerdo con lo que le acabo de decir?

Creo que no mostré ningún tipo de nerviosismo en ningún momento desde que entré por la puerta, pero intuí que era el discurso de bienvenida que soltaba a todos los nuevos clientes que tuviera. Parece ser que mi instinto no me falló cuando cogí la mochila con mis pinceles.

—Me parece correcto —respondí con evidente satisfacción.

—Cuénteme. ¿Qué le trae por aquí?— preguntó mientras tomaba asiento.

—Pues pensé que eso me lo tendría que decir usted. ¿No es usted la vidente?

—Vaya. Es la primera vez que me contestan eso. En realidad soy médium, no vidente —me corrigió.

—Perdone.

—Normalmente todos los que vienen me echan encima una cantidad enorme de preguntas que les ahogan. Pero usted es distinto. Usted no parece especialmente agobiado por nada. Puedo verlo en sus ojos.

—¿Y qué más puede ver en ellos?

Si era una médium de verdad, al mirar en mis ojos se asustaría al ver la cantidad de muertos que me acompañaban. Yo les maté. Vienen pegados a mí. Son mi compañía cada noche que duermo solo. En mis sueños yo estoy sentado sobre ellos, viendo cómo sufren en el fuego eterno. Cómo se retuercen de dolor y yo de alegría al saber que les di caza con mis propias manos. Bueno, en realidad nunca he llegado a soñar eso, pero supongo que sería algo parecido a lo que una médium de verdad podría ver en mis ojos, si es que las médiums de verdad existían.

—Veo que es alguien que ha tenido mucha suerte en lo suyo.

—No me ha ido mal, no.

—Pero intuyo grandes cambios en su vida. Muy próximos.

—No me interesa el futuro, ahora mismo— interrumpí intentado no ser brusco.

—Entonces, ¿qué es lo que le interesa?

—Los muertos. Me gustaría poder hablar con alguien de mi pasado.

—De acuerdo. Deme las manos y concéntrese en esa persona.

Y así lo hice. Extendí ambas manos sobre la mesa que nos separaba, con las palmas hacia arriba y ella las cogió. Las tenía heladas.

—Concéntrese en esa persona— repitió. —Intente visualizar la última vez que vio con vida a esa persona.

Me había hecho un favor al decir «con vida», ya que muerta la había visto varias veces desde que la maté. Cerré los ojos y la imaginé, tal y como Catalina me había pedido. Y todo sucedió de nuevo casi inmediatamente. Empecé a notar el calor de aquella noche de verano de hacía casi veinte años. El olor del parque, la cálida brisa. Incluso el olor de las naranjas podridas. Joder, me pareció notar la meada de su perro en mi pierna.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Cuando oí ese familiar grito, abrí los ojos sorprendido. Durante unos segundos pensé que había sido Catalina, que de verdad había conectado con la

Loca Chatarrera a través de mis manos y había salido por su boca lo único que le había oído decir en toda mi vida. Pero nada más lejos de la realidad. Allí de pie, a mi lado, estaba Rigoberta mirando hacia el lugar donde se encontraba la médium, que seguía sujetando mis manos con los ojos cerrados. Lentamente, Rigoberta fue levantando el brazo con el que siempre señalaba y extendió el dedo índice hacia Catalina.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Esta vez su grito me asustó y solté las manos de la médium.

—¿Puede verla?— le pregunté sin quitarle la vista de encima a la otra persona viva de la habitación.

—Sí. Me ha parecido verla durante un rato. Pero has roto la conexión al soltarme las manos. Era tu madre. ¿Verdad?

—¿Mi madre?

—Sí. O tu abuela. No sé exactamente el parentesco, pero se nota el parecido y dice que te echa de menos.

—Es interesante que diga eso.

—¿Verdad? Es mi trabajo.

—Pues debo informarle de que mi madre sigue viva y con mucha salud. Y a mis abuelas no las llegué a conocer.

—Ya le digo que no sé el parentesco de la persona que he visto hace un rato. En cuanto me ha soltado se ha roto la conexión con ella. No he podido averiguar casi nada.

—¿Y ahora mismo puede verla?— le pregunté mientras yo miraba la cuenca vacía del ojo de Rigoberta. —¿Puede ver a alguien ahora mismo, además de a mí?

—Perdone. Pero aquí estamos solos usted y yo.

—Lo que suponía.

En ese instante lo decidí. A Catalina ya le quedaba muy poco de vida. Pronto iría a ver a los muertos que aseguraba ver. La acogerían con una fiesta de bienvenida por todo lo alto. Con carteles que dijeran «Todos los muertos del infierno le damos la bienvenida a nuestra intérprete con el mundo de los vivos» O por el contrario se quemaría en el mismo infierno en el que ardían todos aquellos que yo mismo le había enviado al demonio, el mismo en el que supuestamente yo ardería. A saber. Poco me importaba en ese momento. Me agaché hacia mi mochila para coger algunas herramientas y encontré dentro una de las ya famosas naranjas podridas. Esta Rigoberta siempre tan juguetona. La levanté hasta ponerla ante los ojos de la médium, que la miró

con evidente sorpresa.

—Y esta naranja, ¿puede usted verla?

—Claro que la veo. Pero no creo que esté en buen estado para que se la coma.

—Oh. No se preocupe. Yo no me la voy a comer.

Creo recordar que no le di tiempo ni a responderme. Me levanté bruscamente hacia ella, tirando mi silla al suelo y, empujando con toda la fuerza del mundo, le introduje la naranja por la boca, rompiéndole la mayoría de los dientes y desencajándole la mandíbula. El crujido que se escuchó me hizo sentir de maravilla. La naranja podrida se volvió tricolor al entrar en contacto con la sangre que comenzó a salir de su boca. Los gritos que intentaba lanzar, pese a ser silenciados por la naranja, eran del todo desagradables ya que, en ocasiones, parecía atragantarse con su propia sangre. Cuando pareció empezar a perder la consciencia, saqué la cinta americana, la até a la silla y le sujeté las manos sobre la mesa. Con las palmas hacia arriba. Me apetecía jugar un rato con ella.

—Comprobemos sus dotes de adivinación. Por favor, no se duerma —dije dándole golpecitos en la cara con una mano y jugando entre los dedos de la otra con un cúter que acababa de sacar de mi mochila. —Voy a ir cortándole los dedos uno por uno. Me concentraré en cada dedo que quiero cortarle y si adivina en cuál estoy pensando, le perdonaré ese dedo. ¿De acuerdo?

Sus forcejeos con la silla y el meneo horizontal de la cabeza me dieron a entender que no estaba de acuerdo. Como si tuviera elección. Solo le pregunté si estaba de acuerdo por educación.

—Vale, ya he pensado en uno. Mueva el dedo que crea que he elegido.

Seguía agitándose. No colaboraba con el juego. Supongo que no se creía que fuera a hacerlo. Tener la mandíbula fracturada debía de darle alguna pista de que no estaba bromeando. Tuve que demostrarle que iba en serio. Cogí el meñique de su mano izquierda y, mientras canturreaba aquel cuento infantil de Este compró pan, le corté el dedo.

—Bien. Este ya no entra en el juego— dije mientras tiraba el dedo por encima de mi hombro sin quitar mi mirada de sus ojos. Pude ver el terror más absoluto en ellos. Sé que me repito, pero cómo echaba de menos todo eso.

—Venga, Catalina. Esfuérate un poco. Voy a pensar en otro dedo. Mueve el que creas que tengo en mente.

Esta vez sí que siguió mis órdenes y movió un dedo. Lástima que no fuera el dedo en el que yo estaba pensando.

Siete dedos después, descubrí que ni por suerte era capaz de adivinar nada. Supuse que cuantos menos dedos le quedaran, más opciones tenía de adivinar cuál sería el siguiente. Aquel juego empezó a aburrirme. Era hora de despedirse de Catalina.

Me acerqué a su oído y le susurré «Ahora sí que vas a ver a los muertos». Sin darle tiempo a reaccionar, me agaché hasta mi mochila, saqué de ella un martillo y le clavé las de atrás en la cabeza. Fue instantáneo. Cayó sobre la mesa, donde poco a poco se iba mezclando la sangre de su cabeza, con la del destrozo de sus manos. Amigos y amigas. Aquella imagen volvió a recordarme los momentos más grandes de mi carrera artística. Cerré los ojos y respiré hondo para saborear aquella sensación que tenía cuando hacía lo que hacía. Casi me pareció volver a escuchar el estruendo de aplausos de un público que en realidad nunca tuve, ni nunca tendré.

Yo era un artista renacido, venía de una mala racha e iba a limpiar mis huellas.

«¡Cerdo hijo de puta!»

Rigoberta volvió a aparecer allí de pie. Señalando hacia el lugar donde se encontraba la médium antes de caer sobre la mesa. Me quedé mirándola sin saber qué tenía que hacer. Normalmente en estos casos, desaparecía. Pero aquel día aún seguía allí. Era como si aún quisiera que hiciera algo más.

«¡Cerdo hijo de puta!», volvió a gritarme y agitó con rabia el dedo con el que señalaba. Fue entonces cuando me di cuenta de que hacia donde en realidad apuntaba su dedo, era el escritorio situado al final del despacho. A uno de los laterales, para ser más exactos. Al acercarme vi que en uno de los lados del escritorio, había cajonera con tres tiradores. Intenté abrir alguno de los tres, pero estaban cerrados con llave. Menos mal que no llevaba casi veinte años haciendo lo que hacía sin haber adquirido ciertas habilidades. Tras forcejear unos segundos con la cerradura del cajón de arriba, descubrí que los dos de abajo eran falsos. Era un solo cajón casi tan alto como la mesa, lleno de lo que parecían cuadernos de contabilidad y unas bolsas de tela con varios fajos de billetes dentro. Como pude averiguar más tarde, en aquellas bolsas había más de un millón de euros en billetes de todos los tamaños. No me había equivocado. El negocio era muy rentable. Pero lo más interesante no se encontraba en aquellas bolsas. Lo interesante eran los cuadernos. Cuando

levanté la vista de ellos, Rigoberta ya había desaparecido de nuevo. Esa fue la primera vez que tras su desaparición, no se creaba una bruma en mi memoria.

Me acerqué al cadáver de Catalina para sacar las llaves de su bolsillo con el fin de cerrar desde dentro la puerta del despacho y poder estudiar con detenimiento el contenido de los cuadernos. No quería que nadie me interrumpiera. En cuanto las saqué me di cuenta de lo gilipollas que había sido unos minutos antes, cuando forcé la cerradura del cajón. En ese manojito de llaves seguro que se encontraba la del cajón. Ya daba igual. Si lo que había en los cuadernos que había encontrado era lo que yo creía, ya daba todo igual. Y tras más de media hora leyéndolos lo confirmé. Mi intuición no suele fallarme. A veces me asusto a mí mismo con las cosas que llego a saber, sin saber que las sé. En ocasiones me siento como esas madres que lo encuentran todo, aunque hayas mirado cincuenta veces en el mismo sitio donde ella lo acaba encontrando. Al final iba a resultar que el que de verdad era un médium, era yo.

Yo era un artista reconvertido en vidente, venía de averiguar el nombre de mi próxima víctima e iba camino de encontrarle.

Capítulo 7 (...y el traidor)

1

Como ya os he contado en bastantes ocasiones, cada vez que concluyo una de mis obras de arte, lo único que pasa por mi mente y que me pide el cuerpo es irme a mi casa, tumbarme en la cama, encenderme un cigarro y escuchar música. Disfrutar del recuerdo de lo que acabo de crear. Dejar que el grato sabor que aún me quedaba en los labios, se deslizara por toda la boca, sintiendo todos los matices de cada segundo vivido. Pero en aquel momento no disponía de mucho tiempo para dedicarme a ello. No podía permitir que la policía o alguien de la limpieza, encontrara el cadáver de Catalina sin que antes me llevara por delante a quien había organizado, financiado y publicitado toda la estafa. En el momento en que alguien descubriera el cadáver que acababa de dejar sobre la mesa de su propio despacho, seguro darían con las pistas que les llevarían hasta el cabecilla de todo. Al fin y al cabo me había tomado la licencia de escribir con sangre en la pared del despacho el nombre de la persona que debían buscar. No podía dejar escapar al jefe de Catalina, el cual, casualidades de la vida, también era el mío. Sí, amigos y amigas. Aquel tipo, al que yo siempre había tenido como un gran referente de mi profesión (la diurna), era quien había organizado todo. Creo que nunca había sentido tanta rabia antes de matar alguien. Ni tan siquiera cuando hice aquella maravilla de trabajo con don Mario.

Cuando por fin salí del Gabinete de médiums y videntes de Catalina López, tuve que improvisar mi ritual post mortem en el coche. No me quedaba otra si pretendía terminar lo que había empezado. El estado de euforia tras haber jugado con Catalina y la rabia que me invadió al conocer quién estaba detrás de todo, no me dejaban pensar con claridad. Necesitaba mi momento de relajación.

Me encendí un cigarro y me lo fumé viendo cómo las luces de aquel parking ensuciaban todo en mi campo visual con un tono verdoso. Aquello no era lo mismo ni de lejos. Puse la radio para comprobar si, añadiendo a la escena algo de música, la cosa mejoraba. Apreté el botón y sonó el tema Radio Song de R.E.M. No era un oldie propiamente dicho, pero me valía.

Cuando por fin conseguí relajarme un poco apagué el cigarro en el cenicero, encendí el motor del coche y conduje por la ciudad sin rumbo fijo. Necesitaba pensar con cuidado cuál sería el siguiente paso. No podía

cagarla. Si todo salía como esperaba, me volvería a pasar mucho tiempo sin hacer una obra de arte. Tenía que salir perfecto.

2

Supongo que os estaréis preguntando qué era lo que había encontrado en los cajones del despacho. Tranquilos. Ahora os lo cuento.

Todo el discurso oficial que me había soltado Catalina al principio de nuestra sesión, no era más que una patraña. Un cebo para que los clientes se sintieran seguros y soltaran todo. La mayoría de los cuadernos que encontré, resultaron ser las notas que iba tomando Catalina de sus sesiones y un listado de todos y cada uno de los pagos que les hacían los clientes que la visitaban. En la portada de cada cuaderno aparecía un nombre escrito. Supuse que eran todos los nombres de los asiduos a los servicios de la médium. Un cuaderno para cada cliente. Lo tenía bien preparado. Os juro que muchos de los nombres que allí aparecían los conocéis de sobra. Incluso había un cuaderno preparado para mí. Dentro apenas había nada importante. Toda la información que tenía no eran más que mis datos laborales y solo podía venir de una fuente. Alguien del periódico.

Todo el dinero que encontré en las bolsas, según indicaban los cuadernos, pertenecía a los pagos que les hacían aquellos peces gordos. A mí sólo iba a cobrarme mil euros por la sesión de contacto. Sí, he dicho “solo”. Muchos de los pagos que se reflejaban en los cuadernos, llegaban hasta las cinco cifras. Incluso me pareció ver alguno de seis. No sé qué tipo de ayuda ofrecía aquella mujer, pero estaba claro que a sus clientes les satisfacía. Joder, aquellos que controlaban las grandes empresas del país, incluso algunos sectores del mismo, se dejaban guiar por una farsante. Eso explicaba muchas cosas de las que nos pasaban y de las que no nos pasaban.

Pero lo que ninguno de ellos parecía saber era que Catalina tenía todo tipo de información comprometedor sobre ellos. Además, pegadas en los interiores de las tapas, encontré varias tarjetas micro SD que, como pude comprobar luego, contenían archivos de audio, con las grabaciones de cada sesión. Al descubrir que cada conversación estaba registrada, miré debajo de la mesa donde había matado a la médium y, como me esperaba, encontré una grabadora Zoom donde se registraba todo lo que habíamos hablado. Mi casi infalible sexto sentido me decía que toda aquella información era para hacerles chantaje a cambio de más dinero. Dinero llama a dinero. Pero de

aquella idea no había constancia en ningún sitio. No podría confirmarlo. Lo que me hizo cambiar mis planes de esa noche, fue encontrarme con una libreta en cuya portada aparecía el nombre de mi jefe. No me imaginaba a mi jefe, un tipo que siempre se reía de lo paranormal, que nunca admitía en su periódico ese tipo de noticias y que siempre tuve como alguien íntegro, acudiendo a la consulta de una médium. Claro que tampoco imaginé nunca que permitiera meter una página de publicidad a un negocio como ese.

Cuando abrí el cuaderno con su nombre en la portada, resultó estar en blanco. No tenía sentido. Pasé todas las hojas con el fin de encontrar cualquier cosa que me contara que significaba aquél cuaderno. Pero no había nada escrito. Solo aparecían las líneas horizontales y verticales que formaban las cuadrículas de las páginas. Fue al mirar en el interior de la portada cuando descubrí otra tarjeta de memoria. Saqué de la grabadora la tarjeta donde había estado grabando nuestra conversación, la quemé con el mechero e introduje la que estaba en el cuaderno de mi jefe, para averiguar qué cojones estaba pasando.

3

Las reuniones que había mantenido con mi jefe, el director de un periódico de gran importancia, no eran como las del resto. No iba a que le leyera la mano, ni el futuro, ni para que le preguntara a su difunto abuelo dónde estaba el oro de los rusos que había escondido durante la Guerra Civil. Nada de eso. Eran conversaciones donde en lugar de adivinarlo, planeaban el futuro. Al menos el de ellos dos. Y ella fue muy lista al grabarlo. Gracias, Catalina.

Con lo que escuché en la tarjeta poco pude adivinar sobre cómo fueron a dar el uno con el otro, pero explicaban paso por paso todo el plan que tenían para sacarle la mayor cantidad de dinero posible a todos esos creyentes, a todos aquellos débiles podridos de pasta, y de paso conseguir un gran listado de trapos sucios, para que el periódico tuviera chicha con la que alimentar los titulares cuando llegaran las peores vacas flacas. No contentos con eso y para no levantar sospechas, habían montado un call center donde contratarían a teleoperadores que atendieran las llamadas de todas aquellas personas que querían que les leyera el futuro o que les echaran las cartas del tarot. Todos aquellos telefonistas tendrían una serie de respuestas, más o menos preparadas, para que les fueran soltando a los pobres desgraciados que

llamaran y que se sintieran un poco mejor. También tenían la orden estricta de demorar lo más posible cada llamada. El timo estaba asegurado. Para colmo obligarían a cada trabajador a firmar un contrato que les impidiera revelar ninguna de las prácticas, supuestamente psíquicas, que realizaran. Si hablaban de más con cualquier persona externa al consultorio, tendrían que pagar una indemnización a la empresa de Catalina. Ahora empezaba a tener sentido que, en un periódico de los llamados serios, se le reservara una página tan cara de publicidad a ese tipo de empresas. Normalmente se reservan para las multinacionales más potentes que se pueden permitir pagar esas cifras con tantos dígitos y que, además, le dan cierto prestigio al periódico. Mi jefe estaba poniendo aquellas publicidades sin cobrar ni siquiera el precio de la tinta del pliego. Nada. Eso influía en que los sueldos de muchos compañeros fueran cada vez más bajos e incluso, en algunos casos, inexistente.

Yo era un compañero cabreado, venía de la consulta de una falsa médium e iba a matar a mi jefe.

4

Para que no me molestaran durante mi encuentro con Catalina, había dejado el teléfono en silencio dentro de la guantera del coche. Aproveché un semáforo en rojo para cogerlo y llamar a mi próxima víctima. Aún no tenía claro cuál sería el lugar perfecto donde hacer lo que quería hacer con él. De hecho tampoco tenía muy claro aún qué iba a hacerle. La redacción estaría llena de gente enloquecida por el cierre. ¿Su casa? Estaba casado y tenía hijos. A esas horas estarían todos allí. Pensé que lo mejor sería llamarle para tantearle e ir improvisando el siguiente paso a dar.

Cuando miré la pantalla del móvil, vi que tenía una llamada perdida de Joaquín y dos de mi madre. Ya les devolvería las llamadas más tarde. En ese momento necesitaba estar concentrado. No podía perder la energía que tenía dentro hablando con ellos.

Busqué en la agenda el número de mi jefe y apreté el botón de llamar. Tras tres tonos, lo cogió. Por el grito con el que me contestó, y los que se oían detrás de él, me di cuenta de que seguía en la redacción. Empezaba la improvisación.

—Jefe. Tengo algo gordo entre manos.

—Joder. ¿Es que me vas a llamar cada vez que te la casques?— Siempre fue un tío elegante.

—En serio, jefe. Tengo una noticia bastante grande que va a salpicar de mierda a mucha gente. A peces gordos.— Cogí aire antes de decir lo siguiente —Incluido a ti.

—¿De qué cojones estás hablando?

—Quedamos en media hora en el parking que hay a tres manzanas del periódico. El que está detrás del restaurante Italiano. Te lo cuento allí, jefe.

—¿Me vienes en pleno cierre a dar por culo? Está bien. Pero que sea mejor en una hora. En este puto periódico no saben hacer nada sin mí.

—Vale. En una hora te veo en el parking.

5

Sé que me repito mucho, pero como ya sabéis, antes de matar siempre me entra un hambre atroz. Y como en un principio el encuentro con la médium iba a ser solo de reconocimiento, no me habían atacado las típicas ganas de comer. Así que imaginaros cómo estaba en ese momento. Mis tripas rugían como una hormigonera. Acababa de matar a Catalina y aún tenía otro trabajito por delante. Ni os imagináis lo que me alegré cuando mi jefe dijo que quedábamos en una hora en lugar de en media. Necesitaba comer y pensar más detenidamente lo que debía hacer con él.

Entré en el parking donde había quedado con mi jefe y aparqué en el sitio más oscuro que pude encontrar. Salí a la calle a buscar un sitio medianamente decente donde cenar. Podría haber ido al restaurante Italiano que había en el lado opuesto de la manzana, pero sabía que allí podría encontrarme con varios compañeros tomando algo en la barra antes de volver a sus casas. A sus aburridas vidas, con sus aburridas mujeres y aburridos hijos. Por razones evidentes que supongo comprenderéis, prefería que no me viera nadie.

Junto a la salida del parking encontré un bar que, pese a no ajustarse exactamente a la descripción de medianamente decente, al menos estaba cerca, no había nadie que me reconociera y parecía tener aún la cocina abierta para prepararme algo de comida. No lo dudé. Pedí una hamburguesa con doble de carne y con extra de todo y me senté a esperar a mi jefe mientras me tomaba una cerveza.

Aproveché la espera para reflexionar sobre lo que había pasado. Sobre cómo Rigoberta me había indicado dónde tenía que mirar. Nunca antes lo había hecho. O al menos yo no lo recordaba. De hecho era la primera vez en

tantísimos años que, tras desaparecer, no se llevaba con ella unos minutos de mis recuerdos. Era la primera vez que la neblina que ocupaba esos recuerdos no se metía en mi memoria. ¿Qué había cambiado ese día? ¿Por qué me ayudaba aquella vez? ¿Faltaba mucho para que saliera la hamburguesa?

Yo era un mar de dudas, venía de aparcar el coche justo al lado e iba a meterme una hamburguesa doble entre pecho y espalda.

6

Cuando por fin apareció por fin mi jefe, hora y media después de que me dijera que tardaría solamente una, yo me había comido la hamburguesa, me había bebido tres cervezas y estaba apurando el segundo café. Me encontraba cien por cien listo para lo que tenía por delante. Con un golpe en el cristal, le llamé desde dentro de la cafetería para que me esperara antes de entrar en el parking. Mientras pagaba la cuenta, me fijé en que mi próxima víctima estaba más nerviosa de lo que solía estarlo. Algo se estaba oliendo.

—Espero que sea algo importante— me dijo cuando me vio salir del bar. —Estoy muy cansado y quiero llegar a casa lo antes posible. ¿Qué cojones pasa?

—No te preocupes. Te veo más inquieto de lo habitual. ¿Estás bien? ¿Qué te has metido?— le pregunté al llegar hasta mi coche.

—¿Qué cojones me voy a meter? Ni para eso tengo tiempo ya. Antes, esto de ser periodista era más divertido. Pero siendo el director del periódico, son todo problemas y nada de tiempo. Lo que me pasa es que estoy algo preocupado por una amiga. Había quedado en llamarme pero no tengo noticias suyas. Y es raro. Suele ser muy seria en estas cosas. —Levanté el capó del maletero dejándole ver todos los cuadernos que había encontrado.

—¿Se refiere a Catalina?— dije señalando el contenido del maletero.

—¿Cómo coño sabes...?

No dijo nada más. Cuando vio todos los cuadernos que llevaba, casi se le salen los ojos de la cara. Uno por uno los fue ojeando, leyendo todo lo que Catalina había escrito en ellos. No daba crédito. Yo vigilaba atentamente todos sus movimientos. No podía dejar que se me escapara. Cuando llegó al que ponía su nombre, sosteniéndolo en las manos, giró lentamente su cabeza hacia mí. «¿Cómo?» Fue lo único que logró decir antes de que le diera con el gato del coche en la cabeza. Su cuerpo se desplomó sobre el maletero. La mitad dentro y la otra mitad fuera. Le agarré por los pies y le empujé para meterle

del todo. Tras cerrar el capó del maletero, miré en silencio en todas las direcciones con el fin de comprobar que nadie nos había visto. Cuando por fin me aseguré de que no había nadie más, encendí el motor y salimos del parking en el que sería su último viaje.

6

La M40 es una autopista de circunvalación que da cobertura a muchos de los municipios que rodean la ciudad de Madrid. A la luz del sol, sobre todo durante los días laborables, es un caos de coches amontonándose en todas las salidas e incorporaciones. Pero por las noches es gratificadamente silenciosa y oscura. Muy oscura. De hecho, demasiado oscura. La mayor parte de las farolas permanecen apagadas durante todo el año. Sobre todo en las zonas más al sur de la ciudad. Es evidente que para los gobernantes unas zonas merecen más atención que otras. Cuanto más humilde sea un barrio, menos atención recibe. Qué ganas tengo de sacar algunos nombres de mi lista de Personajes anónimos que me gustaría asesinar y que nunca podré, para incluirlos en la lista de Futuras obras de arte. El gran problema para llevar a cabo este cambio de lista, es el exceso de seguridad que tienen. Ya probaré en el futuro.

Tras conducir varios kilómetros por la M40, cogí la salida de Vía Lusitana y detuve el coche en la zona de Leganés Norte. Allí hay, desde hace años, un proyecto de parque empresarial a medio construir. Ya sabéis. Se da un puñado de dinero de las arcas públicas a varios empresarios para que realicen un proyecto que en principio es bueno para la ciudadanía, y luego el proyecto se abandona, el dinero no se devuelve nunca, y el político que aprobó dicho proyecto, acaba con un cargo excesivamente bien remunerado, sin tener que mover un dedo, en la empresa que recibió el dinero público. Lo curioso es que yo, que no solo hago menos daño a la sociedad si no que además hago una labor social, tengo más posibilidades de acabar entre rejas que cualquiera de esos servidores públicos. Así funciona la democracia.

7

Al abrir el maletero descubrí que, o bien le había golpeado bastante fuerte, o aquel mamarracho se había bebido durante todo el día su acostumbrada botella de ron. La que reservaba en un cajón de su despacho para lo que él llamaba días chungos, los cuales cada vez parecían darse más a menudo. Aún seguía dormido. De hecho, estaba haciendo un ruido que no llegaba a ser un ronquido pero que se

le parecía mucho. Además del hilillo de sangre que le brotaba de la herida de la cabeza, obra mía, tenía otro de saliva que le salía de la boca. Pese a todo me vino bien para poder atarle y amordazarle. Nada. Ni con todo lo que le tuve que mover para atarle de pies y manos y sacarle del maletero, se despertó. Me quedé allí mirándole, apoyado en el coche con las manos en la cintura. El hijo de puta seguía dormido. Por lo visto, cuando llegó al parking, estaba más borracho de lo que creí en un principio. Me alegró saber que no había sido únicamente el golpe en la cabeza lo que le había dejado así. Cuando le llamé contándole que tenía algo gordo y que le afectaba también a él, se había oído la tostada -siempre me ha fascinado esa frase hecha- y bebió más de lo normal con el fin encontrar el valor suficiente con el que afrontar lo que fuera que yo hubiera descubierto. Al fin y al cabo seguro que él sabía de sobra que yo me había interesado por los servicios de Catalina. Vuelvo a apostarme el dedo meñique del pie izquierdo a que fue él quien le dio la poca información que tenía la médium sobre mí.

Le llamé varias veces por su nombre, pero nada. No se despertaba. Un par de empujones con el pie no cambiaron mucho la situación. Me acordé de cuando de pequeños nos costaba levantarnos para ir al colegio y mi madre nos salpicaba con agua para que espabiláramos. No tenía agua, pero sí que tenía muchas ganas de orinar. Y lo hice. Claro que lo hice. Sobre su cara. Pero ni aun así conseguí que abriera los ojos. A mi cabeza volvió el miedo a que su estado no fuera solo fruto de la borrachera. Si no despertaba pronto, no podría disfrutar de lo que quería hacerle. De lo que se había ganado. No podría batir mi propio récord y hacer dos obras de arte en un solo día. Ya solo se me ocurría una cosa más para despertarle. La famosa y siempre tan eficaz patada en la entrepierna. Por fin conseguí que abriera los ojos. De hecho, casi se le vuelven a salir de sus órbitas.

Amigos y amigas, perdonadme de nuevo si me repito, pero no os podéis hacer una idea de lo que me gusta ver esas caras de miedo extremo de alguien que no sabe lo que está pasando, pero que de alguna manera es consciente de que le queda muy poco tiempo de vida. Se retuercen intentado desatarse, patalean, intentan gritar a través de la cinta americana que les tapa la boca, lloran, incluso alguno se ha llegado a mear y cagar encima. Cuánto poder tiene el miedo. Más que el dinero. Y los más poderosos siempre lo han sabido, sobre todo en las religiones. Desde pequeños nos intentan vender la historia de un padre que nos ama tanto que, si no le adoramos como él ordena que lo hagamos, nos quemará en el fuego por toda la eternidad.

Mi jefe fue uno de esos que acabó manchando los pantalones mientras se retorció. Yo por mi parte volví a apoyarme en el borde del maletero fumándome un cigarro, mientras le veía retorcerse en el suelo intentando soltar las manos o los pies, lo que antes ocurriera. Pero no fue capaz. Me he tirado tantos años inmovilizando gente que me he convertido en un especialista. Ni uno ha conseguido escaparse en todo este tiempo. Cuanto más luchaba contra lo imposible, más dignidad iba perdiendo. Cuando vi que se estaba dando por vencido, me acerqué a él con la grabadora en la mano sin decir ni media palabra. La tarjeta de memoria que había dentro era la que contenía sus conversaciones con Catalina. Aquellas en las que confesaba una decena de delitos, cada cual más grave que el anterior. Él apretó los ojos, llenos de vergüenza y dolor y comenzó a sollozar como un niño al que habían pillado haciendo alguna trastada y sabe que a continuación va a llegar el merecido castigo. Qué lástima de ser humano. Toda la hombría de la que siempre se jactó había desaparecido por completo. La máscara de tipo duro y seguro de sí mismo se había caído. No le quedaba ni la goma que la sujetaba. Sinceramente, no era merecedor de pasar a formar parte de la galería de arte que conservo en mi memoria. Aun así decidí que era yo el que se merecía que un ser tan ruin formara parte de mi colección. A veces he soñado con tomar clases de dibujo y el día en que me jubile, empezar a llevar al lienzo todas aquellas obras que, de momento, solo residen en mi mente y en las fotos policiales.

Le agarré por el pelo y le arrastré hasta dejarlo a la altura de la puerta del piloto. Saqué de mi mochila una cuerda. Un extremo lo até a la puerta del coche y el otro a sus manos, sobre las que estaba tumbado. Arranqué y avancé con el coche muy despacio. Sus brazos comenzaron a doblarse lentamente por los codos mientras arrastraba su cuerpo por la tierra. A medida que la aguja del cuenta kilómetros subía lentamente, sus brazos iban doblándose más y más. Cuando vi que estaba a punto de arrastrarle sentado en lugar de tumbado, tal y como pretendía, aceleré de golpe. El crujido de sus codos primero y de sus hombros después, sonó como música celestial en mis oídos. Me hubiera gustado separarle por completo los brazos de su cuerpo, pero si no le ataba los pies a algún punto fijo, por más que acelerara el coche, nunca lo conseguiría. Lo cual no impidió que me divirtiera un poco más acelerando, frenando y pegando volantazos. Poco a poco se fue cubriendo de polvo, de sangre y de muchísimo dolor.

Al cabo de un rato apagué el motor y pude ver cómo aquella escoria

humana no paraba de llorar y de intentar gritar. Cuando desaté la cuerda que le sujetaba a la puerta del coche noté que intentaba decirme algo. Parecía que aún no era consciente de que no me importaba lo que tuviera que decirme. No se lo podía reprochar, la verdad. El espíritu de supervivencia es algo que tiene todo ser vivo, por despreciable que sea. De nuevo me quedé mirándole mientras se retorció. Me encanta mirarles en silencio. Que la incertidumbre les invada junto con el miedo y el dolor. Ver cómo algunos tienen miedo a moverse. Y cómo otros, como es el caso, siguen intentando soltarse. Cierto es que mi jefe ya no lo intentaba con la misma fuerza que antes. El dolor de sus brazos debía de ser insoportable y con cada mínimo movimiento que hiciera, sus brazos le harían ver las estrellas.

Decidí que ya no quería jugar más. Estaba cansado de un largo día lleno de trabajo y emociones y aún tenía que hacer desaparecer las huellas de los neumáticos de mi coche en la zona. Cogí el mismo martillo que había utilizado para matar a Catalina y se lo hundí en el cráneo. Fue instantáneo. Me pareció buena idea usar el mismo instrumento que con su socia. Primero por lo poético de que tuvieran destinos similares. Y segundo, me parecía divertido dejarle a la policía, saliendo de su cabeza, el arma homicida.

8

Cuando me disponía a cerrar el maletero me vino aquel olor de siempre, camuflando el que los esfínteres de mi jefe habían generado. Lo que mi olfato notó en ese momento era lo mismo que notaba cada vez que Rigoberta estaba cerca. Igual que aquella primera vez. Siempre el mismo momento, la misma noche. Pero esta vez ya no me asusté cuando noté que algo me golpeaba por la espalda. De hecho, recuerdo que lo estaba esperando. Al girarme vi la naranja a mis pies y a Rigoberta mirándome mientras señalaba el interior del maletero. Entendí enseguida lo que estaba tratando de decirme. Me pareció muy buena idea. Gracias Rigoberta.

Exceptuando las bolsas con el dinero y el cuaderno con mi nombre escrito en la portada, usé todo el contenido del cajón del despacho de Catalina López para dibujar un círculo alrededor del cadáver. Luego, le quité la cinta americana de la boca y le coloqué la grabadora dentro. Sé que él no se merecía aquella creación, pero no lo hacía por él. Era yo quien se la merecía. Había estado demasiado tiempo sin poder jugar de aquella manera y ya tocaba.

Que fuera la policía quien descubriera todo el pastel me pareció mejor idea que la de ser yo quien sacara la noticia a la luz. Sería todo demasiado

sospechoso. No sabría cómo explicar tantas coincidencias.

Yo era un justiciero, venía de regalarle una noticia muy jugosa a cualquier otra persona e iba a borrar todo rastro de haber estado allí.

Capítulo 8

(Inspector Joaquín López)

1

Hay situaciones en las que todo encaja. Así de simple. Pequeños actos, mínimas acciones de tu día a día, apenas perceptibles, que son piezas de un puzzle más grande. Son adoquines con los que ir creando un camino por el que andar. A mí me quedaba poco para averiguarlo. Pero todos los encuentros con Rigoberta eran parte de un largo camino que iba a empezar a recorrer de manera forzada esa misma noche.

Mientras volvía a mi casa, tras haber dejado el cadáver de mi jefe en aquel sucio descampado con un montón de pruebas que iban a remover las más altas esferas del país, bajé la ventanilla para que el aire frío de la noche me diera en la cara. Me hubiera gustado cerrar los ojos y disfrutar aún más de aquel momento, pero con el volante en las manos, mientras conducía por la M-40, no me pareció lo más sensato. Noté el aire helado entrando en mis pulmones. Comencé a sentirme mucho mejor, más limpio, más puro. Había sido un día largo y duro. Pese a estar acostumbrado a todas las emociones resultantes de asesinar a alguien, dos muertes distintas en un mismo día y con tanta intensidad, hubieran dejado baldado hasta el más experimentado de mis colegas nocturnos. Aunque la verdad es que no he conocido a ninguno en persona. Necesitaba tumbarme en mi cama, encender un cigarro, de marihuana esta vez, poner la radio y dejarme llevar por las notas de la música de los años cincuenta hasta que me quedara dormido. Aquel día me lo había ganado. Me lo había ganado con creces.

Con cada kilómetro que recorría camino de casa, la calma se iba a apoderando más y más de mí. Llevaba tanto tiempo deseando volver a hacer algo grande que cuando por fin lo conseguí, toda la tensión que había acumulado durante los últimos siete años se escapó de golpe, dejándome dentro una sensación que no recuerdo haber notado desde la primera vez que maté. No era la misma. No. De hecho, nunca volvió a ser igual. Pero si alguna vez noté algo parecido a la primera vez que maté, fue aquella noche en que destapé todo el caso de la médium y el traidor.

2

Aparqué por fin el coche en el garaje de mi casa. Estaba deseando subir, meterme en la ducha durante un buen rato y después continuar con mi ritual post mortem habitual. Decidí dejar todo en el maletero del coche, para

guardarlo por la mañana en el trastero. Estaba demasiado cansado para hacerlo en ese momento. Mientras subía en el ascensor ya me visualizaba tirado en la cama, fumando y dejándome sorprender por la música de la radio. Pese a llevar tantos años escuchándola, nunca he recordado qué dial era. Lo sintonicé por primera vez aquella noche donde Rigoberta y yo intimamos, y desde entonces no toqué el transistor más que para apagarlo y encenderlo.

Al abrir la puerta de mi casa, el estómago decidió subirse casi hasta la garganta. Sobre la mesa del salón alguien había colocado cuatro velas, las cuales ya estaban casi consumidas, y dos botellas de vino blanco dentro de una hielera llena de agua, que unas horas atrás había contenido hielo. Me había olvidado por completo. La noche anterior había cedido ante Joaquín. Le había dicho que se podía venir a vivir a mi casa. Grave error. Fui hasta la habitación, pensando que aburrido de esperarme, se habría echado a dormir. Tampoco estaba en la cama. ¿Dónde estaría? Era evidente que cuando salió de mi casa, pretendía volver enseguida. Si no, habría apagado las velas.

«Mañana no estaré, pero puedes ir dejando tus cosas en el trastero.» En mi cabeza sonó de nuevo la frase que le había dicho la noche anterior. Gravísimo error. Aún no era consciente de lo que implicaba que alguien que no fuera yo mismo entrara en mi trastero. Y entendí que Joaquín estaría allí esperándome, desde hacía un buen rato, viendo el estado de las velas y del botellero.

En ese momento me di cuenta de que aquello no iba a salir bien. De ninguna manera.

¿Os acordáis de que siempre que desaparecía Rigoberta, exceptuando el día en que me cargué a la médium y al traidor, en mi memoria solo aparecían unos cinco o diez minutos de neblina? Pues bien, en lo que tardé en cerrar de nuevo la puerta de casa e ir hasta el ascensor para bajar hasta el trastero, todas aquellas neblinas desaparecieron de golpe. Todo me vino a la memoria. Todo.

Para empezar os diré que, como yo ya empezaba a sospechar, Rigoberta nunca estuvo allí. Era mi mente quien la hacía aparecer. La última vez que la vi realmente, ella estaba tumbada en un charco de su propia sangre mientras yo volvía hacia mi casa borrando mis huellas por el parque, hace casi veinte años. ¿Que por qué mi subconsciente me hacía ver a la Loca Chatarrera señalándome? Pues bien, al igual que en el despacho de Catalina, en realidad nunca me

señalaba a mí. Señalaba algo que tenía que ver o hacer. En el caso de don Mario lo que señalaba era el sagrario que había a mi espalda, donde el pedófilo guardaba objetos de valor. De muchísimo valor. Viva el voto de pobreza.

En el caso de los dos camellos, lo que me señaló antes de que la neblina llegara, era una enorme caja de cartón, que aquellos estúpidos usaban de caja fuerte. Más de medio millón de euros encontré allí.

En todos y cada uno de los asesinatos, Rigoberta -o mi subconsciente-, me empujaba a que cogiera todo lo de valor que pudiera llevarme. Con una afición como la mía nunca se sabe cuándo vas a necesitar desaparecer para siempre, y tener una fortuna escondida en el trastero de casa es muy apropiado para ello. Pero, ¿y las naranjas?

También recordé que era yo mismo quien llevaba las naranjas podridas junto al resto de mis herramientas las noches que me ponía el disfraz de juez y verdugo y las dejaba por allí. Las usaba como firma. Supongo que buscando algún tipo de reconocimiento por si aparecía alguien en la escena del crimen que supiera apreciar lo que estaba haciendo. Pero me temo que nadie más que yo llegaría a ver el valor de aquellas obras. Tal vez alguno de vosotros, amigos y amigas, si vierais mis creaciones con vuestros propios ojos, os sentiríais como se sienten otros al estar delante de una obra de Picasso o de Velázquez. Pero me temo que el mío sí que es un arte minoritario. Aunque no un arte menor. De hecho, sigo pensando que el mío es el mayor. De ahí que tan poca gente lo puede entender.

Todos estos años, mi mente usaba la imagen de Rigoberta para ocultarme a mí mismo que no solo era un asesino con ciertos principios, también llevaba años robando todo lo de valor que tuvieran los desgraciados que me cargaba. En aquel trastero tenía escondido más dinero del que muchos de vosotros podréis ganar en vuestras vidas.

¿Me creeríais si os digo que nunca me movió la codicia? ¿Lo haríais? No lo sé. En cualquier caso ahora me da igual. Ya os digo yo que no. Pero supongo que inconscientemente sabía que algún día podría pasarme lo que me iba a pasar y necesitaría empezar de nuevo en algún sitio. Lo más lejos posible.

Cuando el ascensor llegó a la planta donde se encontraban los trasteros, mi cuerpo se tensó como el de un tigre antes de atacar. Estaba

completamente seguro de que Joaquín había encontrado todo el dinero y el arcón lleno de naranjas y que, por mucho que me quisiera y me amara, me estaría esperando con su arma en la mano. No para matarme, si no para detenerme y meterme entre rejas. Pero lo que él también debía saber es que, bajo ningún concepto, aquello iba a pasar. Conociéndole como le conocía, solo había tres opciones posibles. O que él me matara, o que le matara yo, o las dos anteriores a la vez. Pero en ningún caso yo acabaría arrestado ni él me dejaría marchar, y menos con todo el dinero que allí guardaba. Una vez acepté los tres posibles finales saqué de la mochila el destornillador, lo escondí dentro de la manga y empujé la puerta del ascensor, intentando hacer el menor ruido posible. Todo el tiempo que pudiera ganar, antes de que Joaquín supiera que estaba llegando, me era favorable.

Al salir, la única luz que iluminaba el pasillo era la que venía del ascensor. A esas horas de la noche, con el fin de ahorrar, las luces automáticas activadas por un sensor de movimiento estaban desconectadas. Eran muchas las noches que se colaban por los canales de ventilación algún roedor o pájaro y hacían que se encendieran las luces, de ahí que estuvieran desactivadas. Según avanzaba por el pasillo, camino de mi trastero, la luz del ascensor llegaba con menos fuerza y me adentraba más y más en una oscuridad que empezó a aterrarme. Y no era por lo oscuro, era por lo que sabía que tendría que hacer, o por lo que sabía que me iban a hacer. Pero sabía que con unos pasos más empezaría a ver la luz que saldría de mi trastero, en el que me estaría esperando Joaquín para detenerme. Y así fue. Al girar el último de los tramos de pasillos, las losas del suelo empezaron a verse con más claridad. La luz que desprendía la bombilla que iluminaba mi almacén secreto ya llegaba hasta allí. Empezaba el fin.

Creo que en ningún momento de mi vida he sentido por nadie eso que vosotros llamáis amor. El primer motivo es porque no me lo podía permitir. De ser así, lo que tenía que hacer en ese momento me hubiera sido imposible. Ya me hubiera gustado sentir a mí lo mismo que os he visto sentir a algunos. Cierto es que mirándolo desde fuera, aquel que está enamorado parece un tonto que se pasa el día tomando decisiones nada sensatas, pero la alegría con la que las toma siempre me hizo sentir cierta envidia. Es uno de los precios que tengo que pagar por llevar esta clase de vida.

El segundo motivo es más complicado todavía. Durante todo el tiempo que pasé junto a Joaquín, tuve varias ocasiones en las que me empujé a abrirme y a sentir lo que parecía sentir él por mí. Pero nunca pasé de fingirlo a la perfección. Él pensaba que yo estaba enamorado de él. Pero era todo fachada. Sí, estaba cómodo, me lo pasaba en grande y disfrutaba mucho con él en la cama, pero poco más. ¿Quererle? Posiblemente. Pero al igual que puedo querer a alguien de mi familia. Más que quererles, es que me había acostumbrado a ellos. Y no me apetecía tener que acostumbrarme a gente nueva. Trabajo que, pese a dárseme muy bien, siempre resultó extremadamente agotador para mí. Pero había llegado el momento de empezar de nuevo.

6

Al llegar a la puerta del trastero, la cual estaba abierta y con la luz de dentro encendida, me sorprendió descubrir que no había nadie esperándome dentro. Desde el quicio de la puerta pude comprobar que había descubierto todo. El arcón donde guardaba las naranjas estaba abierto, al igual que el armario donde escondía todo lo que me había llevado de todas las escenas de los crímenes. Pero Joaquín no estaba allí. Dos segundos fue lo que tardé en descubrir dónde se había escondido. Lo supe cuando el cañón de su pistola se posó en mi sien derecha.

—No te muevas —me susurró con la voz rota. Era evidente que había estado llorando. —¿Me puedes explicar qué es todo esto?

—Joaquín, baja el arma —intenté tranquilizarle— soy yo.

—Ya sé que eres tú. Llevo años detrás de ti y te tenía al lado.

—Lo siento. Nunca quise...

—Eres un cabrón— me interrumpió. —Aunque por fin te lleve ante un juez, voy a ser el hazmerreír del cuerpo.

Poco a poco me fui girando para poder mirarle a los ojos. Los tenía rojos y llenos de lágrimas. Algunas aún le bajaban por la mejilla sin más rumbo que el que la gravedad decidiera.

—¿Por qué me has hecho esto? ¿Qué te he hecho yo para que me jodas así la vida?

No podía responder. Sabía que por más que le explicara mis motivos para hacer lo que hacía, no sería capaz de entenderlo. Y aunque por cualquier motivo llegara a entenderlo, no podría dejar de ser quien era. Un policía de los

buenos. De los íntegros.

Cuando me miró a los ojos, noté que empezaba a derrumbarse. La tensión con la que sujetaba su arma delante de mi cara, fue desapareciendo. Las nuevas lágrimas que le llenaban los ojos hicieron que parpadeara con más frecuencia. Incluso en un momento, una de las manos soltó el arma para limpiarse los ojos. Fue ahí cuando lo hice. Me dolía hacérselo a la persona que tal vez menos se merecía que lo hiciera. A una de esas personas que eran, para mí, las beneficiarias de mi trabajo. Pero como ya dije antes, la supervivencia es un sentimiento de todo ser vivo, por despreciable que sea.

Gracias a la gravedad, el destornillador bajó por el brazo y el mango fue a parar a mi mano derecha. Primero susurré un «lo siento» y luego subí el brazo izquierdo apartando el arma de mi cara a la vez que le clavaba el destornillador en la sien. No quise que sufriera más de lo necesario. Fue muy rápido. Se desplomó casi con la misma velocidad con la que lo hizo Rigoberta aquella primera vez. La cual, por cierto, no apareció como de costumbre. Como solía hacer tras haber matado a alguien. De hecho, hasta el día de hoy, no ha vuelto a aparecer. La última vez que la vi, señalaba mi maletero. Pero desde entonces he estado solo. Ni Joaquín ni Rigoberta me acompañarán nunca más. Era momento de aceptarlo.

7

El suelo de aquellos pasillos tenía una ligera pendiente para que en caso de inundación, el agua acabara saliendo por cualquiera de los sumideros que había por toda la planta. La sangre que salía de la herida de su sien hizo el mismo recorrido que hubiera hecho el agua.

Me quedé varios minutos mirando el cuerpo de Joaquín. No recuerdo bien si pensé en algo, o si solo lo contemplaba incrédulo. Había tenido muchísimos cadáveres delante, todos ellos asesinados por mis manos, pero esta era la primera vez en la que algo dentro de mí se arrepentía y deseaba -muy en el fondo- que se levantara. Que todo aquello no hubiera sido más que un mal sueño. La realidad era la que era y nada haría cambiar el estado de Joaquín. Pero aún podría hacer algo con el mío. Por mucho que me esmerara, había demasiadas huellas y pistas que limpiar. Ni con toda la lejía del mundo podría esconder todas las señales que me colocaban como primer sospechoso. Era hora de escapar. De desaparecer. De empezar una nueva vida.

No quise dejar a Joaquín allí tirado. Me sentía mal. Por primera vez en mi

vida me sentía algo culpable. Era evidente que en mi nueva vida no podría volver a permitirme el lujo de intimar con nadie. Todo lo que estaba sintiendo en ese momento, además de nuevo para mí, era doloroso. Y no me gusta el dolor.

Levanté en brazos el cuerpo de Joaquín, volví al ascensor y subí a mi piso. Dejé su cuerpo en el sillón del salón y tras dejar salir de mi boca un suspiro que pretendía sonar como un adiós, eché en una maleta, sin ningún tipo de orden, todo lo que pude de mi casa. Antes de cerrar para siempre la puerta de la que había sido durante tantos años mi casa, eché una mirada al cadáver de Joaquín y dejé escapar otro suspiro. Me prometí que ese sería el último suspiro que iba a permitirme en el resto de mi vida.

Bajé de nuevo al trastero. Aún había restos de sangre en el suelo, pero no podía permitirme el lujo de pararme a limpiar. Cuanto antes saliera de la ciudad, más lejos me encontraría en el momento en el que la policía empezara a juntar datos y comenzar a buscarme. Metí en varias bolsas y mochilas todo el dinero que había ido consiguiendo con la ayuda de Rigoberta, lo eché al maletero junto con el que había encontrado en los cajones de Catalina y salí del garaje sin mirar atrás. Eran las 3 de la mañana. Calculé que para cuando encontrarán el cadáver de la médium y empezaran a tirar de los hilos de las pistas, yo ya me encontraría a cientos de kilómetros de allí.

Yo era un fantasma, venía de salir de mi propia vida e iba a fabricarme una nueva.

Epílogo

1

Ha pasado algo más de un año desde la noche en que dije adiós a todo lo que conocía. Los más de cinco millones de euros con los que salí de aquella vida, fueron más que suficientes para empezar de cero. Nueva identidad, nueva cara, nuevo todo.

Durante meses mi antigua cara salía en todos los medios de comunicación. El asesino de la naranja ya tenía rostro y nombre. Solo que a estas alturas, ya no tiene ni mi nombre, ni mi rostro. Pese al gran número de asesinatos que la prensa me atribuía -menos de los que en realidad cometí-, mucha gente me tenía como un héroe. Gracias a mis actividades habían salido a la luz casos de pederastia, de corrupción policial y el más sonado fue el de las decenas de políticos y grandes empresarios que figuraban en los cuadernos y grabaciones de Catalina. Pero el hecho de que hubiera asesinado a sangre fría a un policía inocente que, además, como ya era conocido por todo el mundo, era mi pareja, hacía que muchos de los que de alguna manera me tenían como una especie de héroe nocturno, desconfiaran de mi propia cordura. Ya me da igual. He decidido que a partir de ahora se acabaron las obras de arte. Todos los asesinatos que cometa desde este momento, carecerán de pomposidad. Prefiero lo sencillo. Lo sencillo permite no llevar el equipaje tan cargado a la hora de escapar. Quitando el último mes, no paso más de un semana en el mismo sitio. No puedo permitirme que mi nueva cara se quede grabada en la memoria de nadie. Elegir, matar y escapar. Esas eran mis nuevas normas. Las únicas normas antiguas que aún llevo conmigo son las tres preguntas. Para mí, todo aquel que no se las pregunte cada cierto tiempo, no tiene derecho a existir. Para existir así, sin saborearlo, sin valorarlo, no se merecen estar robándonos espacio y recursos a los que sí lo hacemos. No es nada personal. Es supervivencia.

2

Dicen que todos los asesinos en serie, y a mí se me considera como tal, de alguna manera siempre juegan a lanzar las pistas necesarias para que se les atrape. A mí, la verdad, es que no hay nada que me apetezca menos. Pero aun así creo que alguien con la suficiente inteligencia, tras leer toda esta declaración, sabría decir dónde me encuentro en este momento. Quien

averigüe el nombre del pueblo en el que estoy escondido escribiendo esto en mi ordenador, será alguien digno de tener alguna esperanza de encontrarme. Aunque dudo de que lo consiga.

Escribo todo esto, no para descargar mi conciencia, ni en un intento desesperado de que alguien me salve del monstruo que muchos pensaréis que soy. Lo escribo para llamar vuestra atención. Para que sepáis el motivo de que haya hecho lo que he hecho, y de que pretenda seguir haciéndolo. Lo voy a enviar a varios medios de comunicación y a mis padres, para que lo cuenten. Para que mi mensaje llegue a todo el mundo. No soy un profeta ni nada por el estilo, tranquilos. Solo quiero un mundo mejor. Una sociedad mejor. Una humanidad que se merezca ese título. Para muchos de vosotros, ni yo mismo me lo merezco. Es posible. Pero espero, al menos, que el miedo que pueda causaros os haga mejorar para seguir evolucionando como especie, sin miedo a nosotros mismos. Que seamos conscientes de lo que somos de una vez. Somos simplemente células de un ser mayor que nosotros. De otro organismo vivo de una magnitud incalculable para una mente simple como la nuestra.

3

Tras este mes que llevo aquí, me he adaptado. Soy el huracán que se ha mudado al pueblo. No molesto a nadie y nadie me molesta. Sí. Sigo matando. Pero soy lo suficientemente listo como para no hacerlo en esta zona. Me desplazo cientos de kilómetros para elegir, estudiar y matar en una misma jornada. Nada de perder el tiempo como antes. Nada de dejar naranjas. Solo eliminar. Y una vez hecho el trabajo, me vuelvo a mi guarida. Aquí disfruto de amaneceres, de atardeceres, de la literatura, del cine, de la música. De mí mismo. Dinero tengo de sobra. Gente no necesito. Y cuando el gusanillo de matar a alguien me vuelve, lo hago.

Todo empieza a tener más sentido. Aunque ahora camino solo y sin prisas, todo tiende a oler mejor, los colores están más vivos, las sonrisas más presentes y el aire más limpio. Yo ya tengo claro quién soy, de dónde vengo y a dónde voy.

¿Quién soy?.

Soy una persona nueva. Un asesino renacido y mejorado que disfruta de su vida, día a día.

¿De dónde vengo?

Vengo de escapar de las garras del mismísimo Asesino de la naranja. De

asesinarle. De enterrarle para siempre.

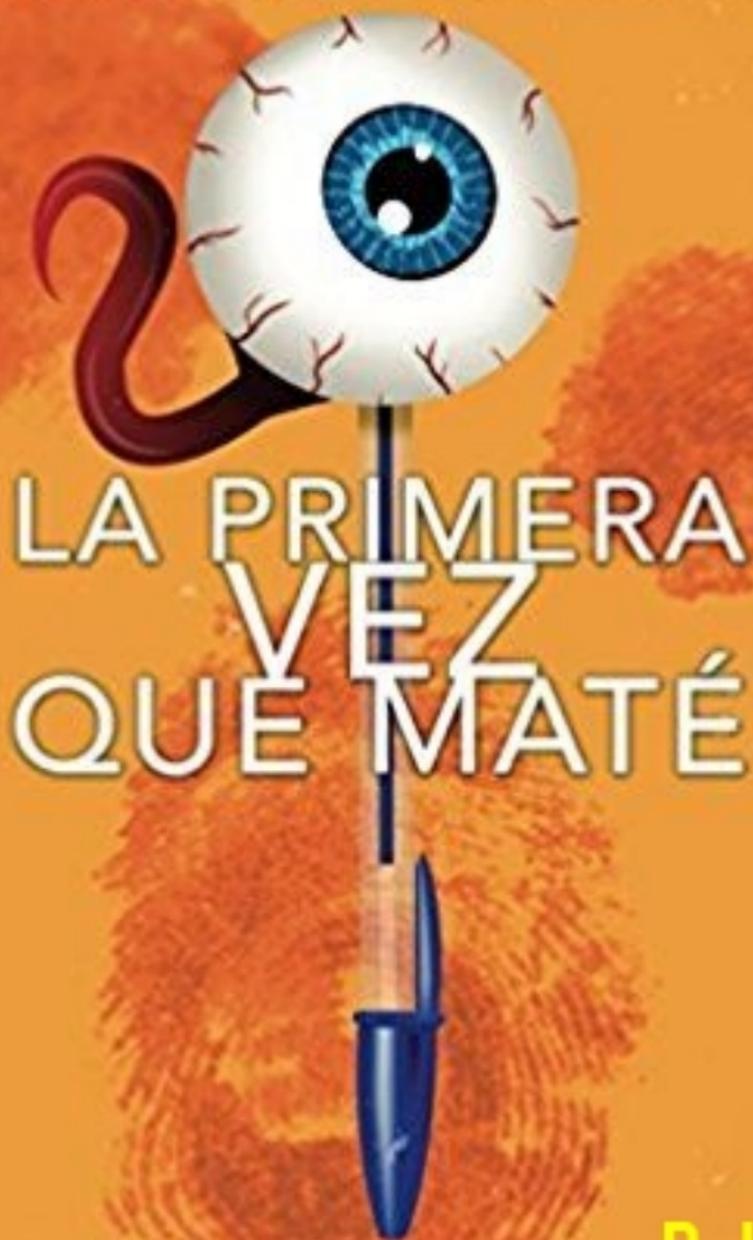
¿A dónde voy?

Voy a vivir mi vida y a quitársela a todos los ingratos que no se hagan las tres preguntas.

¿Y tú?

¿Te haces las preguntas?

GONZALO JEREZ "EL SELENITA"



LA PRIMERA
VEZ
QUE MATÉ

filantna

D.J.57

Agradecimientos

Cómo muchos de vosotros supondrá y otros tantos sabréis de primera mano, la mayoría de los procesos creativos, sobre todo el de escribir un libro, suele ser un camino bastante solitario. Lleno de cabezazos contra páginas en blanco, párrafos imposibles, inseguridades en forma de obstáculos, etc. Por eso, aunque la mayor parte de dicho camino se recorre solo, hay muchos puntos de él en los que uno tiene que agarrarse de la mano de otras personas sin las cuales el resultado sería completamente distinto. Por ese motivo siempre creo necesario que esas personas sepan lo importantes que han sido, cuando dicha obra concluye y deja de ser parte de uno y empieza a formar parte de todo aquel que la consume, por pocos que sean los consumidores. Me parece más que justo que aquél que tenga esto en sus manos sepa que en este camino he tenido gente ayudándome.

Carmen, mil gracias por soportar y respetar todos mis silencios y mis ausencias. Sé lo duro que ha sido para ti.

Ana G. Aranda, Rita Piedrafita, Kiko Labiano, Jorge Magano, Teo Fernández (más hermano que primo). Muchas gracias por leéroslo y decirme dónde había errores y dónde aciertos. Por más veces que uno mire su propio trabajo, siempre hay flecos que no llega a observar. Vuestros ojos han ayudado a mi ceguera.

Blas, el gran loco de Alicante. Gracias por escribir unas pequeñas palabras a modo de saludo a todo aquel que tenga el valor de meterse en este libro. Y evidentemente gracias por tus aportaciones técnicas. Menuda biblioteca eres.

Y por último, infinitas gracias a la persona que más me ha aportado a la hora de llevar a cabo este camino. De hecho, sin ella tal vez no hubiera terminado lo que empezó como un par de páginas escritas hace años. Alguien que durante todo el cansado trayecto se me acercaba para darme agua, empujarme, animarme, levantarme cuando me caía, indicarme qué pasos daba erróneamente y cuáles daba en la dirección correcta. Alguien que, una vez más, creo dueña de un trabajo mío, casi tanto como yo. Gracias, Silvia. El siguiente (y los que vengan) también será de los dos.

Recuerda, quédate muy cerca.

MIL GRACIAS.

Gonzalo Jerez “El Selenita” (Madrid - 1977)

Desde finales del siglo XX, ha trabajado cómo diseñador y fotógrafo en distintas publicaciones y estudios de publicidad.

Su faceta más conocida es la de fotógrafo y realizador de video-clips y portadas de discos de numerosos grupos y artistas dentro del mundo de la música.

Su amor por la imagen y el sonido le viene dado por la adoración al cine, que ahora culmina lanzándose a escribir sus propias historias, deseando que algún día esos amores le lleven a adentrarse en su adorado mundo del cine.

www.elselenita.com

Twitter: @elselenita

e-mail: elselenita@elselenita.com